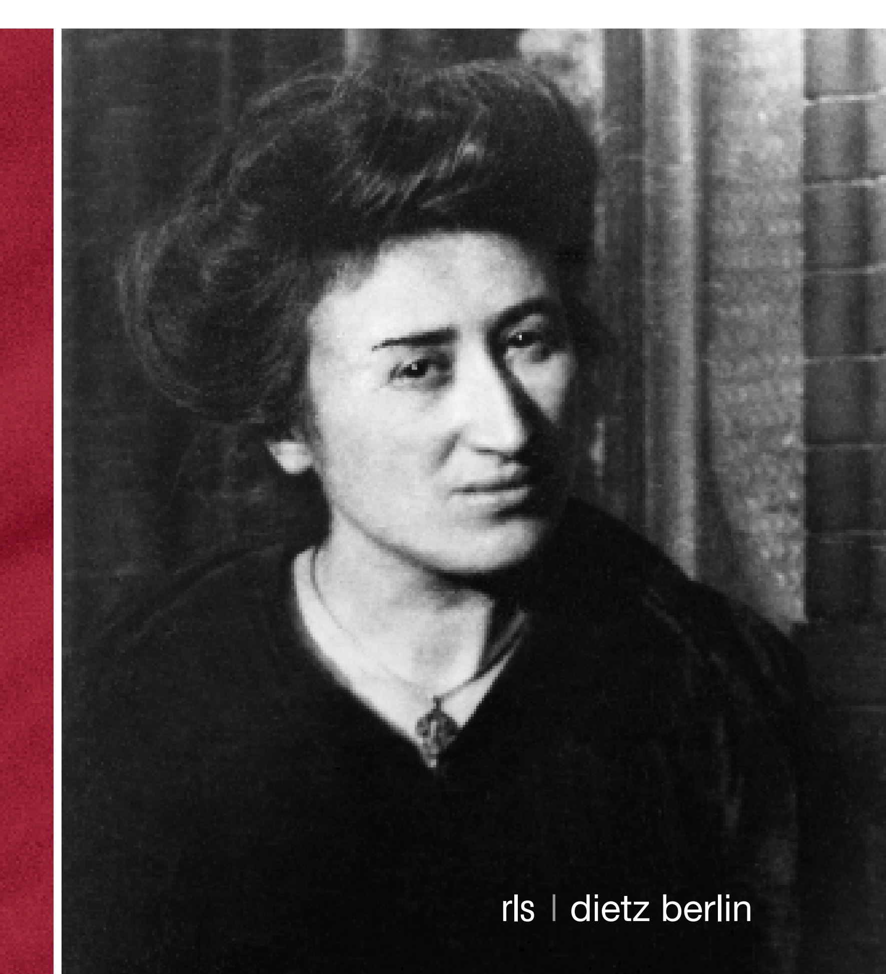
Editado por Jörn Schütrumpf

Rosa Luxemburg
o el precio de la libertad



Rosa Luxemburg
o el precio de la libertad.

Fundación Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg
o el precio de la libertad.

Editado por Jörn Schütrumpf.

Editorial Karl Dietz Berlin.

Im Auftrag der Rosa-Luxemburg-Stiftung. Gesellschaftsanalyse und Politische Bildung. Gedruckt mit Mitteln der Rosa-Luxemburg-Stiftung. Gesellschaftsanalyse und Politische Bildung.

ISBN 3-320-02077-3

Umschlag: Simone Beier/MediaService, Berlin
Typographie/Satz: Jörn Schütrumpf
Druck und Bindearbeit: MediaService, Berlin
Printed in Germany

Anexo

El comunismo … al diablo con su práctica real, pero que dios lo mantenga para nosotros, como amenaza permanente sobre las cabezas de aquellos en poder de los bienes … que lo mantenga dios para nosotros, para que estos canallas que ya no conocen límites en su arrogancia no se
vuelvan aún más arrogantes, para que este
círculo con derecho exclusivo al goce … ¡se vaya
a la cama al menos con una visión de pesadilla! Para
que al menos se les quiten las ganas de
predicar moral a sus víctimas, y el humor para burlarse de ellas.

Karl Kraus, 1920.

Yo participé, en aquel entonces (enero de 1919),
en una reunión del KPD, durante la cual hablaron Karl
Liebknecht y Rosa Luxemburg. Me llevé
la impresión de que los dos eran los líderes espirituales
de la revolución, y me decidí a hacer que los mataran.
Por órdenes mías fueron capturados.
Alguien tenía que tomar la determinación de ir
más alla de la perspectiva jurídica …
No me fué fácil tomar la determinación para que los dos
desaparecieran … Defiendo todavía la idea de que esta
decisión también es totalmente justificable desde el punto de vista teológico-moral.

Capitan Waldemar Pabst, 1962

Entre el amor y la ira: Rosa Luxemburg

Memoria para el futuro.

La libertad es siempre la libertad de quien piensa diferente.

La izquierda política sólo en contadas ocasiones ha sabido presentar sus ideas abstractas sobre la libertad y la emancipación tanto del individuo como de la sociedad en una forma tal que resultaran comprensibles, y sobre todo atractivas para las personas menos politizadas. Frecuentemente, la izquierda política intentó compensar este defecto evocando los testimonios de los héroes de la libertad de un pasado remoto, para que eso le permitiera manifestar sus propias buenas intenciones. Se recordaba a Espartaco*, los hermanos Graco, Tomás Muentzer o Tomaso Campanella, a Jacques Roux, Gracchus Babeuf, Charles Fourier o a Robert Owen, a Friedrich Engels, Mikhail Bakunin, Ferdinand Lasalle o Pjotr Kropotkin. Después también se eligieron otras personas contemporáneas: August Bebel y Clara Zetkin, Wladimir Iljitsch Lenin y Augusto Sandino, Karl Liebknecht, Leo Trotzky, Josef Stalin y Mao Tse Tung, Patrice Lumumba, Ho Chi Minh y Frantz Fanon. Sin embargo, si actualmente uno participa en una manifestión, no importa en qué lugar del mundo, queda poca presencia visible de todos ellos.

Salvo algunas excepciones. Uno de ellos que casi siempre forma parte de todo esto, pero en cierto modo flota en el aire por encima de todo, y por tanto frecuentemente se olvida su mención, es un judío alemán de la ciudad de Tréveris: Karl Marx. Junto a él quedan solamente las imágenes de tres seres humanos, que son mostradas en casi todo lugar: la de una judía polaca, asesinada de forma bestial en Alemania; la de un argentino, que cayó el año de 1967 en Bolivia en las garras de sus asesinos; y la de un italiano, al que los fascistas liberaron en 1937, después de varios años de reclusión, sólo para dejarlo morir: de Rosa Luxemburg, de Ernesto Che Guevara y de Antonio Gramsci.

Los tres no solamente materializan esa congruencia poco común entre la palabra y la acción. Los tres representan también un pensamiento pro-

* Los datos biográficos sobre la mayoría de las personas mencionadas están incluidos en el Anexo.

pio, que no se sometió a doctrina o aparato alguno. Y: Los tres pagaron por sus convicciones con la vida. Fueron llevados a la muerte no por sus contrarios en el propio campo, sino por el enemigo, lo que no era normal en absoluto en el siglo XX.

Junto con todo esto, Rosa Luxemburg y Antonio Gramsci tienen todavía otra cosa en común: Nunca se encontraron en una situación en la que se prestaran al ejercicio del poder de Estado, o en que sus manos quedaran manchadas por participar en un régimen dictatorial o hasta totalitario. La socialdemócrata y cofundadora del Partido Comunista de Alemania, Rosa Luxemburg, ya no tuvo que preocuparse por el ascenso de Stalin después de aquel enero de 1919, cuando fue derribada a culatazos, y finalmente la mataron de un tiro por la espalda. El socialdemócrata y cofundador del Partido Comunista de Italia, Antonio Gramsci, fue encarcelado en su patria a partir de 1926, hasta que la enfermedad le avanzó casi hasta la muerte. Sólo Ernesto Che Guevara fue un político líder en el gobierno de Cuba revolucionaria, no obstante, pronto prefirió la lucha abierta que le llevaría a la muerte, que estar presente como parte de la nueva clase dominante.

Ernesto Che Guevara sigue hasta hoy en día avivando la imaginación de la juventud; Antonio Gramsci impresiona desde hace décadas sobre todo a los intelectuales; sin embargo de Rosa Luxemburg, la más multifacética de los tres, la mayoría solamente conoce todavía el nombre y lo que le ocurrió, pero no su pensamiento, ni su obra.

La intención de estas lineas es contrarrestar un poco esta situación. Este folleto pretende despertar el interés por Rosa Luxemburg y su obra, sobre una de las más extraordinarias personas que se haya involucrado en la izquierda europea, una mujer, que odiaba el trato preferencial por el sólo hecho de ser mujer; una pensadora, que pretendía la igualdad en el marco de la libertad y solidaridad – sin que una se subordinara a la otra –.

La izquierda política solamente se liberará del siglo XX, que ocupa como una pesadilla los cerebros de los vivientes, si logra encontrar la fuerza que le lleve a la grandeza moral. Si logra, por su propio bien, rencontrar categorías, a las que tanto los cuartos de tortura en los sótanos, como los congresos del Partido, les robaron su sentido: la honestidad ante las propias acciones en el pasado y el presente; la no-simulación del propio pensamiento – también y especialmente en situaciones que puedan ser incómodas; mantener la integridad – ante cualquier persona, también y sobre todo ante sus adversarios – porque si bien es posible construir dicta-

duras con perfidia, esta no podrá proporcionar el valor necesario para emanciparse de la explotación y de la represión. Para todas estas características, durante décadas reprimidas, existe el nombre de una mujer: Rosa Luxemburg.

Judía, polaca, alemana. Revolucionaria.

Su caracter humanitario estaba profundamente enraizado en el humanismo de pensadores que le precedieron, que influyeron la cultura europea en forma perdurable. De la preocupación por la historia, la literatura y el arte de los pueblos y naciones de otros continentes recibió … estímulos. Su tenacidad en la acción, y su capacidad para abordar nuevos fenómenos y tendencias sociales analíticamente, de responder a las nuevas interrogantes sin dogmatismo, se desarrollaron en la medida en que crecieron sus experiencias dentro del movimiento organizado socialdemócrata de los trabajadores.
Annelies Laschitza

Durante la revolución rusa de las años 1905 a 1907, Rosa Luxemburg se apresuró a salir de Alemania y viajó hacia su patria polaca, donde cayó, en 1906, en las garras de la policia de Varsovia. En aquel entonces, Polonia no era un Estado soberano, sino repartido entre los tres imperios de Rusia, de Alemania prusiana y de Austria. Varsovia, la capital de Polonia, pertenecía al gigantesco imperio ruso, donde el régimen de los zares, con su policía secreta, su burocracia corrupta y terror policiaco, se mantenía con grandes dificultades en el poder. Bajo las condiciones del zarismo, un arresto por motivos políticos significaba el mayor peligro para la integridad física y para la vida. Por esta razon, los amigos polacos más íntimos de Rosa Luxemburg no solamente recolectaron dinero para la fianza y el soborno de un alto oficial, también hicieron circular la amenaza, de que la vida de altos funcionarios rusos correría peligro en caso de que tocaran siquiera un cabello a Rosa Luxemburg. Poco tiempo después fue liberada. Viajó a Finlandia, que formaba en aquel tiempo también parte del imperio ruso, y de allí escapo a Alemania, el centro de su vida. Nunca más volvería a ver su patria, a la Polonia rusa.

Durante muchos años, Rosa Luxemburg llevó una doble existencia política: Era miembro del »Partido Socialdemócrata de Alemania«, el SPD*, y fue cofundadora de la »Socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania«, el SDKPiL – hoy en día prácticamente en el olvido total – de

* Se incluyen iniciales y siglas del alemán, junto con su significado en español.

cuya existencia casi nadie en la socialdemocracia alemana tenía una información precisa. Llegó a Alemania tras una estancia en Suiza, en aquel tiempo el país más libre del mundo, donde incluso las mujeres tenían derecho a estudiar. Las autoridades en Alemania no la tenían registrada como Rosa Luxemburg, sino como Rosalia Lübeck. Mediante un matrimonio de apariencias con un hijo de migrantes, la economista de 27 años, recién graduada del doctorado en Zurich, había conseguido la nacionalidad alemana.

Y es que en la Polonia rusa, a personas como ella les esperaba el destierro en Siberia, mientras que en Alemania actuaba desde 1890 en forma legal el más grande de todos los partidos socialdemócratas de los trabajadores, que ya contaba con lo que fue una historia de doce años de lucha ilegalizada en contra de su proscripción, bajo la desacreditada ley sobre los socialistas*, y con muchos triunfos electorales. ¿Qué parecía más lógico para una socialista polaca, que mudarse a la Alemania imperial prusiana, la que además, en su regiones del Este, disponía de territorio polaco anexado? toda vez que hablaba y escribía el idioma alemán mejor que la mayoría de los alemanes. Ni hablar de todos los otros idiomas que dominaba: polaco, ruso, francés, inglés e italiano.

Dentro del SPD rápidamente esta joven mujer se ganó un nombre. Se posicionó en el ala izquierda del partido y pronto se convirtió en su portavoz. Dentro del movimiento obrero alemán, se amaba, o se odiaba a Rosa Luxemburg, y hay que mencionar, que tampoco a sus admiradores les hacía siempre fácil la vida. No obstante, su cuna política quedó en el SPKPiL. Este pequeño partido se había separado en 1893 del »Partido Socialista Polaco«, el PSP, fundado un año antes. Al principio se llamaba »Socialdemocracia del Reino Polaco« (SDRP), más tarde, cuando se le había unido la izquierda lituana bajo la dirección del aristócata polaco Feliks Dzierżyński, se llamó »Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania«. El conflicto con la mayoría dentro del PPS se había iniciado por el de-

* *Ley sobre los socialistas:* »Ley contra las aspiraciones con carácter de peligro público de la socialdemocracia« (1878); por iniciativa de Bismarck, la prohibición de la socialdemocracia, de sus medios de prensa y de sus publicaciones; fueron respetadas solamente en las curules en el Reichstag. Bismarck complementaba el terrorismo jurídico (penas de prisión que acumulaban hasta cerca de mil años) con reformas sociales (»el palo y la zanahoria«). Pero la socialdemocracia era la expresión política del movimiento de la clase trabajadora, y la ley sobre los socialistas fortaleció la autoestima de la clase obrera, y por ende a la socialdemocracia, en vez de debilitarla, por lo que en 1890 esta ley ya no se prolongó por más tiempo. El SPD se convirtió en lo sucesivo en el partido socialista más fuerte y con más influencia a nivel internacional, un modelo para los partidos en otros países.

bate sobre un Estado polaco autónomo. El círculo de amigos al que pertenecía Rosa Luxemburg estaba en contra de tal Estado, porque temía que con él se daría un fraccionamiento de las fuerzas anticapitalistas. Además este círculo luchaba contra cualquier nacionalismo, también contra el polaco, porque era contrario a emanciparse de la opresión y de la explotación.

A pesar de la simpatía que pudiera despertar esta actitud y aunque el temor ante el nacionalismo polaco pareciera justificado, esta posición era poco realista. Porque en la Europa de fines del siglo XIX y principios del XX, se acrecentó en casi todos los Estados un nacionalismo instigado intencionalmente, expresado como chauvinismo y odio contra otras naciones. Como consecuencia, el intento de simplemente pasar por alto la cuestión de la nación polaca, llevaba a la izquierda internacionalista en Polonia al aislamiento, del cual sufre hasta el presente, aunque cuesta trabajo creerlo. Aún a mas de ochenta años de su muerte violenta, Rosa Luxemburg es vista en Polonia, su patria, como persona non grata.

Pero a pesar de que Rosa Luxemburg y sus amigos – como, dicho sea de paso, toda la gente de la izquierda sin importar lugar del mundo – fracasaron ante la cuestión nacional, su aversión contra todo lo nacional despejaba el camino para concentrarse en la cuestión social y su solución. Antes de la Primera Guerra Mundial existía en la socialdemocracia europea un amplio consenso sobre la idea que de sólo se podrían eliminar las injusticias sociales, pan de cada día en el capitalismo, mediante la abolición del capitalismo. Sin embargo, en la praxis política, los dirigentes de la socialdemocracia europea se enfocaron más bien en su propio fortalecimiento, que pensaron lograr también a futuro, como habían hecho hasta entonces, mediante el aumento constante de sus militantes: más trabajadores sindicalizados, más miembros del partido, más diputaciones. Además de un número cada vez mayor y de organizaciones proletarias »de este ambiente«, que se suponía eran cada vez más fuertes – desde una cooperativa de consumo hasta una caja de ahorro para la construcción, desde la consagración juvenil* hasta una funeraria manejada por las comunidades religiosas independientes. Todo aquello funcionaba especialmente en lugares, donde los trabajadores vivían en el mismo medio social, con las mismas preocupaciones y problemas. Al mudarse, por ejemplo, también se salían del ambiente; el proletario tenía, a diferencia de los hábitos propios al pequeñoburgués, algo de fugitivo.

* Sentido figurado: confirmación, pero profana.

Solo dos pequeños partidos comprendían la praxis política como algo diferente – y aun como un incesante trabajo en favor de la abolición del capitalismo. Estamos hablando de los bolcheviques rusos*, en torno a Lenin, y del SPKPiL, agrupado en torno a Rosa Luxemburg y sus amigos. Sin embargo, la gente de Lenin apostaba por un partido de lucha con una organización rígida de estilo jeráquico-militar, mientras que las cabezas intelectuales del SPKPiL estaban por un partido que debía volver capaces a los trabajadores para la acción autónoma anticapitalista. Aunque ambos compartían la profunda convicción de que el capitalismo conduciría a la humanidad a la catástrofe y por tanto debía ser superado totalmente. Por esta causa no se trató de una casualidad, que después de la Primera Guerra Mundial muchos dirigentes, no solo en el Partido Comunista de Polonia, sino también de los bolcheviques rusos, y del Partido Comunista de Alemania, en sus inicios fueran reclutados en el pequeño SDKPiL. Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, este último el cerebro organizador del Partido Comunista de Alemania (KPD) y durante década y media el compañero sentimental de Rosa Luxemburg, murieron en 1919 a manos de la contrarevolución alemana; otros que antes fueron miembros del SDKPiL, a manos de la contrarevolución stalinista; entre otros, en el año de 1937, la dirigencia completa del Partido Comunista de Polonia.

* Bolcheviques – bolchevismo; mencheviques – menchevismo, semi-menchevismo: en 1903, en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) los partidarios de Lenin y de su revista »Iskra« (La Chispa), que abogaban por un »partido de nuevo tipo« rigurosamente organizado y centralizado, y con revolucionarios profesionales, lograron la mayoría (en ruso: bolschinstwo) en la elección para los órganos principales del partido; mientras las fuerzas que querían organizar al partido según el modelo tradicional socialdemócrata, quedaron como minoría (en ruso: menschistwo). Desde entonces los partidarios de Lenin se llamaban Bolcheviques, a pesar de que en lo sucesivo, en la mayoría de los casos, eran minoría dentro del POSDR. En 1912, Bolcheviques y Mencheviques se dividieron, en forma definitiva, en dos partidos autónomos y en discordia. En 1914, los Bolcheviques, así como Rosa Luxemburg y sus amigos, rechazaron la Primera Guerra Mundial; mientras que los Mencheviques, así como la mayoría del SPD, la apoyaron. En la Revolución de Febrero de 1917, cuando un gobierno burgués relevó al zarismo, los Mencheviques apoyaron la represión contra los Bolcheviques; después de la Revolución de Octubre de 1917 los Bolcheviques persiguieron a los Mencheviques cada vez más radicalmente. Se denominaba Bolchevismo a la política vigente de los Bolcheviques; ser identificado como Menchevique o partidarios del Menchevismo significaba un estigma prácticamente infranqueable, y que desencadenaba problemas y persecuciones, en el mejor de los casos. Pronto, esta calificación se aplicaría no solo a los Mencheviques de verdad, sino a todos aquellos que entraran en conflicto con la »línea« vigente de los Bolcheviques. Los descripción del pensamiento de Rosa Luxemburg como »semi-menchevique« por Stalin (1931, véase p. 41) imposibilitaba a todos los partidarios de la Internacional Comunista (véase p. 41 y siguientes) referirse en forma positiva a Rosa Luxemburg. Sólo quedaron, en calidad de »dioses«, a su lado: Marx, Engels y Lenin – lo que señalaba el emblema correspondiente, que fuera usado en todo el mundo por los partidos fieles a Moscú durante el estalinismo –.

En materia de organización, el SDKPiL era algo extraordinario. En este partido se unieron personas coetáneas con antecedentes sociales y culturales parecidos. Muchos provenían del grupo de judíos asimilados de la burguesía culta de Polonia, que mejor se fueron al extranjero a estudiar. Una de ellos se llamaba Róza Luksenburg, una joven mujer de talla pequeña, que nació en la pequeña ciudad de Zamość en 1871, y que creció en la metrópoli de Varsovia. El SDKPiL no funcionaba como un partido de trabajadores »común y corriente« con sus rivalidades personales, envidias e intrigas, sino como un *peer group*: como un *grupo de iguales* que no solo perseguía un proyecto político común; también se acostumbraban a su interior estrechas relaciones personales. Cada uno fue aceptado con sus fortalezas y debilidades, y cada uno podía confiar a ciegas en los otros. Ahí estaba Rosa Luxemburg en casa. Estas eran las personas que protegieron la vida de Rosa Luxemburg durante su encarcelamiento en la prisión zarista en 1906 – mediante la amenaza del terrorismo, aunque rechazaban al terrorismo y en realidad jamás lo realizaron –.

Del marxismo a Marx.

Nuestro »marxismo« dominante teme, desafortunadamente,
a cada vuelo de la inspiración como si fuera un tío viejo con gota.
Rosa Luxemburg, 1913.

Estos marxistas profundos se han olvidado del ABC del socialismo.
Rosa Luxemburg, 1918.

Leo Jogiches – cuatro años mayor que Rosa – era el vástago de una familia judía adinerada de Vilna, y ya contaba entre sus experiencias el trabajo de conspirar en Lituania, y unos meses en la cárcel; además, había desertado del ejército ruso. Jogiches conoció a Rosa Luxemburg cuando ella era estudiante de Zoología, y en muy poco tiempo hizo que ella se interesara por la economía nacional y la política. No solo se convirtió en su mentor en las cuestiones del socialismo, sino también en su primer compañero sentimental. Cuando su relación privada, que nunca fue fácil, se terminó definitivamente cerca del año de 1906, quedaron estrechamente unidos no solamente en lo político – aunque Rosa una vez se hizo de un revólver para mantener a distancia al que había arrojado de su lado, quien por su parte, amenazaba con matarla –.

Jogiches era muy culto, pero no era escritor, ni tampoco teórico. Era un revolucionario en los hechos, no sólo con autoridad, también era autoritario – algo que especialmente en su juventud le granjeó junto con el respeto también una que otra enemistad que perduraría durante toda su vida. Con apenas diecinueve años, Jogiches dominaba todo el repertorio del conspirador solitario: desde la agitación ilegal, pasando por la producción de documentos personales falsos, y el contrabando de personas en riesgo hacia el extranjero; hasta las huelgas, que él organizaba solo. En 1887, incluso los autores intelectuales del atentado contra el zar Alexander III en apuros, contactaron a este solitario de veinte años, para pedirle que trasladara a dos perseguidos al extranjero en forma segura – una tarea, que Jogiches resolvió con actitud rutinaria –. Treinta años después, durante la Primera Guerra Mundial, era el responsable de organizar la lucha clandestina del Grupo Espartaco* contra el genocidio; también él fue víctima de manos asesinas: dos meses después que Rosa Luxemburg, en marzo de 1919, en su celda de la prisión preventiva de Berlín-Moabit.

La relación política entre Rosa Luxemburg y Leo Jogiches era simbiótica. A través de sus estudios en la Universidad de Zurich, y de la misma forma, al interior de los diversos círculos de refugiados en Suiza, en pocos años, Rosa se convirtió en una marxista extraordinariamente culta. Pronto, no solo tendría fama como la teórica – en el pensamiento de aquel tiempo a esto se le llamaba por supuesto *el* teórico – del SDKPiL, de hecho disponía de las capacidades teóricas de una científica excepcional, lo que probó a más tardar con su propia teoría de la acumulación (1913), pero le interesaba poco la *teoría en sí*. Escribía y publicaba profusamente ya al finalizar sus años universitarios, pero se trataba en la mayor parte de periodismo político – dirigido a la acción pero no a la teoría. Ella quería actuar, producir cambios, despertar los ánimos. No obstante, los enfoques políticos principales no los determinó ella durante muchos años, sino

* *El Grupo Espartaco:* fundado como »Grupo Internacional« el primero de enero de 1915 por iniciativa de Rosa Luxemburg y del historiador del movimiento obrero, Franz Mehring, como protesta contra la aprobación de la guerra por el SPD, pronto tomó el nombre »Grupo Espartaco« – por las »Cartas Espartaco«, que publicaba el »Grupo Internacional«. Por su trabajo ilegal de propaganda en contra de la guerra, fueron perseguidos sistemáticamente los miembros del Grupo Espartaco y sus dirigentes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron encarcelados. Rebautizado el 9 de noviembre 1918 como »Liga Espartaco«, autónoma en cuanto a cuestiones organizativas, el Grupo Espartaco se convirtió junto al partido »Comunistas Internacionales de Alemania« en la célula política y organizativa del Partido Comunista de Alemana, fundada en año nuevo de 1918 y que adoptó como propia la dirigencia de la »Liga Espartaco«.

Leo Jogiches. Él expresó en más de una ocasión, razonamientos de Rosa Luxemburg; sin ella, se hubiera quedado frecuentemente sin habla, porque como su lengua materna era el ruso, le faltaban la paciencia y elocuencia para poderse expresar en forma escrita – y más aún en polaco o alemán, aunque naturalmente, hablaba ambos idiomas.

En Zurich Rosa Luxemburg se había convertido en una marxista, en un principio no estaba libre de rasgos ortodoxos, pero nunca corrió el riesgo de terminar en una torre de marfil. La salvaron su mente inquieta y su temperamento, que aumentaban con la avidez incontenible por vivir. Pronto encontró la forma de expresión adecuada, para su obra escrita: la polémica. A la distancia de cien años es legítimo afirmar: Rosa Luxemburg entró en la literatura mundial como una de las polemistas más brillantes. No solo en su tiempo, prácticamente nadie se podía comparar con ella. Sus trabajos, escritos la mayoría para aquel tiempo, han conservado una frescura extraordinaria por su carácter esencial polémico. Lo que Kurt Tucholsky lograra para la sátira política del siglo XX, Rosa Luxemburg lo consigue con una mano aparentemente más ligera, pero al fin muy disciplinada, en el campo de la discusión política.

No es de sorprenderse que muchos de sus enemigos la consideraran insoportable, y en forma correspondiente la acusaron; sobre todo aquellos que no pudieron ni con su pluma afilada, ni con su lengua aguda, especialmente durante los congresos del partido SPD. La venganza de algunos, sin embargo, no se limitó a acusarla de ser una mujer pendenciera, ya que trataban de humillarla abiertamente. La naturaleza no había favorecido precisamente a Rosa Luxemburg: Medía un metro cincuenta centímetros, tenía una cabeza de tamaño desproporcionado, una larga nariz y un problema en la cadera, que por lo regular podía esconder. Características que ofrecían a las mentes más simples, que nunca faltaron tampoco en la socialdemocracia, la posibilidad de compensar su propia inferioridad con la burla barata. Rosa Luxemburg, que sin duda sufría con todo eso, se protegía en la medida en que le era posible con la autoironía. Ella justificaba su preferencia por mucamas altas y fuertes – el trabajo doméstico requería hace cien años todavía la fuerza de trabajo de toda una jornada –, pués temía que sus visitantes tuvieran la impresión de haber llegado a un hogar para enanos.

También en lo que se refiere a los hombres prefería no solamente aquellos que tuvieran estatura intelectual, sino también los físicamente grandes. Aunque no era ella quien les pretendía, sino pretendida. Al mar-

gen de una reunión del Buro de la II Internacional* (1907) surgió una foto de un grupo: una Rosa Luxemburg radiante en el centro, flanqueada por varias decenas de hombres, en su mayoría de edad avanzada; una imagen con una irradiación singular. No menos fascinados de ella quedaban los hombres jóvenes. Con excepción de Leo Jogiches todos sus compañeros tenían menor edad que ella: Kostja Zetkin (1885 – 1980), el hijo de Clara Zetkin, 14 años menos, Paul Levi era doce años menor, y el médico Hans Diefenbach (1884 – 1917), que cayó en la Guerra Mundial, era 13 años más joven que ella. En público Rosa Luxemburg – que con excepción de su matrimonio por apariencia nunca se casó y no tenía hijos – era generalmente muy reservada sobre su vida personal. Porque en la Alemania mojigata de la época guillermina, una mujer que viajaba sola, ya era considerada indecente. Peor aún si se presentaba como Rosa Luxemburg.

La doble moral dominante motivaba a Rosa Luxemburg a no expresar todas sus opiniones en público: »Dicho sea de paso acerca de la Señora de Stein, con todo respeto por sus hojas de hiedra: Que dios me castigue, pero era una idiota. Porque, cuando Goethe la corrió, se portó como una chismosa refunfuñona; y sostengo mi opinion acerca de que el carácter de una mujer no se muestra dónde empieza un amor, sino en donde termina.« (Carta a Mathilde Jacob)

La forma en que Rosa Luxemburg fue forzada a la »discreción« lo demuestra el hecho de que su relación con Paul Levi haya llegado a la luz pública apenas en 1983, varias décadas despúes de la muerte de los dos, cuando la familia de él autorizó abrir gran parte de su correspondencia con Rosa Luxemburg. Levi, quien había sido su abogado poco antes de la Guerra Mundial, en el llamado proceso de Frankfurt por incitación a la desobedencia, en 1919 se vuelve su sucesor en la dirigencia del KPD. Les unió en 1914 una breve, pero intensa relación; y su amistad y la confianza se mantuvieron hasta la muerte de Rosa Luxemburg. Paul Levi salvó sus obras póstumas; y editó en 1922, bajo un intenso acoso, la *Revolución Rusa*, el trabajo más citado y también el más malentendido de Rosa Luxem-

* *II Internacional:* Organización internacional de partidos y sindicatos socialistas (1889-1914), que pretendía la coordinación de acciones económicas y políticas entre los diferentes miembros. Los acuerdos se tomaron en los congresos internacionales que se realizaron con regularidad; en los periodos entre congresos, fue dirigida por un Buro Internacional Socialista, en el que Rosa Luxemburg representaba a la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). Con el comienzo de la Guerra Mundial los dirigentes de todos partidos traicionaron sus juramentos de paz hechos durante décadas, y se convirtieron en »defensores de la patria«, que incitaron a los trabajadores de todos los países, unos contra los otros.

burg, con el famoso imperativo categórico formulado como si fuera un sobrentendido: *La libertad es siempre la libertad de quien piensa diferente*.

»Cultivada«, según uno de sus biógrafos sería la palabra que puede caracterizar en forma más precisa su posición ante la vida. »Sus relaciones personales estaban tan limpiamente ordenadas como sus propiedades: Cada cual tenía su lugar fijo y solamente se le permitía acercarse con el motivo de una invitación, y de cualquier manera, sólo un paso. Sin embargo, su relación con las personas no era rígida o formal. En su círculo más íntimo provocaba una lealtad y entrega, que en forma automática, si ella lo hubiera permitido, se hubiera convertido en una especie de amor.« (Peter Nettl)

En la confrontación política Rosa Luxemburg no conocía la piedad, sin hablar aún de su crítica al capitalismo. Al principio, se limitaba a aplicar el conocimiento marxista que había adquirido a las cuestiones actuales. Obtuvo fama en 1899 con un folleto: »¿Reforma social o revolución?« en el que buscaba un ajuste de cuentas con uno de los pocos alumnos personales de Friedrich Engels (1820-1895), Eduard Bernstein. Durante la vigencia de la ley contra los socialistas Bernstein había dirigido desde su emigración la prensa en el exilio, y fue considerado por la socialdemocracia europea como una eminencia en los problemas teóricos del socialismo. Sin embargo, pocos meses después de la muerte de Engels, había comenzado a abjurar de la interpretación *teórica* ampliamente diseminada entre los socialistas, de que los problemas en la sociedad basada en la forma de producción capitalista se agudizarían cada vez más, y que se debía no sólo combatir esta sociedad, sino superarla completamente. Bernstein entonces creía haber encontrado bases para rebatir esta interpretación: En vez de agudizarse más los antagonismos se debilitarían segun él, y en consecuencia, la cooperación con la sociedad burguesa-capitalista representaría de todas formas la opción preferible, en lugar de la confrontación ejercida hasta entonces.

Bernstein a fin de cuentas solo decía algo, que muchos diputados socialdemócratas, y más aún los dirigentes sindicales, ya estaban pensando de todas maneras, aunque no lo admitían en público. Los dirigentes sindicales nunca se dejaron seducir realmente por la idea de una oposición fundamental, porque ante sus ojos y como les mostraba también la ley contra los socialistas, dicha oposición, sobre todo durante los momentos de crisis, ponía en peligro la conservación de las organizaciones arduamente conformadas, y con ello a su propio poder. Pero incluso en este contexto, pocos se querían exponer abiertamente al apoyar a Bernstein. Porque sin

darse cuenta de lo que podía desencadenar, Bernstein había cometido un grave sacrilegio. La reacción de los »guardianes del templo«, en primer lugar de la cabeza teórica del SPD, Karl Kautsky, como era de esperarse, fue muy fuerte. Antes del congreso del partido SPD en el año 1903, tuvo lugar el llamado: »debate sobre el revisionismo«*, en el cual Rosa Luxemburg recibió mucho más que sus primeros reconocimientos – aun cuando, en lo que se refiere al contenido, solo resumía posiciones conocidas del marxismo. Las contradicciones del capitalismo se agudizarían de tal manera, que impulsarían la humanidad a la barbarie. La misión del movimiento sería hacer todo con tal de evitarlo. El socialismo sería la salvación de la caída, y de ahí se desprende la formula: *socialismo o barbarie*.

Especialistas opinan que ningún otro libro entusiasmó a más personas por Karl Marx y su propósito de acabar con la explotación, la opresión y la guerra de la comunidad humana, en forma permante, que esta obra temprana de Rosa Luxemburg »¿Reforma social o revolución?«. Esta obra sigue ofreciendo hoy en día, una buena orientación acerca del marxismo originario, es decir; acerca de este marxismo que todavía no había sido transformado en una caricatura de sí mismo, tanto por el viejo Kautsky, como por Stalin y sus adeptos.

El mismo Marx rechazaba de todas maneras, cualesquier cosa que fuera eso de »marxismo«; y sarcástico comentaba, en caso de que existiera, que él, Karl Marx, seguramente no era marxista. Karl Kautsky junto con Eduard Bernstein, la otra eminencia en cuestiones teóricas del socialismo, se había esforzado a través de una serie de escritos desde los años ochenta del siglo XIX por popularizar y sistematizar el pensamiento de Karl Marx en el área de habla alemana. Y al resultado le llamaba »marxismo«: un edificio de dogmas, de esquemas de argumentación, de deducciones

* Debate sobre el revisionismo, controversia sobre el revisionismo: 1896–1903, provocado por la serie de artículos de Eduard Bernstein en la revista »Neue Zeit« (Nuevos Tiempos) bajo el título »Problemas del Socialismo. Reflexiones propias y traducciones«, en los que caracterizaba como una utopía las bases teóricas en las que la socialdemocracia fundamentaba su política y exigía su revisión. El socialismo no surgiría una vez que el capitalismo se derrumbara, crecería más bien por la presión del movimiento obrero en el seno de la sociedad capitalista-burguesa. Consideraba válido entonces separarse de todas las ilusiones revolucionarías, había que perseguir solamente una política en evolución. Por lo contrario, Rosa Luxemburg defendía enérgicamente la necesidad de una política revolucionaria; el congreso del SPD de 1903 en Dresde se puso de su lado, y dio por »terminada« la polémica. No obstante, las interpretaciones de Bernstein se impusieron en lo esencial después de 1907. Ni el camino de Bernstein, ni el enfoque revolucionario defendido por Rosa Luxemburg durante el debate sobre el revisionismo, han conducido al socialismo: la polémica se quedó sin vencedor. El punto de partida más viable, sin embargo, podría ser la interpretación desarrollada por Rosa Luxemburg posteriormente, de una Realpolitik revolucionaria.

históricas y »explicaciones científicas«. Por cada nueva pregunta que se presentaba, Karl Kautsky, el incansable empleado del partido para cuestiones teóricas, tenía una teoría propia a la mano. Todos fueron a la escuela de Kautsky: Lenin, Trotzky, y Rosa Luxemburg, quien se convertiría de un momento a otro en el número dos entre los marxistas alemanes con »¿Reforma social o revolución?; así como miles de marxistas, que hace mucho tiempo fueron olvidados.

Antes del debate sobre el revisionismo, Karl Kautsky había sido el amo indiscutible de cualquier forma de interpretación. La confrontación con Bernstein incluso consolidó su posición, porque el debate sobre el revisionismo terminó por la vía de una decisión del congreso del partido a su favor. El comite ejecutivo del SPD había abierto con esta »solución« conducida por su propia mano – aunque en contra de su propia intención – una *caja de pandora:* Por primera vez en una organización de masas – sin contar a la iglesia católica – se llevaron a jalones las cuestiones de la teoría y visión del mundo del ámbito del debate intelectual a la política, para que ahí fueran »decididas«; fue una violación en contra de las ideas, que poco después se convertiría en algo natural dentro del movimiento comunista.

Pero por principio se seguía considerando válida la posición de que había que superar al capitalismo con todas las implicaciones que esto tuviera. El socialismo se lograría solamente a través de la revolución. Sin embargo, el comité ejecutivo, conformado por los viejos luchadores del periodo de la Ley contra los socialistas, ya no era tan revolucionario, actuaba más bien en forma pragmática. El SPD, más bien de paso, había logrado algo bastante curioso. En medio de la Alemania prusiana, con su militarismo, su antisemitismo encubierto, su fiebre colonialista y su fetichismo del vestuario, había creado una sociedad proletaria propia, un contramundo con instituciones propias y mecanismos de protección, ante las inclemencias no solamente de la vida proletaria.

El *cuarto Estado* como lo llamaba Theodor Fontane, el novelista de la época, o como lo denominaban Karl Marx y otros, el proletariado, los obreros, la clase obrera, por primera vez había sido ametrallado durante la rebelión de los tejedores silesianos en 1844. Cuando el joven Gerhard Hauptmann puso en escena este escándalo medio siglo depués en el »Teatro Alemán« de Berlín, su majestad renunció a su palco. En esa Alemania prusiana y guillermina*, producto de la revolución fracasada de 1848, y

* Era guillermista: Periodo de gobierno del emperador alemán, Wilhem II. (Guillermo II, 1888-

de la guerra victoriosa contra Austria en 1866; construida de varias piezas en 1871, en la Sala de Espejos en Versalles, después del triunfo sobre una Francia que durante siglos fue imponente a pesar de sus convulsiones; al proletario se le consideraba basura.

Es el movimiento obrero influido por el judío exiliado Karl Marx y dirigido por el judío grandilocuente Ferdinand Lasalle, el que le da su primera autoconciencia. Personas de origen judío, en su mayoría ya no practicantes de su religión, jugaron un papel importante en el movimiento proletario de Alemania antes de la Primera Guerra Municipal; lo mismo ocurrió en los primeros años del KPD (partido, que sin embargo en los últimos años antes de su destrucción, que se dio en parte por propia culpa, se convirtió por lo menos en lo que se refiere a su fracción parlamentaria, en forma voluntaria y sin apuros, en un partido »libre de judíos«). Los despreciados dentro de la sociedad capitalista-feudalista de Alemania, por un lado los trabajadores, por otro lado los hijos de la burguesía culta judía asimilada, entre ellos Eduard Bernstein y Karl Kautsky, se habían encontrado y creado una nueva fuerza política. También en la burguesía culta tradicional hubo muchos judíos asimilados exitosos, desde Albert Einstein hasta Stefan Zweig; en el umbral del nuevo siglo, el apogeo de la influencia judía en las élites económicas ya había ocurrido mucho tiempo atrás. De ahí hasta que, al no lograr huir de Alemania, ellos o sus descendientes murieron sin excepción en Auschwitz o en lugares de exterminio similares. Entre ellos Mathilde Jacob, la muchas veces menospreciada »mano derecha« de Rosa Luxemburg. El cheque para rescatarla de los manos de los nazis sólo estuvo a disposición en los Estados Unidos, cuando ya la habían transportado con el Reichsbahn** a Teresianópolis.

Con el debate sobre el revisionismo, los ocho miembros del comite ejecutivo del SPD de repente se enfrentaban con un problema serio, del cual ni Karl Kautsky ni la muy joven Rosa Luxemburg, recién estrenada como política, tomaron conciencia. En el fondo Bernstein tenía la razón según la percepción de los ocho; sólo que les pareció peligroso deshacerse sin necesidad urgente de la teoría, con la cual creían poder dar coherencia a su sociedad opuesta. En su parte de la sociedad alemana, ampliamente sub-

1918). Caracterizada por la modernidad en torno a economía, ciencias y tecnología, una política reaccionaria interna, militarismo, así como por un colonialismo e imperialismo agresivos hacía el exterior. Culminación de una cultura oficial de Talmi, consistente de una sobrecarga de historismo y una actitud teatral puesta en escena por el estado. Llevó a la barbarie de la primera guerra mundial.

** Nombre del ferrocarril alemán de esos tiempos.

dividida y dotada de una ideología socialista propia, se percibían como los tuertos entre los ciegos; y en cierta forma sí lo eran. Y con más fuerza todavía, creían que su proyecto estaba amenazado por el revisionismo de Eduard Bernstein, un proyecto que era extraordinariamente exitoso: cada año más miembros en el sindicato y el partido, en la asociación gimnástica y la asociación antialcoholismo, en la cooperativa de consumo y la unión de los librepensadores, en cada elección más diputaciones. Todo lo que parecía perturbar este ascenso incesante, tuvo que ser reprimido, aunque se tratara de un camarada con tantos méritos como Eduard Bernstein, con quien, naturalmente se seguía cultivando la probada amistad por fuera del protocolo oficial. La dirigencia del SPD siempre puso mucho empeño en mantener un empate entre las guardianes de la organización y los vigilantes de la ideología. Rosa Luxemburg, que no pertenecía al círculo interno del SPD – un círculo de hombres de mayor edad, y hombres viejos – no sabia de eso, y en el mejor de los casos podía adivinarlo, estaba de moda en estos tiempos. El co-presidente del SPD, August Bebel, (1840-1913), persona honrada y al mismo tiempo táctica que quería salvar su obra del fracaso, privilegiaba a la joven mujer, pero también la usaba para sus propios fines. Ella, por otro lado, estaba francamente cautivada por este gran hombre viejo. En uno de los congresos del partido en aquellos años se le escapó ante todo el público un »August, te amo«.

Cuando Rosa Luxemburg, con una identidad falsa como la periodista alemana Anna Matschke, cayó en 1906 en Varsovia en la trampa de la policia zarista, también Bebel hizo todo lo posible por proteger su vida y rescatarla de la cárcel. Depués de su liberación, ella rechazó sin embargo su oferta de apoyarla económicamente para su vida personal con recursos del comite ejecutivo; así como de igual manera, durante su estancia en la cárcel no permitió la pretensión de pedir al Canciller del Reich la intervención diplomática ante los rusos para su liberación. En primer lugar, se mantuvo como Citoyen, es decir, una ciudadana en el sentido de la Revolución Francesa, con autoestima y deseosa de su libertad, en otras palabras, una rareza para Alemania. Si la gratitud le obligaba a alguna dependencia, la rechazaba, y en consecuencia estaba dispuesta a pagar un precio alto, a veces muy alto; una de sus amigas incluso opinaba, un precio demasiado alto. Rosa Luxemburg odiaba esconderse. Solo se sentía libre en la lucha abierta.

La tibieza le era odiosa; y eso era precisamente lo que se había extendido entre los que alguna vez fueron los héroes en el periodo de la ley contra

los socialistas. Un domingo a principios del año 1907, Rosa Luxemburg, junto con su amiga de Stuttgart de muchos años, Clara Zetkin, decidida precursora de la emancipación, fue invitada a comer con la familia de Karl Kautsky. Las dos mujeres dieron un paseo antes, y llegaron tarde. August Bebel, presidente del SPD, que también estuvo presente, comentaba en broma, que durante la espera ya temían lo peor. Rosa Luxemburg contestaba con buen humor, en caso de que les ocurriera algún día una desgracia, les hicieran el favor de poner la siguiente frase en su lápida: »Aquí descansan los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana.«

En 1907, el SPD experimentó su Waterloo en las elecciones para el Reichstag*. No tenía la capacidad de oponerle algo que pesara a una campaña electoral ultranacionalista de los partidos burgueses y monárquicos, que se decía en contra los »camaradas sin patria« del SPD. De esta forma, el gran partido alemán de los trabajadores, que había sido consentido por el éxito, perdió masivamente distritos, es decir, diputaciones, a pesar de haber aumentado nuevamente su caudal en votos absolutos. Por primera vez la sociedad opositora proletaria llegó a sus límites – que la sociedad mayoritaria guillermista le mostró en forma cada vez más perceptible –. Porque en este sociedad mayoritaria, los políticos gobernantes, con una actitud cada vez más imperialista, habían logrado arraigar profundamente el sueño del »lugar privilegiado« en el mundo, y con ello la fiebre nacionalista. Algo que también causó efectos en el ambiente proletario.

La dirigencia del SPD tenía que entender, que su modelo de sociedad opositora proletaria se agotaba – aunque esto se diera precisamente en la medida, en la que el éxito también se daba. Las dos sociedades podrían solamente existir una con otra y una contra la otra, mientras ambas se mantuvieran apartadas. Pero a partir de los años ochenta, la sociedad mayoritaria, aislada herméticamente de »los de abajo« durante mucho tiempo, tenía una oferta de integración que era cada vez más efectiva ante los proletarios: el nacionalismo. Éste ya había demostrado claramente en las elecciones de 1907 ser un instrumento capaz de limitar la influencia de la socialdemocracia y de hacerla retroceder.

Al mismo tiempo, esto estaba significando un fracaso para la táctica socialdemócrata, desarrollada para eliminar al capitalismo. Teoría y práctica se encontraron en un curiosa relación tensa. *Teóricamente* se trataba, y lo había subrayado el resultado del debate sobre el revisionismo, de la

* Parlamento alemán.

consecuente superación del capitalismo, es decir; de una ideología socialista, que según las espectativas de la dirigencia del SPD, debía crear una alta fuerza de cohesión. No obstante, se *practicaba* el camino de los arreglos que se consideraba mucho menos peligroso, y el de un parlamentarismo cada vez más desdentado. Finalmente, los votos de una sociedad proletaria en permante expansión debían superar a la sociedad mayoritaria tradicional, que en algún momento se convertiría en sociedad minoritaria. Así es como se iba a introducir el socialismo por la vía pacífica. A más tardar después de la elección de 1907, la dirigencia del SPD presintió lo erróneo de su concepción llevada a la *práctica* y que nunca iba a ganar la mayoría de votos de las dos sociedades. La concepción *teórica* propagada de un camino que no descartara la revolución, no tenía peso real en su quehacer práctico.

Se trataba de elegir entre dos escenarios: O bien, se emprendía una lucha ofensiva – lo que, como es totalmente comprensible, exigían Rosa Luxemburg y la izquierda – en favor del socialismo con una clientela que quería llegar al socialismo estancada, que estratégicamente hasta se encontraba en disminución, lo que implicaba el peligro de perder, no solamente la influencia sobre la propia clientela atraida por el nacionalismo, sino de arriesgar la destrucción del poder organizativo construido, a causa de una pérdida de influencia previsible. O se derribaba en forma silenciosa los conceptos vigentes con un cambio de dirección sin meter bulla. La dirigencia del SPD eligió la última opción. En vez de seguir construyendo su modelo propio de una sociedad opositora, quería intentar su integración en la sociedad burguesa, para lograr por lo menos una participación en el poder, mientras tuviera todavía suficiente fuerza. Eso implicaba por supuesto el abandono del objetivo de trascender al capitalismo; en vez de eso, en el futuro, sólo habría que frenarlo. Hacia afuera al principio no se cambió casi nada; hacia adentro, en cambio, casi todo. Con esta decisión en favor de la integración estratégica a la sociedad guillermina, el SPD llegó pasando por las estaciones de la *aprobación de créditos para la guerra* el 4 de agosto de 1914, y de la *participación en el gobierno* del 3 de octubre de 1918, a lo que aspiraba haber llegado a más tardar en 1907; finalmente al 2 de mayo de 1933, a la *destrucción del movimiento obrero*.

La izquierda socialista-internacionalista había perdido ante los ojos de la dirigencia del SPD de 1907 su función como garante de una ideología que unía a todos. Muchos izquierdistas no se sintieron bien con el sigiloso aislamiento, abjuraban sus convicciones revolucionarias y mutaron ha-

sta convertirse en »soldados del partido«, que pronto estarían dispuestos a hacer casi cualquier trabajo sucio. Por primera vez, quedó evidenciado un fenómeno que hasta el presente se lamenta: la mayor parte de la izquierda no mantiene durante toda su vida una política revolucionaria-socialista, es decir; dirigida a trascender al capitalismo, sino que a partir de cierto punto sólo *afirma* hacerla.

Después de 1907, la izquierda dentro del SPD se redujo a algunos pocos que no aceptaron rendirse. A partir de 1911, se formó alrededor de Franz Mehring y Rosa Luxemburg un »último reducto«, al que se unió después del inicio de la guerra también Karl Liebknecht. Mientras, personas importantes de la izquierda como el organizador de la escuela del partido, Heinrich Schulz, se volvieron en forma definitiva hacia el nacionalismo.

La raigambre de Rosa Luxemburg en el SPD en el tiempo de las reorientaciones secretas ya no era tan fuerte como fuera antes de su viaje a la Polonia rusa revolucionaria. Por causa de las luchas revolucionarias en Rusia, sobre todo por la huelga de masas, desistió de algunas posiciones marxistas ortodoxas. En lo fundamental cambió principalmente su relación hacia la organización proletaria. En el credo marxista una organización fuerte era considerada como la condición decisiva para la acción en general, y para la acción revolucionaria en particular. Rosa Luxemburg llegó en ese momento a la convicción de que el sistema organizativo del SPD se había transformado en una atadura para cualquier acción, sobre todo para la acción revolucionaria; porque la dirigencia del SPD consideraba cada vez más a las acciones como un peligro para la existencia de las organizaciones, y le parecía prioritario protegerlas de la destrucción por parte del estado policiaco militarista, con respecto a las acciones contra la sociedad mayoritaria; esta posición ya está presente antes de 1907, pero se ve en forma más clara a partir de 1907.

En Rusia, Rosa Luxemburg había presenciado cómo la organización se formó a partir de la acción revolucionaria, a partir por ejemplo de la huelga política de masas: cómo la acción precedía a la organización. Había llegado en 1906 al congreso del partido con la idea de la huelga política de masas en su equipaje donde fracaso rotundamente. Posteriormente el folleto »Huelga de masas, partido y sindicatos«, que ella había escrito especialmente para este congreso, resultó ser el punto de partida teórico para la independización de la izquierda en el SPD, a pesar de que Rosa Luxemburg intentaba totalmente lo contrario con su trabajo: no quería la separación del SPD, sino ganar al SPD para una política revolucionaria –

en caso necesario ganarse solo a la base del partido contra una dirigencia que se estaba volviendo cada vez más conservadora –.

Según el razonamiento político socialdemócrata, con su defensa de la huelga política de masas, Rosa Luxemburg se había atrevido a caminar sobre terreno minado. Dentro de la socialdemocracia la pretensión de realizar huelgas de masas y huelgas generales políticas se consideró como expresión aberrante, contra la cual era necesario luchar con todas las fuerzas: el anarquismo. Al principio de los años setenta del siglo XIX, Karl Marx se había enemistado fatalmente con un socialista ruso que había estado en las barricadas de Dresde durante la revolución de 1848, Mikhail Bakunin. Marx creía que la liberación de la clase obrera de la explotación y de la opresión se daría por *leyes* históricas, las cuales tendrían sus causas últimas en la economía. La sola voluntad para el cambio no era suficiente. El quehacer de la política revolucionaria exigiría reconocer estas *leyes* y actuar en consecuencia, es decir; acelerar en forma sostenida el avance hacia una sociedad sin explotación ni opresión. Bakunin, por el contrario, era un socialista que argumentaba con categorías morales y éticas, ubicando al individuo y su liberación en primer lugar. Bakunin vislumbró en la voluntad de acción, alimentada por la conciencia de las escandalosas injusticias provocadas por el capitalismo, y en la agitación, elementos esenciales de la política revolucionaria. Los anarquistas no querían emplear la huelga nada más como arma en los conflictos económicos entre el trabajo y el capital – como lo hicieron los sindicatos con inspiración socialdemócrata – más bien querían emplearla principalmente al interior de la lucha política. Algunos incluso apostaron a la huelga general como instrumento para la caida total del sistema.

Con Marx y Bakunin, y más intensamente todavía con sus discípulos, que muchas veces no pasaron de ser meros imitadores, se enfrentaron irreconciliablemente el que se llamaba »socialismo científico« y el »socialismo libertario«, también nombrado »anarquismo«. A pesar de que una interpretación sobria revelaba una serie de importantes aspectos en común entre ambos, intencionalmente se dejaron en un plano secundario. En su lugar, los dos hombres que ya estaban volviéndose viejos, cargaron sus diferencias sin duda existentes todavía con su enemistad personal, y así heredaron a la izquierda un cisma, que perdura hasta el presente, a pesar de ser totalmente absurdo. Por lo menos en lo fundamental, prácticamente no había diferencias en cuanto a los *objetivos* de las dos corrientes, las diferencias reales estaban en la cuestión del *camino a transitar.* Por pri-

mera vez se inició una confrontación, que iba a fragmentar a la izquierda durante el siglo XX en grupos y grupúsculos cada vez más pequeños y más sectarios: los leninistas con sus fragmentaciones, los trotzkistas con todavía más fragmentaciones, los maoistas … se puede siguir la lista al gusto del lector.

Cada uno tiene toda la razon, se burlaba ya Kurt Tucholsky. Cada uno de estos grupos consideraba ser el único que sabía el camino correcto para salir del valle de las lágrimas del capitalismo; y luchaba contra todos los otros »no creyentes« según el siguiente patrón: Mientras más cercanas sean tus convicciones a las nuestras, más peligrosas son – y por tanto deberemos combatir en forma más efectiva a sus portadores –. La izquierda europea se quedó atrapada durante gran parte del siglo XX en este infantilismo. Mientras, el capitalismo se desarrolló espléndidamente en estos tiempos y generó las guerras más devastadoras.

Sólo los estalinistas, adornados como »marxistas-leninistas« tendrían éxito. Los estalinistas, como al principio se llamaron a sí mismos – es mucho más tarde que el estalinismo se convierte en un estigma escrupulosamente esquivado – surgieron de un grupo de revolucionarios más jóvenes. Se diferenciaban de los »viejos« alrededor de Lenin y de su círculo, al cual, dicho sea de paso, no solo pertenecían »viejos« sino también muchos jóvenes pero cultos emigrantes, especialmente en relación a tres puntos: Prácticamente no experimentaron la emgración, por lo que su horizonte estaba fuertemente caracterizado por circunstancias rusas semibárbaras. La lucha revolucionaria en Rusia casi no les dio tiempo para adquirir una cultura intelectual en forma sistemática, y menos para un trabajo teórico serio. Su *teória* se movía en categorías de blanco-negro y amigo-enemigo. Especialmente ellos habían ejercido una brutalidad sin cuartel en los años de la guerra civil después de la Revolución de Octubre, pero muchos »viejos«, y también muchos de sus coetáneos, no los tomaban totalmente en serio.

Como no llegó la revolución mundial, cuyo inicio había sido según el entendimiento de los bolcheviques la Revolución de Octubre, habían adoptado una política de ir con la dirección del viento, entre las fuerzas de clase, y hicieron cada vez más concesiones tanto a la burguesía rural, como a la urbana. La rusia de los soviets se encontraba en camino hacia un »país emergente« capitalista, el fin del gobierno de los bolcheviques parecía ser nada más una cuestión de tiempo. Sin embargo, a partir de 1927, el secretario general del PCUS, Stalin, se convirtió en dictador absoluto y

estableció un régimen totalitario de izquierda radical, que pretendía lograr mediante la aplicación sistemática de asesinatos una sociedad igualitaria, e incapaz de oponer cualquier forma de resistencia – bajo el lema del »socialismo«. La furia no respetaba a nadie: campesinos, obreros, intelectuales, funcionarios …

Para el dominio estalinista, el pensamiento de Rosa Luxemburg significaba un peligro incalculable. Lo que ella odiaba: la dictadura de una camarilla; un »liderazgo« usurpado, en lugar de una hegemonia basada en la aprobación; la sustitución del debate político por el terror policiaco; la burocracia como el elemento activo más importante en la sociedad; kitch en vez de cultura; se conformaba como la base del gobierno estalinista.

Todas las reflexiones y acciones de los estalinistas giraban alrededor del aseguramiento de su poder. Para ellos, la teoría consistía en »agitación y propaganda« – »Agitprop« – con la única función de justificar y maquillar la política en curso. Con el marxismo, o aún con Marx, todo eso no tenía nada en común, con excepción del nombre. Por el contrario, Marx – y con él Rosa Luxemburg – representaban un peligro para el poder estalinista. Especialmente a Rosa Luxemburg, a quien ya había criticado duramente el poder bolchevique en sus inicios, le tenían que tapar la boca incluso en forma póstuma. Pero con Marx no se podía, ya que era imprescindible para la propaganda, porque el estalinismo se presentaba como »marxismo-leninismo«, lo que ahuyentaba muchas personas del estudio de los textos de Marx. Además, la recepción del pensamiento muy disperso de Marx no era tan fácil; para que su estudio incitara a dudas sobre el »socialismo real existente«, se requería un trabajo sistemático. No obstante, la obra de Marx mantuvo su caracter subversivo. Una y otra vez personas jóvenes, que al principio de su actuar político eran frecuentemente apasionados partidarios de Stalin, se convirtieron en críticos de las condiciones predominantes, después del análisis serio de las obras de Marx.

Sobre todo en el extranjero, no pocas personas, entre ellas muchos intelectuales, ubicaron en la Unión Soviética primordialmente al socialismo. El estalinismo fue interpretado como un fenómeno inevitable, que sin embargo no afectaba a lo esencial del socialismo, como la única alternativa al capitalismo productor de guerra, explotación y represión.

Rodeado por el aura de la revolución de octubre de 1917, y después de 1947 además fortalecidos por el triunfo sobre el facismo nazi, sin embargo, los estalinistas lograron impresionar tanto a fuerzas anti-capitalistas en masa, que estas se dejaron integrar por lo menos temporalmente, quitán-

doles así el fundamento a esfuerzos emancipadores, como los que había pretendido, por ejemplo, Rosa Luxemburg. No simpatizar con la Uníon Soviética, pero practicar al mismo tiempo una política socialista, era un reto más que ambicioso bajo estas condiciones.

Así como en la Alemania de los años veinte los nacionalsocialistas* tomaron prestado el vestuario y el vocabulario del movimiento obrero, los estalinistas se adornaron partiendo desde Rusia con una ideología y con objetivos, para los cuales cualquier persona que los quisiera ver convertidos en una realidad, pagaba con su libertad, y a veces también con su vida; por lo menos en aquellos lugares donde el estalinismo había llegado al poder.

Todo esto se lo ahorró Rosa Luxemburg. Ella experimentó, con total inocencia, solo los inicios de este proceso absurdo. Y tampoco ella intenta superar las posiciones endurecidas de los marxistas contra los anarquistas – un frente, que adquiriría un carácter genocida en la guerra civil española (1936-1939), cuando el marxismo soviético convergía totalmente en estalinismo –. Por lo contrario, durante toda su vida, Rosa Luxemburg se deslindó marcadamente del anarquismo – y precisamente en forma más enérgica, cuanto más se acercó a éste en sus posiciones ideológicas. Porque su argumentación a favor de más acción y menos cultivo y protección para la organización, con su creciente burocracia y su vanidosa autosuficiencia, y directamente, su defensa de la huelga política de masas, le acarrearon la acusación masiva de querer meter de contrabando al anarquismo en la socialdemocracia y con ello, cuestionar todos los logros hasta entonces obtenidos.

Rosa Luxemburg desafió todos estos ataques; lo que le costó quedarse aislada políticamente durante años. Transcurrían los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando su aliado más cercano en la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, inventaba continuamente nuevas teorías marxistas para justificar la política de adaptación del comité ejecutivo del SPD al régimen guillermino; como consecuencia los dos se distanciaron para siempre. Poco a poco, el marxismo empezó en convertirse para Rosa Luxemburg en una injuria.

A pesar de haberse integrado como marxista fiel en el movimiento socialdemócrata, casi nunca se calificó a sí misma como marxista; de todos modos eso no era una usanza tan común en los partidos de la IIa Internacional. Después, en la primera década del nuevo siglo había dejado atrás

* Nazis.

muchos – no todos, como aquí se ha expuesto – dogmas del marxismo del estilo de Kautsky y había encontrado su propio camino a los trabajos de Marx y la aplicación se su método. En este campo difícilmente alguien de sus contemporáneos se podía comparar con ella (y menos aún personas como Ruth Fischer, Ernst Thälmann y Walter Ulbricht, quienes se encargaron después de 1923 del Partido Comunista, que había sido confundado por Rosa Luxemburg en el año nuevo de 1918). A partir de 1910, ella usaba a las palabras marxistas y al marxismo la mayoría de las veces entre comillas, y casi siempre en forma peyorativa.

Cuando al inicio de la guerra mundial Karl Kautsky se aventuró a explicar la adhesión del SPD a la tregua política con el imperio en guerra con la teória marxista, lo único que le quedó a Rosa Luxemburg era burlarse con sarcasmo sobre este »ismo«: »Cuando comenzó la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró de decorar la invasión del imperialismo alemán con un escudo ideológico de argumentos totalmente obsoletos del marxismo, calificándola como la campaña militar libertadora que habían anhelado nuestros patriarcas contra el zarismo ruso.«

El único »ismo« aceptado siempre por Rosa Luxemburg era sin duda el socialismo, que le bastaba totalmente para su objetivo. En una ponencia durante el congreso de fundación del Partido Comunista deAlemania el 31 de diciembre de 1918, donde participaron izquierdistas de diferentes tendencias, entre ellos muchos partidarios confesos del pensamiento de Marx, retomó otra vez la cuestión del marxismo. Para no asustar a nadie, y a diferencia de otras ocasiones, no polemizó en forma general contra el marxismo, sino que optó por hacer una distinción entre el »marxismo oficial« y el »marxismo verdadero, el no falsificado«; sin embargo, prefería otro punto de referencia para el partido. No declaraba: »Regresamos otra vez al marxismo«, sino: »Regresamos a Marx, a su bandera. Si hoy en día declaramos en nuestro programa: la tarea inmediata del proletariado no es otra cosa que – resumido en pocas palabaras – convertir al socialismo en verdad y acción, y exterminar al capitalismo de raíz, entonces nos situamos en los fundamentos, en los cuales estaban parados *Marx* y *Engels* en 1848, y de los cuales en principio nunca se alejaron.«

En el siglo XX innumerables personas en todo el mundo se han sacrificado y han dado su vida por los ideales del marxismo, es decir; por la eliminación de cualquier forma de opresión y explotación. Fueron sin embargo traicionados y abusaron de ellos políticos imperialistas sin escrúpulos, entre ellos incluso asesinos múltiples, que fundamentaron y

justificaron prácticamente todo con el marxismo: desde la afirmación hecha en los años treinta de que los socialdemócratas eran al fin socialfascistas; hasta el pacto entre las dos dictaduras totalitarias en Europa; la conspiración de Hitler y Stalin contra el pueblo polaco en 1939; y la represión de la Primavera de Praga en 1968. No solamente Stalin, Berija y Molotov, también Mao Tsetung y Pol Pot se consideraban buenos »marxistas« y llevaron a cabo sus políticas de exterminio bajo la bandera del marxismo.

Entre la socialdemocracia y los bolcheviques.

Rosa Luxemburg se equivocó …; se equivocó …; se equivocó …;
se equivocó …; se equivocó …
Pero a pesar de todos estos errores suyos fue y continua siendo un águila.
Lenin, 1922

… no por medio de la mayoría hacia la táctica revolucionaria,
sino por medio de la táctica revolucionaria hacia la mayoría, ese es el camino.
Rosa Luxemburg, 1918.

Rosa Luxemburg no tenía un enfoque con respecto a la huelga política de masas, como frecuentemente se afirma, sobre esta forma de lucha »en sí«. Más bien consideraba a la huelga política de masas como sinónimo de toda una gama de acciones, con las cuales las masas proletarias adquirirían las competencias para la lucha contra el régimen económico y político dominante, y consecuentemente debían por eso poder emanciparse de la tutela de sus dirigentes en este proceso. En este sentido es que Rosa Luxemburg se hacía algunas ilusiones acerca de las »masas proletarias«.

Por un lado los Cartistas* en Inglaterra y por otro lado Karl Marx en Alemania creyeron, durante la primera mitad del siglo XIX, por fin haber encontrado en el proletariado el »sujeto« social que fuera buscado por la izquierda durante siglos, y que permitiría convertir en realidad sus ideas para mejorar el mundo. Trátese del reformador, del revolucionario, en la socialdemocracia finisecular esta interpretación seguía siendo incuestionable. Más tarde, en el estalinismo, sería llevada al absurdo. Por un lado los trabajadores, que habían quedado en la producción, y más todavía la población rural convertida con medidas coercitivas en clase obrera, fue-

* Cartistas: movimiento obrero británico inicial; su programa era la People's Charter (Carta del Pueblo, 1837/38), una propuesta constitucional que prevía el sufragio universal y secreto, elecciones anuales y el pago de dietas para los diputados.

ron despojados de sus derechos políticos como en los tiempos del capitalismo temprano, y en algunos países fueron incluso sometidos a una sobreexplotación. Por el otro lado se celebraba oficialmente una el endiosamiento de la »clase trabajadora«, acompañado en la fase temprana de una práctica especial cuando se reclutaron los »cuadros«, dispuestos a todo: Eran aptos para ser personas de primera categoría, y por ende, para ser ascendidos a la nueva clase dominante aquellos que pudieran demostrar tener antecedentes puramente proletarios; de todos los demás había que desconfiar en mayor medida, y aun cuando mucho »personal no-proletario« era sencillamente imprescindible.

Una concepción socio-racista del proletariado de esta naturaleza, no tiene lugar en el pensamiento de Rosa Luxemburg. Según Rosa Luxemburg, formaba parte de la clase trabajadora aquella persona, que se comprometía al interior de la clase trabajadora y con esta en contra de las condiciones imperantes; sin importar su origen o su estado social actual. La praxis, y no el estatus, era su criterio. Entendía a la clase como movimiento.

No obstante, tampoco ella estaba totalmente libre de la creencia que el trabajador fuera el elegido. En contraste con la – secretamente desilusionada – dirigencia del SPD, ella esperaba de »los trabajadores« una afinidad prácticamente sociogenética con una actitud anticapitalista y hasta revolucionaria. Según la concepción de Rosa Luxemburg era tarea de la política, despertar y liberar esta actitud a través de la praxis del movimiento; en otras palabras, darle el beso de amor a la »clase« durmiente para que despertara. Perseveró en esta convicción hasta su muerte, a pesar de que desesperara más de una vez con respecto a las »masas proletarias«, hasta correr el peligro de caer en la locura. Cuando la fracción del SPD en el Reichstag aprobó el 4 de agosto de 1914 los créditos para la guerra y grandes sectores de las »masas proletarias« irrumpieron en los campos de batalla ávidos del botín y el honor y coronados de flores, Rosa Luxemburg consideró con toda seriedad suicidarse para marcar un señal y sacudir a las masas. Su Alter ego francés – por lo menos en cuestiones de la guerra y la paz – el socialista y pacifista Jean Jaurès, fue asesinado en aquellos días por fanáticos de guerra franceses. Tampoco en Francia pasó nada, también alla las »masas proletarias« marcharon alegremente a su propio matadero.

A fin de cuentas la izquierda no pudo ser feliz con su »sujeto revolucionario«, la clase trabajadora, aunque desde una perspectiva sociológica los trabajadores aportaron el contingente más grande de la sociedad entre

aquellos que por lo menos temporalmente se entusiasmaron por ideas revolucionarias, o incluso acciones revolucionarias. Visto a nivel internacional, a principios del siglo XX dos tendencias según la forma en que actuaban respecto a la clase obrera fueron relevantes dentro de la izquierda, y vale la pena examinarlas más de cerca todavía ahora: la de la izquierda alemana, en tanto pertenecía al círculo alrededor de Rosa Luxemburg y de la izquierda rusa, en tanto que pertenecía a los bolcheviques alrededor de Lenin.

Las dos tendencias interpretaron los esfuerzos de adaptación de la socialdemocracia alemana – entonces considerada como modelo por muchos partidos y movimientos proletarios de otros países, sobre todo por aquellos unidos en la IIa Internacional – como »aberración« y »traición« de los dirigentes políticos. La idea de que la clase trabajadora no aspiraba »como clase« al socialismo, sino que solamente producía la mayor cantidad de personas en condiciones de responder a los ideales socialistas, fue finalmente suprimida por estas.

Las dos tendencias se quedaron con una concepción de la política, donde la izquierda socialista-internacionalista representaba la parte políticamente más consciente del proletariado, y por este motivo formaba su brazo político. Y ambas tendencias veían en la conquista de una influencia decisiva sobre la clase trabajadora una condición necesaria para llegar a un mundo mejor. Ambas tendencias no podían pensar la idea de que el movimiento al socialismo no fuera un movimiento de los trabajadores. La ganancia para la posteridad de ambas tendencias es el haber mantenido al pensamiento socialista en el espacio político – y no como hizo el SPD, que a lo más le permitiría seguir siendo un valor –.

Sin embargo, las dos tendencias divergían fundamentalmente en una cuestión: Mientras Lenin opinaba, de acuerdo con Karl Kautsky, que el proletariado no podía adquirir conciencia propia del hecho de ser portador de socialismo, y por ende, esta conciencia tendría que ser introducida »de fuera«, para Rosa Luxemburg el socialismo no consistía en una teoría que uno deba apropiarse y actuar cumpliéndola como los diez mandamientos. No solo rechazaba profundamente el llegar a la conciencia por medio de la tutela, para ella eso finalmente contradecía el ideal libertador del socialismo. Según su concepción, el proletariado debía tomar conciencia de su misión por la práctica vivida, por la experiencia de los propios éxitos, y más aún, a partir de las propias derrotas, y así convencerse de la alternativa entre *socialismo o barbarie*.

La formación, que también para Rosa Luxemburg tenía un papel clave – no en vano inició junto con Franz Mehring para el SPD la escuela del partido y daba clases ahí – fue entendida por ella no como un instrumento para »introducir concencia« ausente, es decir, para imponerla. Sus ofrecimientos de formación los entendía como ayuda para la autoayuda. Para ella, la emancipación no empezaba después de la conquista del poder (ya fuera por la vía parlamentaria o por la revolución), sino en el movimiento, y este último era impensable para ella, si no se daba apropiándose de una amplia formación.

Por lo mismo, ella le adjudicaba al partido otra función que le dieron por un lado la vieja socialdemocracia alemana y por otro lado los bolcheviques rusos. Mientras que para los primeros, el partido mutaba cada vez más hacía una asociación electoral que debía ganar la mayor cantidad de lugares en el parlamento posibles y que después de la derrota electoral de 1907 estaba dispuesto de hacer más y más concesiones al chauvinismo y militarismo en Alemania, para los segundos el partido era una maquinaria, con cuya ayuda se debía conquistar el poder a través de una revolución para eliminar todo el mal de la historia anterior. Finalmente tenían con la clase para la cual actuaban – mientras más éxito tenían – en gran medida una relación utilarista y tutelar. Para Rosa Luxemburg ambas variantes eran un horror. Lenin no podía perdonarle esta »disidencia«. Todavía años después de su muerte proclamaba en un modo puramente jesuita un quíntuple *se equivocó* … antes de dignarse a decir un *pero* …

En la cuestión parlamentaria se sentía cerca de Friedrich Engels, quien consideraba al parlamento como una tribuna para la propaganda revolucionaria y nada más. Según Rosa Luxemburg, la sociedad sólo sería capaz de emanciparse, en caso de que se emancipara el proletariado. La emancipación por medio de la praxis, por un cambio gradual en la relación entre las fuerzas, era para ella el único camino hacia la emancipación que tenía sentido. No ocupaba el primer lugar en lo que Rosa Luxemburg pretendía, el permanente crecimiento numérico de miembros de las organizaciones proletarias y de votantes, sino el crecimiento de la autoconciencia y de la capacidad para la acción política. El partido debía hacer propuestas a la clase obrera y dejarle la decisión a ésta, incluso con el riesgo del rechazo, que en dado caso habría que aceptar.

Un problema que ya no resolvíó, fué la cuestión revolucionaria, a pesar de que, y tal vez precisamente porque era una ferviente revolucionaria. También en este asunto su fuerza radicaba más en la polémica que en la ex-

posición de pasos concretos. Por lo menos en un punto sabía exactamente lo que no quería: cualquier manifestación del Blanquismo. Louis Auguste Blanqui (1805-1881), quién pasó el mayor tiempo de su vida en la cárcel, había desarrollado la idea de una alianza secreta, que debía asumir el poder por un golpe de estado para introducir al socialismo después. Por primera vez en 1904 Rosa Luxemburg había reprochado a Lenin y a los bolcheviques por perseguir tal plan: Para ella el »partido de nuevo tipo« de Lenin, el partido bolchevique de revolucionarios profesionales, se parecía más a un partido blanquista que a uno de los trabajadores, y llegado el momento político oportuno, no le importarían más los intereses de la clase trabajadora. Rosa Luxemburg tendría la razón en una medida tal, que ni siquiera pudo haberla imaginado. Porque después de asumir el poder y en contradicción con lo postulado en la teoría, los bolcheviques, débiles numéricamente, no se apoyaron tanto en los trabajadores y el movimiento de estos, sino en un movimiento soldadesco de tipo revolucionario-campesino. Por iniciativa de Trotzky crearon un nuevo poder militar leal a ellos – el Ejército Rojo – y con ello, tanto una base social como de poder político para sí mismos. Incluso después del exterminio de todo su cuerpo directivo en 1938*, este ejército se mantuvo junto al aparato estalinista de partido y de Estado, y al servicio secreto como fundamento decisivo del poder para los bolcheviques hasta 1991. Todavía hoy, las condiciones políticas existentes en Rusia no pueden ser entendidas sin estos tres elementos que en apariencia, naturalmente, se han adaptado a las nuevas realidades.

La concepción revolucionaria de Lenin no solo estaba orientada hacia el poder, sino también era mecánica. Con un partido para la lucha, debía ocurrir la ruptura en una situación revolucionaria, en el punto al interior de la sociedad, desde el cual fuera más fácil la transformación. Este punto consistía en el poder de Estado; objeto que habría de conquistar, para no regresarlo nunca más. En conjunción y con la ayuda del poder del Estado efectuaría la reconstrucción de la sociedad desde arriba, empezando con las condiciones de las relaciones de propiedad. Lo que en la teoría tuvo una suave aura divina, dió lugar en los hechos a algo de poca divinidad: el socialismo real existente. Este atravesó por tres etapas: la revolucionaria hasta 1927/28, la totalitaria hasta 1953 y la de una dictadura burocrática en un lento proceso de descomposición hasta 1989/91. Al final cayó como un arbol hueco, las ruinas sociales que dejó, se encuentran sobre todo en su país de origen, Rusia, en un estado deplorable hasta la actualidad – sin mencionar aquí los millones de personas asesinadas alevosamente.

A Rosa Luxemburg, en contraste, la animaba un respeto profundo y sagrado ante cada forma de vida. La botánica y amiga de los animales era ajena a todo lo mecánico; su pensamiento era orgánico. Mientras Lenin planeaba y organizaba el gran triunfo, ella más bien investigaba las transformaciones sostenibles, las cuales no eran tan fácilmente reversibles como la toma del poder político. No pretendía la toma del poder por un pequeño grupo, ni un dominio de una minoría sobre la mayoría; quería ver como la clase trabajadora maduraba y se emancipaba, hasta … aquí, porque ya no le dio tiempo para terminar sus interpretaciones en este punto.

Precisamente en el punto llamado revolución es donde menos se emancipó Rosa Luxemburg del marxismo tradicional. Ella pensaba en la categorías de la Revolución Francesa de 1789, y en el mejor de los casos todavía de la Comuna de París de 1871. Ya no pudo resolver la contradicción entre emancipación y revolución, entre emancipación y violencia. Rosa Luxemburg no incrustaba a la revolución en su propio concepto de emancipación como un elemento perteneciente a las confrontaciones, sino que aún no era capaz de liberarse en este punto de la expectativa (retomando al joven Marx) de la revolución como un hecho, que abre la puerta a la libertad. El remedio contra el capitalismo no lo vió finalmente en seguir su propio concepto democrático de emancipación, sino en una revolución »tradicional«; un error que le costó la vida a ella y otros dirigentes del KPD, fundado en el año nuevo de 1918-19.

En vez de entender las revoluciones realmente como »locomotoras de la historia mundial«, con las cuales se distensan contradicciones que están a punto de explotar y con las cuales se pueden dinamitar los obstaculos en los caminos hacia desarrollos democráticos, ella quedó atrapada en el pensamiento de que la revolución *socialista* condujera a una calidad totalmente diferente que la revolución *burguesa* (con esto obviamente no se ha dicho nada contra las revoluciones, que siempre occurirán, más bien se habla en contra de las expectativas de rendención en las revoluciones). No obstante, Rosa Luxemburg estaba bien conciente – y eso realza su grandeza –, de que le faltaba dar respuesta convincente a más de un problema. En las últimas horas de su vida planeaba – esperaba estar presa de nuevo

* Después de que Stalin y su grupo habían ordenado exterminar la dirigencia política del bolchevismo revolucionario desde 1934, en 1938 fue asesinado casi la totalidad del cuerpo de la dirigencia y de los oficiales del Ejército Rojo: alrededor de 20 000 personas. En suma cayeron víctimas del terror estalinista varias decenas de millones de personas; desde campesinos hasta estudiosos universales, desde revolucionarios profesionales hasta hijos de agentes, quienes trabajaban en el extranjero para el gobierno soviético.

– dedicarse desde la cárcel a un amplio analisis de la revolución recien vivida.

No hubiera empezado desde cero, porque disponía sobradamente de un marco general para una concepción revoluciónaria a desarrollar. En su teoría de la acumulación trató de analizar las causas del imperialismo. Partió de la idea de que la economía capitalista requería de un crecimiento permanente y que por este motivo siempre tendría que estar sometiendo a cada vez más amplias partes del mundo en las Colonias – hasta que no quedara economía no capitalista alguna y el capitalismo diviniera en una catástrofe, que ella denominaría la »barbarie«. Era la misión de las »masas proletarias« y del partido adelantarse a este hecho con la transición al socialismo. Basándose en Marx, formuló en consecuencia su – muchas veces malentendida – alternativa: socialismo o barbarie.

Dió por hecho que está transición se realizaría mediante una »*Realpolitik* revolucionaria«, que usaría todos los medios, incluyendo las reformas. En este contexto aunque no consideraba deseable la revolución, la consideraba muy probable. Pero a fin de cuentas no tenía claridad sobre como ella misma se comportaría en una revolución. Ahí radicaba la gran diferencia en comparación con Lenin, quien sabía exactamente lo que quería: tomar el poder en la primera ocasión favorable, y aun todo el poder, y después ver qué seguía.

Y hubo una segunda diferencia, la cuestión de la separación orgánica de la socialdemocracia. Mientras los bolcheviques consideraron la cuestión organizativa como punto de partida de cualquier práctica revolucionaria y actuaron conforme a ello, Rosa Luxemburg había extraído la conclusión contraria de la revolución rusa de 1905 a 1907. Ella opinaba que la izquierda debería permanecer el mayor tiempo posible dentro de los grandes partidos socialdemócratas y así, muy cerca de la clase trabajadora. Con tal motivo, después del comienzo de la guerra, rechazaba con vehemencia retirarse del SPD, a pesar de la traición del 4 de agosto de 1914. Con Franz Mehring formaba el »Grupo Internacional«, que pronto se iba a llamar »Grupo Espartaco«, pero lo hizo dentro de la socialdemocracia. Cuando en 1917, el SPD se dividió ante la cuestión de la guerra o la paz, Rosa Luxemburg y sus amigos se adhirieron, conservando su autonomía política, al »Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania« (USPD). Un partido propio lo consideraba como dañino. Opinaba que en caso de una revolución, la acción de las masas iba a producir las formas organizativas correspondientes; como en 1905 en Rusia con los

soviets. Por lo tanto solo aprobó la independización del »Grupo Espartaco« a través de la »Liga Espartaquista«, tras el inicio de la revolución. El Partido Comunista de Alemania (ella no estaba tan feliz con este nombre) que surgió de la Liga, fue producto de esta revolución.

En la revolución »equivocada«.

En artículos y manifiestos, Rosa Luxemburg intentaba explicar al proletariado el sentido de la revolución … ¿Pero cuántos trabajadores y cuántos soldados entendían a Liebknecht y a Luxemburg? Había confusión en los sesos de los soldados. Liebknecht era aquel que quería la paz y que había gritado: »Abajo la guerra«. Eso le pareció bien al soldado … Ahora este hombre gritaba … »Arriba la nueva guerra«, la guerra de los oprimidos contra los opresores … Esto no podía comprenderlo el soldado. ¿Y después de todo que sabían de Luxemburg? … Las masas no entendían a ninguno de los dos …

Fritz Heckert, 1921

En 1913 en Bockenheim cerca de Frankfurt del Main Rosa Luxemburg había hecho un llamado a los soldados, de insubordinarse en el caso de una guerra, lo que le valió la condena a un año de prisión, que tenía que cumplir a partir del inicio del año 1915 en la cárcel de mujeres de la Calle Barnim en Berlín. Después quedó libre solo por un corto tiempo, antes de la revolución de noviembre fue retenida bajo »arresto precautorio« en la ciudad silesiana de Wronke y en Breslau; mientras tanto el »Grupo Espartaco« realizaba un trabajo difícil y peligroso de propaganda contra la guerra. Visiblemente envejecida, con el cabello casi blanco, la mujer de 47 años se lanzó a la revolución del 8 de noviembre de 1918.

Y una vez más, contaba con las »masas proletarias«. La dirigencia del SPD, que durante cuatro años había apoyado la matanza de millones de trabajadores en los campos de batalla de la guerra mundial, había recibido el premio por su lealtad el 3 de octubre de 1918: su ingreso al gobierno. En aquel entonces creyó haber logrado finalmente su objetivo, la repartición del poder entre la sociedad vieja y la sociedad opositora proletaria; pero después no supo que hacer con ese triunfo. Por tal motivo, cuando en el noviembre de 1918 un movimiento revolucionario de los soldados barrió con esta repartición del poder y formó una alianza con la dirigencia destituida del Reichswehr, salvando de esta forma al militarismo de las élites alemanas.

A pesar de su trabajo abnegado contra la guerra, el »Grupo Espartaco«, que durante años se había comprometido con la revolución, influía si acaso marginalmente en esta revolución. Apenas podía actuar, cuando todo ya

había pasado: el emperador había huido, la guerra había terminado, la república había sido proclamada, la jornada de ocho horas de trabajo se había introducido, el sistema electoral de tres clases había desaparecido en Prusia. El movimiento de los soldados se desintegró tan rápido como surgió; se convirtió en esposos e hijos, que solo querían una cosa: irse a casa.

La izquierda alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, con la mira fija en un proletariado cansado, en cuya conciencia revolucionaria había creído durante un corto tiempo, entendió demasiado tarde, que la clase trabajadora en su mayoría no solo no quería una revolución, ni tampoco sabía realmente qué hacer con la república que dejó el movimiento de los soldados como herencia. Esta república no era la hija del movimiento obrero. La dirigencia del SPD, a la que le bastaba la repartición del poder, no la había anhelado. Tampoco la quería el USPD, con la mirada fija en el fin de la guerra. Y el »Grupo Espartaco«, pensando en la revolución anticapitalista, de igual forma no la quería.

En la situación política, para las masas proletarias si acaso se había considerado el sistema electoral de tres clases como un problema cuya solución hubiera sido también posible en una monarquía constitucional. Los alemanes perdieron a la monarquía de Brandeburgo-Prusia y a los otros gobernantes dinásticos más bien por un descuido. Paz y pan, así como condiciones póliticas un poco más modernas, con un poco más apertura ante el mundo, en el fondo eso era todo lo que deseaban. En su lugar obtuvieron una república, condiciones similares a una guerra civil durante varios años y al final vino todavía una inflación galopante, que le expropió hasta la camisa a las capas medias y que llevó en las ciudades a que la gente descuartizara caballos vivos por el hambre.

Eso ocurrió en el año 1923, cuando el cadáver medio descompuesto de Rosa Luxemburg ya había quedado enterrado hacía mucho tiempo bajo la tierra de Friedrichsfelde; durante varios meses su cuerpo había estado en el agua, solamente por su bolsa y un medallón pudo ser identificada. La primera ola de la guerra civil en el enero de 1919 le había costado la vida: Cuando se habían iniciado las luchas callejeras en el centro de Berlín, erróneamente llamadas una y otra vez hasta ahora la »Rebelión Espartaquista«, ella, ante la alternativa de posicionarse en favor o en contra de esta acción sin esperanza, se decidió por el apoyo propagandístico; igual que Karl Marx en 1871 durante la Comuna de París. Sin embargo Karl Marx lo hizo desde un refugio seguro: El vivía en Londres, mientras Rosa Luxemburg les cayó en las manos a sus asesinos en el barrio de Wilmers-

dorf. El recién nombrado comandante en jefe del Reichswehr, Gustav Noske (SPD), había dado, como apenas se pudo comprobar hace algunos años, su bendición.

Escupida y honrada – ¿pero también necesaria?

> *Ellos (Parvus y Rosa Luxemburg) se inventaron un modelo utópico y menchevique a medias, el de la revolución permanente (una distorsión del modelo de revolución de Marx), atravesado por una completa negación menchevique de la política para la alianza entre proletariado y campesinado; y lo opusieron al modelo bolchevique de la dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y campesinado …*
> *Stalin, 1931*

El miedo ante la pequeña judía polaca entre su adversarios no se perdió ni siquiera después de su muerte – ni entre los de su propio terreno, ni entre los del campo enemigo. Los nazis todavía en 1933 ordenaron el retiro de la estrella roja del monumento de la revolución, diseñado por Mies van der Rohe que estaba a un lado de las tumbas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el cementerio en Berlín-Friedrichsfelde; en 1935 demolieron todo el momumento y aplanaron las tumbas. Las lápidas se encuentran hoy en el museo.

Los enemigos de su propio campo tuvieron que emplear más energías. Cuando Stalin empezó a »depurar« el movimiento obrero y la idea del socialismo de cualquier elemento de democracia, substituyéndolas por el »centralismo democrático«, un eufemismo para el sistema estalinista de obediencia ciega, Rosa Luxemburg experimentó un honor especialmente curioso. Stalin se acordaba de un constructo que había creado uno de sus anteriores rivales, el presidente de la Internacional Comunista*, Grigori Sinovjev: el luxemburguismo.

Más curioso todavía, ya que Rosa Luxmeburg, como vimos, exceptuando su teoría de la acumulación que hoy se vuelve a discutir, prácticamente nunca había presentado sus convicciones teóricas ni en lo más mínimo en forma cerrada, o siquiera en forma sistemática; más bien desarrollaba siempre sus conceptos teóricos en la confrontación con otras interpretaciones. No existe un sistema teórico de Rosa Luxemburg con

* La (III) Internacional Comunista: 1919-1943; fundada para coordinar la revolución mundial, se convirtió en un instrumento de la política exterior soviética después del aplacamiento de la ola revolucionaria en Europa. Poco antes de su muerte, Rosa Luxemburg se había expresado duramente en contra la formación de un nueva Internacional, después del colapso de la II Internacional a comienzos de la Guerra Mundial (véase p. 18).

una economía política propia, una filosofía, una teoría política o una sicología social.

El legado de Rosa Luxemburg, lo que la hacía tan peligrosa para el estalinismo en ciernes, sin embargo, no fue sistema teórico alguno, sino sus posiciones políticas: su categórica exigencia de democracia y transparencia en la izquierda; y su incorruptible insistencia en la libertad como condición fundamental para cualquier movimiento emancipador. Y como estas difícilmente podían ser impugnadas, se necesitaba fabricar un sistema teórico; los ideólogos de Stalin realmente actuaron con mucho conocimiento y con precisión extrema.

Buscaron en las obras de Lenin y de Rosa Luxemburg interpretaciones acerca de los temas más variados, después pescaron las diferencias, canonizaron las interpretaciones de Lenin y declararon como »errores« todos las opiniones disidentes de Rosa Luxemburg. En un último procedimiento de trabajo sistematizaron esos »errores«. Y ya estaba listo el »Luxemburguismo«. Este ataque contra un »modelo utópico y semimenchevique« de Rosa Luxemburg se dio, cuando la Internacional Comunista ya estaba casi completamente unificada y nadie se aventuraba ya de protestar.

Tanto trabajo sólo se lo dieron los estalinistas con Trotzky, el contrario a Stalin, a quien tambien se le adjudicaba un »ismo« propio: el trotzkismo, que sin embargo, sería transformado más tarde en algo positivo por los adeptos de Trotzky, que proclamaron al trotzkismo como su bandera. El trotzkismo fue sonsiderado como engendro del infierno y el estigma »trotzkista« en la Unión Soviética, a partir de mediados de los años treinta, significaba casi en forma automática el asesinato, mientras que el Luxemburgismo fue caracterizado como »semimenchevique«, un atributo que sólo los especialistas pueden descifrar sin problemas.

La traducción mas cercana hoy por hoy tal vez sería »trotzkismo suave«. Se trataba de destruir la autoridad de Rosa Luxemburg y se trataba de evitar, que en la esfera de influencia estalinista alguien en algún momento pudiese invocar sus exigencias de democracia y libertad sin correr peligro.

No obstante, los estalinistas sí sabían que hacer con el cadáver de Rosa Luxemburg, porque en contraste con el todavía no asesinado Trotzky, la revolucionaria Rosa Luxemburg, »liberada« de su obra, les fue útil – como ícono mudo –. El bloque oriental, aunque con tendencia a la baja, conservó esta esquizofrenia hasta 1989. En la RDA, los manipuladores de la causa de Rosa Luxemburg se presentaron año por año el segundo do-

mingo de enero en una tribuna con calefacción para ser festejados. Ante un bastidor, que ordenaron construir en 1951 especialmente para este evento, tuvieron que desfilar decenas de miles de personas – lejos de las tumbas originales de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Desde 1990, el segundo domingo de enero, se guarda silencio en memoria de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, de luto por las dos víctimas del terror blanco, y en muchos personas, que vienen de cerca y de lejos, el luto se mezcla con la tristeza por el fracaso de la izquierda en el siglo XX.

En la ciudad dividida entre 1948 y 1989, donde en 1919 ocurrió el asesinato, hay más monumentos para Rosa Luxemburg que para cualquier otra personalidad; sin embargo hasta ahora no en la plaza, que lleva su nombre: La Plaza Rosa Luxemburg (Rosa-Luxemburg-Platz), donde se encuentra desde 1914 el teatro *Volksbühne*.

El primer intento por construir ahí un monumento fue impedido en 1951 por la dirigencia del SED. Apenas en 2006 se instaló una »señal como recuerdo« en memoria de Rosa Luxemburg. Respetando sin duda su pensamiento, conscientemente no fue colocada arriba de un pedestal, a sabiendas de que en este lugar no habría molestado casi a nadie. En vez de eso se insertaron cien frases de ella con letras de metal en el suelo. A dios gracias quienes promovieron y crearon este monumento no tendrán que saber si Rosa Luxemburg no hubiera soltado tremendas carcajadas ante la idea, de ver fundidas en bronce sus afirmaciones para la eternidad. Aunque no pretendemos aquí denunciar nada en cuanto al gesto en sí.

¿Aparte, que quedará de esta Rosa Luxemburg, nacida en Zamosc, Polonia, y sumergida en el barrio Tiergarten de Berlín? Si bien tanta gente sabe su nombre y la historia de su muerte, de casi todo lo demás se conocen sólo leyendas. Algunas palabras clave deben bastar en lugar de esto:

La idea que hoy por hoy cobra más y más importancia, aunque su banalidad aparente casi asusta, es la concepción de Rosa Luxemburg del *movimiento*. Con su concepto de entender a la clase como movimiento, y no como condición social, nos »depositó« una clave para la resistencia futura. Actualmente, en vista de que las relaciones tradicionales de clase se desintegran en forma creciente y son sustituidas por nuevos frentes, la reflexión de la *acción común* como *premisa de la emancipación* aparece bajo una luz diferente. Lo mismo es considerado valido también para la idea de la emancipación, ententida como la liberación de la minoría de edad por responsabilidad propia, concepto del filósofo de la ilustración, Immanuel Kant.

Lo que antes se daba al menos en forma temporal y como forma de surgimiento de la »clase« en un ambiente proletario, en el presente se da sólo excepcionalmente en circunstancias culturales y de vida comunitaria. Comunidad y con ella la resistencia eficaz tan sólo se producirán, si se puede, mediante la acción, los hechos, el movimiento. Para ello es Rosa Luxemburg una gran motivación, que debería ser todavía descubierta en su totalidad.

Transparencia fue la primera condición de cualquier democracia para Rosa Luxemburg. Aquello que ella creía que pertenecía a lo público, porque le afectaba a la gente, lo llevó de la oscuridad a la luz con una ira casi sagrada. La polémica fue el instrumento de Rosa Luxemburg. Por este motivo uno la amaba y el otro la odiaba. Hoy por hoy, donde es común inundar a la sociedad hasta el cansancio con información simulada y desaparecer los estados reales de las cosas tras cortinas de humo, hay que reapropiarse de la polémica para desaprender la bien cultivada tibieza.

Rosa Luxemburg encontró su credo en Ferdinand Lasalle, el precursor de la socialdemocracia. Para desgracia de sus adversarios, de los *Realpolitiker* e intrigantes, esos que opinan en última instancia que la plebe lo único que hace es echar a perder también a la política de izquierda, y que por ende la *parte seria* de la política debe ser practicada a puerta cerrada, ella siempre lo enunció con gusto: *El acto más revolucionario siempre consiste en decir la verdad en voz alta*. De esta forma uno por supuesto puede ganarse muchos enemigos poderosos, raramente amigos valientes.

En tiempos como los nuestros, donde bajo la bandera de la »individualización« se rompe a la sociedad en personas solas indefensas sin individualidad y personalidad, sin capacidad de cooperación, y por ende sin capacidad de resistencia, se puede aprender el *individualismo* con Rosa Luxemburg. Porque ella fue una gran individualista, a veces hasta la exaltación, que sin embargo sabía exactamente, que el individualismo sin cooperación lleva a la esterilidad y a la falta de efectividad. A ambas temió más que a la muerte.

No menos actual es la crítica de Rosa Luxemburg a *las burocracias y las organizaciones*. Hoy por hoy, en la época de las grandes burocracias autosuficientes, la convicción de Rosa Luxemburg de que las organizaciones se convierten en cascarones obsoletos, cuando actúan *en primer lugar* como un fin en sí, adquiere una actualidad que espanta. Sofocan cada movimiento, cada vivacidad, y los sustituyen por vida simulada. Eso significa la muerte de cada intento de emancipación, porque entonces solo

sirven a aquellos que se aprovechan de ellos. Y eso no se dió sólo en el estalinismo.

Last not least, queda de Rosa Luxemburg literatura universal, un espíritu brillante que en sus escritos y cartas siempre buscaba la contradicción y del que en la izquierda actual es perceptible sólo un poco.

En la político y en lo privado, en la teoría y en la práctica, Rosa Luxemburg mostró una altura, que desde entonces, se ha logrado pocas veces, si acaso. Denunciada y difamada, hasta ahora para mucha gente sólo como un ícono mudo es soportable y puede ser utilizada. Por eso esta pequeña gran mujer continua siendo un reto y más aún, una motivación.

Jörn Schütrumpf
Berlín, 17 de febrero 2006.

Traducción: Gerold Schmidt y Martha Villavicencio.

Pero proscribir a los partidos con medidas policiacas como partidos, como corrientes, prohibir su presencia abierta, quitarles la luz del día: imaginárselo resultó para Rosa Luxemburg inadmisible; no por amor a los reformistas, sino por amor a la revolución y a los revolucionarios mismos, los cuales solo cuando enfrentan los errores libremente, pueden también superarlos en su interior. Ya que las experiencias que los revolucionarios crean en la lucha contra el reformismo, tampoco pueden ser sustituidas por ningún dirigente, por ninguna institución policiaca, por ninguna Tscheka.* Deben adquirir las experiencias en su propia lucha.

Paul Levi, 1922

* Policía secreta bolchevique.

La maestra

Junto ...con su actividad como escritora y conferencista, Rosa Luxemburg era además una verdadera maestra … Y lo era, en la vieja escuela del partido…

Rosa Luxemburg enseñaba aquí Economía Nacional. (se siente la tentación, al decir enseñaba, de ponerlo entre comillas; ya que lo que enseñaba Rosa Luxemburg era algo tan opuesto al concepto tradicional de maestra.)...

¿Cómo nos obligaba a que cada persona analizara y aprendiera por sí misma en los temas de la economía nacional? ¡por medio de preguntas!

Mediante preguntas y nuevamente siempre preguntar e investigar obtenía de la clase todo el conocimiento posible, que debía ser comprobado y que ella depositaba ahí. A través de sus preguntas hacía resonar la respuesta, y nos permitía escuchar dónde y cómo sonaba vacío; a través de sus preguntas tanteaba los razonamientos y nos permitía ver si estaban chuecos o derechos, por medio de preguntas obligaba a ir del reconocimiento del error personal, a la búsqueda propia de un resultado irrefutable.

…

En algunas ocasiones hubo en la escuela horas especialmente sagradas. Estas ocurrían cuando los contenidos de las clases tocaban los umbrales de otras ciencias, o bien se internaban en ellas. Si los estudiantes carecían de todas las condiciones para dar solución a las preguntas por sí mismos, Rosa Luxemburg proporcionaba exposiciones contextualizando, a veces desde la Sociología, en ocasiones desde la Historia, también desde la Física. La forma en que destacaba con cristalina claridad lo esencial, como en una exposición breve, sin artificios retóricos, ofreció precisamente maravillas en lo retórico; estas eran las horas sagradas, durante las cuales, uno podía sentir lo universal del espíritu de esta mujer con un respetuoso estremecimiento.

Rosi Wolfstein, 1920
en el Congreso Fundacional del KPD
oponente de Rosa Luxemburg,
realizó con Paul Frölich –
quien después se convertiría en su esposo –
una edición de las Obras de Rosa Luxemburg,
fue expulsada en 1929 del KPD.

Rosa Luxemburg

En el albergue.

Nuestra capital del Reich ha sido cruelmente afectada en su espíritu festivo. Ya que, en los momentos en que era entonada por las almas piadosas la linda vieja canción: »Oh navidad plena de alegría, bienaventurada navidad llena de gracia...« (O du fröhliche, o du selige, gnadenbringende Weihnachtszeit!) se ha extendido la noticia de que en el albergue para personas sin hogar ocurrió una intoxicación masiva. Hubo víctimas viejas y jóvenes: el empleado de un comercio Joseph Geihe de 21 años, el trabajador Karl Melchior de 47 años, Lucian Szczyptierowski, de 65 años – cada día llegaron nuevas listas de personas sin hogar envenenadas. La muerte los alcanzó por todos lados: en el albergue, en prisión, en los refugios contra el frío, o simplemente en la calle, o en el granero donde se habían metido a escondidas.

Antes de que el año nuevo cambiara con el tañir de campanas, cientocincuenta desamparados se encontraban agonizando, mientras que setenta de ellos ya habían entregado su alma. El sencillo edificio de la calle Fröbel, que normalmente todos quieren evitar, fue durante varios días el centro del interés público. ¿De donde vendrían las enfermedades masivas? ¿Era una epidemia, o una intoxicación provocada por haber disfrutado de alimentos en estado de descomposición? Las jefaturas policiacas se dieron prisa en tranquilizar a los buenos ciudadanos: No fue una enfermedad contagiosa, y esto singnificaba que no había peligro para la población decente, para la gente de bien de la ciudad. La muerte masiva se limitó a los »ámbitos de los albergues«, a la gente que se había permitido disfrutar en la navidad de arenques malolientes »muy baratos« o de aguardiente de mala calidad y venenoso. ¿Pero de dónde habría tomado la gente aquellos arenques apestosos? Los compraron de un »vendedor ambulante de pescado«, o los recogieron en el depósito de basura del mercado. Esta última presunción fue rechazada por una razón de peso: la basura en los mercados no es como se la pueden imaginar personas superficiales y no instruídas en la economía nacional, un bien sin amo, del que pueda apropiarse el primer y mejor desamparado. Esta basura se junta y se vende a los grandes engordadores de cerdos, donde es cuidadosamente desinfectada y

molida, sirve como alimento para los cerdos. Los celosos organismos del mercado garantizan que esta humanidad de baja ralea no les quite su comida a los cerdos sin autorización, para tragársela sin haber sido desinfectada y convertida en harina. Las personas sin hogar no podrían de manera alguna, como podría pensar alguien con facilidad, haber recogido su cena de Nochebuena del basurero del mercado. La policía siguió sus pesquisas en dirección a los »vendedores ambulantes de pescado«, o trás el tabernero que habría vendido a los sin hogar el aguardiente barato y venenoso.

Nunca en toda su vida despertaron tanto interés Joseph Geihe, Karl Melchior, Lucian Szczyptierowski con su humilde existencia. Ahora –¡qué honor! Renombrados médicos revolvían con sus propias manos en sus tripas. El contenido de su estómago, que antes no tenía para el mundo absolutamente ninguna importancia, ahora es investigado vergonzosamente, y discutido en toda la prensa. Diez señores – así lo ponían los periódicos – se ocupan del caldo de cultivo de los bacilos que provocaron la muerte a los del albergue. El mundo también quiere saber donde exactamente fue que se enfermó cada uno de los desamparados: si en el granero donde fue hallado por la policía, o si ya en el albergue, donde antes había pernoctado. Lucian Szczyptierowski se ha convertido de repente en una personalidad relevante, y seguramente se hubiera esponjado de vanidad, si no fuera porque yace como cadáver maloliente en la mesa de las autopsias.

Sí, hasta el emperador – quien mediante el aumento más reciente de tres millones de marcos a su anualidad como rey de Prusia, por la carestía, gracias a dios está, por lo menos, protegido contra lo peor[1] – quiso enterarse con diligencia de la salud de los envenenados en el albergue urbano. Y su alteza y señora esposa en un despliegue de naturaleza femenina expresó su pésame a través del chambelán de Winterfeldt al alcalde mayor Kirschner. El alcalde mayor Kirschner, sin embargo, no disfrutó, aunque eran baratos, ni uno de los arenques podridos, y se encuentra junto con su familia en un estado de salud excelente. Según sabemos, además, no tiene lazos consanguineos ni emparentó por matriminio con Joseph Geihe ni con Lucian Szczyptierowski. Entonces, finalmente: ¿a quién le iba a expresar el pésame de la emperatriz, el chambelán de Winterfeldt? A las par-

1 El 9 de junio de 1910 en la Cámara de diputados prusiana se aprobó, con los votos en contra de los socialdemócratas, la iniciativa de ley sobre el aumento de la anualidad para el monarca y su corte. El proyecto otorgó a la corte prusiana un financiamiento adicional de 3.5 millones de marcos, de tal manera que tenían que ponerse a su disposición anualmente un total 19.2 millones de marcos provenientes de los recursos públicos.

tes del cadáver en la mesa de una sala de autopsias, no podía él dirigirles en la mejor manera los saludos de su majestad. ¿Y los »deudos que dejó«? ¿Quién los conoce, quién los puede encontrar en los bodegones de mala muerte, en las casas cuna, en los barrios de las prostitutas, o en las fábricas y minas? De esta manera fue que el alcalde mayor Kirschner recibió en su nombre las condolencias de la emperatriz, y eso le dió la fortaleza para soportar con resignación la muerte de Szczyptierowski. También en la alcaldía podía uno comprobar la valiente serenidad ante la catástrofe en el albergue. Se hicieron identificaciones, investigaron, hicieron protocolos, llenaron largos pliegos de papel, pero siempre con la cabeza en alto, y permanecieron ante la tortuosa muerte de otros, tan valientes e imperturbables como los caballeros antiguos al enfrentar su propia muerte.

Y sin embargo, todo este suceso ha llevado a la vida pública una disonancia muy penetrante. Nuestra sociedad parece ser normalmente muy decorosa, mantiene en alto su honor, el orden y las buenas costumbres. Ciertamente hay carencias e imperfecciones en la estructura, y en la vida del Estado. Pero...¿no tiene el sol también sus manchas? ¿y existe realmente algo que sea perfecto en este mundo? Los mismos trabajadores, en particular los que mejor ganan, los organizados, son asiduos creyentes de que a fin de cuentas, la existencia y la lucha del proletariado transitan dentro de los límites de la honradez y la decencia. ¿No fue refutado hace mucho, que exista la »depauperización« porque pertenece solamente a la teoría? Cualquier persona sabe que hay albergues, prostitutas, policía secreta, criminales y »elementos que huyen de la luz« Pero todo ello se percibe, comúnmente, como algo alejado y ajeno, que se ubica en algún lugar fuera de la sociedad que conocemos. Entre la clase trabajadora honrada y estos excluídos se levanta un muro y raramente se acuerda uno de la miseria que se arrastra por el otro lado. De repente ocurre algo, que causa una impresión como si en medio de un círculo de personas educadas, finas y amigables, alguien casualmente destapara de abajo de los muebles caros las huellas de feos crímenes, desvergonzados vicios. De repente, a nuestra sociedad le es arrancada la máscara de la decencia por el fantasma atroz de la miseria, y su honradez se revela como el maquillaje de una prostituta. De repente se muestra, que bajo el delirio exterior y la futilidad de la civilización se abre el despeñadero de la barbarie, del embrutecimiento; se revelan las imágenes del infierno, donde las terrenas criaturas revuelven la basura en busca de restos de alimentos, se retuercen en convulsiones de muerte, y al estirar la pata envían hacia arriba sus emanaciones de la peste.

Y el muro que nos separa de este reino lóbrego de las sombras, de repente se revela como un sólo bastidor de papel adornado con pinturas.

¿Quienes son los habitantes del albergue que cayeron víctimas del arenque podrido, o del aguardiente venenoso? Un empleado de un comercio, un trabajador de la construcción, un tornero, un cerrajero: trabajadores, trabajadores, todos trabajadores. ¿Y quienes son los sin nombre, que no pudieron ser identificados por la policía? Trabajadores, puros trabajadores, o quienes apenas ayer, aún lo eran.

Y ningún trabajador está asegurado contra el albergue, contra los arenques envenenados, o el aguardiente. Hoy todavía es vigoroso, honrado, trabajador ...¿qué pasará con él cuando mañana sea despedido, porque ya alcanzó la barrera fatal de los cuarenta años, a partir de la cual el empresario lo va a declarar »inservible«? ¿qué pasará si mañana sufre un accidente que lo convierta en inválido, que lo convierta en limosnero de una pensión?

Se dice que la mayor parte de quienes caen en los albergues para pobres, o en prisión, son solamente los débiles y los malos elementos: dementes seniles, criminales juveniles, personas que tienen capacidades subnormales, con el uso de sus facultades mentales disminuido. Puede ser cierto. Pero los carácteres débiles y malos de las clases acomodadas no llegan al albergue, sino a los sanatorios o al servicio exterior de las colonias, donde pueden dar rienda suelta a sus instintos con los negros y con las mujeres negras. Exreinas y duquesas que han caido en la idiotez, se pasan el resto de sus días en palacios cerrados, rodeadas de lujo y servidumbre obsequiosa.

Para el viejo monstruo enloquecido, que tiene miles de vidas en su conciencia y cuyos sentidos se fueron perdiendo mediante asesinatos y locuras sexuales, para el Sultán Abdul Hamid, aportó la sociedad como último rincón para tener su tranquilidad, una suntuosa Villa con jardines de recreo, cocineros estrella, con un harem de muchachitas en flor, de doce años en adelante; mientras que para el criminal juvenil Prosper Arenberg – cárcel con champaña, ostras, y divertida compañía masculina; para los príncipes con disposición natural anormal – la indulgencia en los tribunales, el cuidado de heróicas compañeras y el consuelo tranquilizante de una vieja cava y sus vinos, para la mujer de un oficial proveniente de Allenstein desorientada, mentalmente enajenada, causante de un asesinato y un suicidio: una existencia burguesa placentera, vestimenta de seda y discreta simpatía de la sociedad.

Pero los viejos, débiles, proletarios no responsables de sus actos, se quedan tiesos como los perros en Constantinopla en las calles, junto a las vallas, en los albergues, en las acequias, y junto a ellos puede encontrarse sólamente como todo lo que dejaron: la cola de un arenque podrido. La división de clases se prolonga áspera y cruelmente hasta la locura, hasta el crímen, hasta llegar a la muerte. Para los canallas que lo tienen todo: indulgencia y vida placentera hasta el último suspiro; para el Lázaro proletario: los escorpiones del hambre y el bacilo venenoso de la muerte en los montones de la basura.

Aquí se cierra el círculo de la existencia proletaria en la sociedad capitalista. El proletario es para comenzar el diligente y honrado trabajador, desde que se para en sus piernas de niño atado a la noria de la explotación, y paciente para el capital. La cosecha dorada aumenta en millones y millones en las trojes del capitalista, un río cada vez más caudaloso de riqueza corre por los bancos, por las bolsas de valores, mientras que los trabajadores en una deslucida masa, gris y silenciosa, salen por las puertas de las fábricas y talleres cada día, en la misma forma como entraron en la mañana – como los que nada tienen, como eternos vendedores que llevan a vender al mercado lo único que poseen, su propia piel.

De vez en vez los barre por docenas y cientos bajo la tierra un accidente, un gas grisú; un pequeño artículo en el periódico, una cifra redondeada da cuenta de la tragedia, tras unos días son olvidados, su último suspiro será apagado por la respiración jadeante y el machacar del trabajo presuroso para el lucro. Después de unos días, los sustituyen docenas y cientos ocupando sus puestos bajo el yugo del capital.

De vez en vez viene una crisis, vienen semanas y meses de desempleo, de lucha desesperada contra el hambre. Una y otra vez el trabajador logra brincar un escalón hacia arriba en el molino, feliz de poder otra vez esforzar sus músculos y sus nervios para el capital.

Pero la fuerza se agota poco a poco. Un desempleo más prolongado, un accidente, la edad que sigue avanzando – y éste y aquel tienen que aceptar cualquier trabajo que le ofrezcan cada vez encuentra menos trabajo en su campo, y se hunde sin poderse detener. El desempleo se vuelve cada vez más largo, el trabajo cada vez menos regular. La casualidad domina rápidamente la existencia del proletario, la desgracia le persigue, la carestía le afecta en la forma más dura. La siempre tensa energía en la lucha por un pedazo de pan por fín se afloja, disminuye también la autoimagen. De repente se encuentra ante las puertas del albergue para desamparados

o, según sea el caso, de la prisión. Cada año se hunden así miles de existencias proletarias que estaban en las condiciones normales de la clase trabajadora, en la oscuridad de la depauperización. Se hunden inaudibles como el sedimento, hasta llegar al fondo de la sociedad como elementos gastados, inútiles, de los cuales el capital ya no puede exprimir más jugo, como basura humana, que es barrida con escoba de acero; el brazo de la ley, el hambre y el frío, son aquí la apuesta. Y al final la sociedad burguesa proporciona a sus parias la copa del veneno.

Las instituciones públicas de caridad, dice Karl Marx en »El Capital« conforman la casa de los inválidos de los trabajadores ocupados, y el peso muerto de los desempleados. El surgimiento de la pobreza común está indisolublemente unido con el surgimiento de la reserva de la capa de trabajadores desocupados, ambas son en la misma medida necesarias, ambas son condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza. Mientras mayor sea la riqueza social, el capital explotador, la amplitud y la energía de su crecimiento, mayor será también el tamaño absoluto del proletariado y el rendimiento de su trabajo, y de la misma forma mayor será la capa de los desocupados. Sin embargo, mientras mayor sea esta capa en relación con la masa trabajadora ocupada, entonces habrá en masa los excedentes de depauperizados. Esta es la ley general absoluta de la producción capitalista.[2]

Lucian Szczyptierowski, quien muere en la calle envenenado con arenques, pertenece de igual forma al proletariado como cualquier trabajador calificado, bien pagado, que puede comprarse tarjetas de año nuevo impresas, y reloj con cadena cubierta de oro. El albergue para los desamparados y el detenido por la policía son pilares de la sociedad actual, de la misma forma en que lo es el palacio del Reichkanzler y el Deutsche Bank [Banco Alemán]. Y el festín de cortesía con arenques envenenados y aguardiente barato en el albergue urbano, es la base no visible para el caviar y la champaña en la mesa de los millonarios. Y los renombrados señores médicos pueden seguir buscando mucho tiempo el bacilo mortal en las entrañas de los envenenados y hacer sus »caldos de cultivo«: El verdadero bacilo mortal, del que murieron los sin techo berlineses, se llama orden social capitalista, en su caldo de cultivo.

Cada día mueren desamparados individualmente, se quebrantan de hambre y frío, ninguna persona se da por enterada, sólo el reporte poli-

2 Ver en Karl Marx. El Capital. Primer tomo. En: Karl Marx y Friedrich Engels. Obras Completas [Werke].Tomo 23. Berlín, 1970. p. 673 y la siguiente de esta edición en alemán.

cial. Únicamente el carácter masivo del hecho por esta vez despertó en Berlín el gran escándalo. Sólo como masa, mostrando la miseria de manera acumulada, logra el proletario atraer la opinión de la sociedad. ¡Aun el último, el desamparado, como masa, obtiene una dimensión pública, aunque sea solamente como montaña de cadáveres!

Normalmente es un cadáver una cosa muda, de mal aspecto. Pero hay cadáveres que hablan más fuerte que trompetas y que alumbran con más claridad que las antorchas. Tras la lucha de las barricadas el 18 de marzo de 1848 los trabajadores berlineses alzaron los cadáveres de los caídos, los cargaron hasta el palacio del rey, y obligaron al despotismo a referirse a ellos descubriéndose la cabeza. Lo que toca hacer ahora con los desamparados envenenados en Berlín, quienes son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, es alzarlos con millones de manos proletarias y llevarlos al nuevo año de la lucha con el grito de: ¡abajo el infame orden social, que da lugar a tales atrocidades!

Publicado en: Die Gleichheit [La igualdad]. Stuttgart, 22. Año 1912, Num. 8, pp. 113-115.

Creo que hay pocos escritores en la historia de la literatura mundial, como es el caso de Rosa Luxemburg, que en sus cartas hayan llevado al máximo el análisis del Yo empatándolo con una máxima exploración confiable del mundo exterior … cuya miseria social ella toca en el punto medular, al describir el sufrimiento de un búfalo rumano … El grado de humanidad en nuestra sociedad podrá medirse también, por el grado en el que honremos la herencia de Rosa Luxemburg.

Walter Jens, 1988.

Rosa Luxemburg

Me puedo imaginar más que todavía hagan pogromos contra los judíos en Alemania …

Una carta desde la prisión dirigida a Sophie Liebknecht.

Breslau, a la víspera del 24 de diciembre de 1917.

Sonitska, mi avecita, me alegré de tal forma de haber recibido su carta, quería responder en seguida, pero tenía tanto que hacer en ese momento, y precisamente tenía que concentrarme mucho en hacerlo, que por eso no pude darme ese lujo. Pero entonces quería yo esperar de preferencia a la oportunidad porque es mucho más lindo, poder platicar así, sin impedimentos, entre nosotras en privado.

Pensé en Usted cada día cuando leía las noticias acerca de Rusia y me plantee con preocupación, como Usted con cada uno de estos telegramas tontos podría ponerse nerviosa sin motivo. De lo que ahora se escucha de allá, son en su mayoría cuentos de tártaros, y esto se multiplica por dos, cuando hablamos sobre el Sur.[1] Las agencias telegráficas (aquí y allá), tienen interés en exagerar el caos en la forma que puedan, y tendenciosamente inflan cualquier rumor sin confirmar. Hasta que las cosas se aclaran, no tiene sentido ni razón alguna inquietarse por anticipado, azarosamente. Por lo general parece que las cosas pasan sin derramamiento de sangre, y de cualquier forma, todos los rumores acerca de »batallas« no fueron confirmados. Es sencillamente una lucha enconada entre partidos, que por supuesto, con la visión de los corresponsales de los periódicos burgueses invariablemente se hace ver como la locura desatada y como un infierno. En lo que se refiere a los pogromos contra los judíos, todos los rumores acerca de este tema son totalmente *inventados*. En Rusia el tiempo de los pogromos terminó de una vez para siempre. El poder de los trabajadores y del socialismo es demasiado fuerte alla.[2] La revolución limpió

1 Sophie Liebknecht (1884–1964), esposa de Karl Liebknecht, era originaria de Rostow a la ribera del Don.

2 El 24 de octubre (en Alemania: el 6 de noviembre – hasta 1918 Rusia se regía por el calendario juliano) de 1917 comenzaron los bolcheviques en la capital rusa Petrogrado (hoy San Petersburgo) el levantamiento armado, el 25 de octubre derrocaron al gobierno provisional de Kerenski y con esto introdujeron la Revolución de Octubre. El 26 de octubre fue decidido por el Segundo

allá la atmósfera de tal manera de contaminaciones y aire sofocante de la reacción, que Kischinjow[3] está superado para siempre. Me puedo imaginar más que hagan pogromos contra los judíos en Alemania …de cualquier manera lo que domina es la atmósfera correspondiente, es decir; la infamia, la cobardía, la reacción y la estupidez. Bajo esta perspectiva puede usted estar totalmente tranquila entonces en lo que se refiere al Sur de Rusia. Ya que las cosas ahí se agravaron hasta llegar a un muy agudo conflicto entre el gobierno de Petersburgo y la Rada[4] de la misma forma la solución y esclarecimiento tendrá que llegar más temprano que tarde, y con ella podremos tener un panorama más claro sobre la situación. Desde cualquier perspectiva, no tiene absolutamente ningún sentido, motivo alguno, que usted se desgaste con el miedo y la intranquilidad. Aguante y sea valiente, mi muchachita, la cabeza en alto, manténgase firme y quédese tranquila. Todo cambiará y va a mejorar, ¡no hay que esperar siempre lo peor! …

Espero con muchos deseos, verla ya pronto aquí, en enero. Se dice que Mat(hilde) W(urm) quiere venir en enero. Me sería difícil renunciar a su visita, pero es claro que tampoco puedo decidir. Si usted me avisa que no puede en otro momento, más que en enero, entonces tal vez la dejamos así; ¿tal vez pueda Mat[hilde] W[urm] en febrero? Me gustaría saberlo pronto de todas formas, cuando la veré a Usted.

Ahora hace ya un año que Karl (Liebknecht) está preso en Luckau[5]. Frecuentemente lo he recordado en este mes, y fue exactamente hace un año que estaba Usted conmigo en Wronke, y me regaló ese lindo árbol de navidad … este año hice que me consiguieran uno, pero me trajeron uno muy feo, al que le faltaban las astas – no tiene comparación con el del año pasado. Yo no sé cómo podré colocarle las ocho lucecitas que he adquiri-

Congreso General Soviético Ruso la toma del poder por los Soviets de los Diputados de los Trabajadores, Soldados y Campesinos. Se constituyeron así el primer gobierno de los soviets, el »Consejo de los Comisarios del Pueblo«, cuyo presidente era V. I. U. Lenin.

3 En Kischinjow, en abril de 1903, una organización armada creada por el régimen zarista aterrorizaba a judíos, estudiantes, izquierdistas y revolucionarios. Los pogromos fueron una reacción del régimen zarista ante las huelgas y las protestas. Véase en: Edgar H. Judge. Ostern in Kischinjow. Anatomie eines Pogroms. [Pascua en Kischinjow. Anatomía de un pogromo] Maguncia, Alemania, 1995.

4 En Kiev, se constituyó a partir del bloque de los partidos y grupos ucranianos, en abril de 1917, la Rada Central ucraniana, que tras la Revolución de Octubre, se proclamó el órgano superior de la »República Popular Ucraniana« y se opuso al »Consejo de los Comisarios del Pueblo« en Petrogrado. Durante el 1er Congreso de los Soviets para toda Ucrania, en diciembre de 1917, en Charkov, fue conformado como contragobierno el Gobierno Soviético Ucraniano. El 26 de enero (8 de febrero) de 1918, tropas leales a los soviets ocuparon Kiev.

5 Karl Liebknecht fue trasladado el 8 de diciembre de 1916 a la prisión de Luckau.

do. Es mi tercera navidad tras las rejas, pero no lo tome a tragedia. Yo estoy tan tranquila y serena como siempre.

Ayer me quedé mucho tiempo despierta en cama – en estos tiempos no puedo dormirme nunca antes de la una, aunque ya a las diez debo irme a la cama –, entonces sueño diferentes cosas en la oscuridad. Y entonces estaba pensando ayer: que curioso es que contínuamente vivo en una embriaguez de alegría – sin motivo alguno –. Así, estoy acostada por ejemplo aquí, en mi celda oscura, en un colchón duro como una roca, a mi alrededor domina el silencio habitual de un cementerio, una se siente como en el sepulcro; desde la ventana se dibuja en el techo el reflejo de la linterna que arde en la prisión toda la noche. De vez en cuando se escucha solamente el sordo rechinar lejano de un tren que va pasando; o muy cerca, bajo las ventanas, el carraspeo de la guardia, que en sus pesadas botas hace un par de pasos lentamente para mover las piernas entumecidas. La arena cruje vacía de esperanza bajo esos pasos, y todo el abandono y la imposibilidad de encontrarle solución a la existencia resuena así en la oscura noche húmeda. Ahí estoy yo acostada, quieta y sola, envuelta en estos múltiples paños negros de las tinieblas, del aburrimiento, del cautiverio en invierno; – y en ese momento late mi corazón con una felicidad interna indefinible y desconocida, como si estuviera caminando bajo los rayos de un sol brillante por una pradera en flor –. Y le sonrío en la oscuridad a la vida, como si supiera un algún secreto mágico que pudiera desmentir todo lo malo y lo triste, y lo convirtiera en mucha luz y felicidad.Y ahí busco yo misma, cuál es mi razón para tener una alegría tal, no encuentro nada y tengo que reirme otra vez sobre mí misma. Yo creo que el secreto no es otra cosa más que la vida misma; la profunda penumbra de la noche es tan bella y suave como el terciopelo, si una sabe mirarla. Y en este crujir de la arena húmeda, bajo los pasos lentos y pesados de la guardia, canta también una pequeña linda canción sobre la vida – si una sabe escuchar bien –. En estos momentos pienso en Usted y tengo tantas ganas de compartirle esta llave mágica, para que siempre Usted, y bajo cualquier circunstancia perciba lo bello y la felicidad de la vida, para que Usted también viva en la embriaguez de la vida, y principalmente vaya como caminando sobre una colorida pradera. No tengo intención alguna de llenarla de ascetismo con alegrías imaginarias. Le concedo todas las alegrías sensoriales reales. Solo quisiera darle además mi inagotable serenidad interna, para poder quedarme tranquila sobre Usted, que vaya por la vida en un abrigo bordado de estrellas que la cuide de todo lo pequeño, lo trivial, de lo que le atemorice.

Usted ha colectado en el parque de Steglitz un lindo ramo de bayas negras y rosavioláceas. Para las bayas negras hay que considerar saúco – cuyos frutos cuelgan en pesados y llenos racimos, entre grandes abanicos de hojas dentadas, seguramente Usted ya los conoce – o con más seguridad, aligustre; delicados ramilletes delgados verticales de bayas y hojas verdes, estrechas y larguitas. Las bayas rosáceovioletas escondidas debajo de las hojitas podrían ser de níspero enano; normalmente deberían ser rojas pero en esta época tardía del año cuando ya estan algo pasadas de madurez y echadas a perder, se ven con frecuencia de un violeta rojizo; las hojitas se ven como las del arrayán, pequeñas, puntiagudas al final, verde oscuro, parecidas a la piel en la parte de arriba, ásperas por abajo.

Soniusha, conoce Usted la obra »Verhängnisvolle Gabel« [»El tenedor fatal«*] de Platen? ¿Podría enviármela o traerla? Karl mencionó una vez que el la leyó en casa. Los poemas de George son bellos, ahora por fin sé de donde salió el verso: »Unterm Rauschen rötlichen Getreides …«[6] [… en el susurro de las espigas rojizas] que usted acostumbraba decir cuando íbamos a pasear al campo. Podría usted, si tiene la oportunidad, transcribir el nuevo »Amadís«[7], amo tanto este poema –por supuesto gracias a la canción de Hugo Wolff–, que no tengo aquí, desafortunadamente. ¿Sigue usted leyendo la »Leyenda de Lessing«?[8] Yo he regresado a la »Historia del materialismo« de Lange, que siempre me estimula y refresca. Me gustaría mucho que en alguna ocasión la lea.

Ah, Sonichka, he experimentado un agudo dolor, en el patio, donde hago mis paseos, llegan con frecuencia carros del ejército cargados con sacos, o con viejas camisas y uniformes de soldados, en muchas ocasiones con manchas de sangre …, aquí los descargan y los reparten en las celdas aquí son reparados, y otra vez empacados y enviados al ejército. Recientemente vino uno de estos carros, tirado en lugar de caballos, por búfalos. Ví a los animales por primera vez de cerca. Son más fuertes y de complexión más robusta que nuestro ganado, con cabezas planas y cuernos también planos y curveados, tienen mas parecido con los cráneos de nuestros borregos totalmente negros, con grandes ojos apacibles. Provienen de Rumania, son trofeos de guerra … los soldados que conducen estos carros cuentan que fue muy trabajoso atrapar estos animales indómitos y que fue

* August von Platen. Escritor bávaro 1796-1835.

6 »Der siebente Ring« [El séptimo anillo]. »Nun laß mich rufen« [»Ahora déjame exclamar...«] de Stefan George.

7 Poesía épica cómica de Christoph Martin Wieland.

8 La »Leyenda de Lessing« de Franz Mehring.

aún más difícil usarlos para el tiro, porque estaban acostumbrados a la libertad. Los golpearon horriblemente, hasta hacer valer el dicho: *»vae victis«*[9] … Se supone que hay unos cien de estos animales solamente en Breslau; además reciben, después de estar acostumbrados a las extensas praderas rumanas, poco y miserable alimento.

Son utilizados sin consideración alguna, para tirar de cualquier tipo de carro de carga, por eso mueren pronto. Hace pocos días, entonces, entró un carro lleno de bultos, pero con una carga tan alta que los búfalos no podían atravesar la elevación del portón de la entrada. El soldado acompañante, un bruto, comenzó a apalear a los animales a golpes del lado más ancho del fuste de su látigo de tal manera que la centinela molesta le llamó la atención ¡si no tenía lástima de los animales! – Nadie tiene piedad de nosotros, las personas, tampoco – respondió con risa malvada y los apaleó todavía con más fuerza…

Los animales jalaron pasando al fin sobre la montaña, pero uno sangraba… Sonishka, la piel del búfalo es literalmente solo grosor y dureza … y estaba rota. Los animales se quedaron muy quietos y agotados

cuando estaban siendo descargados, y uno, el que estaba sangrando, miraba alrededor con una expresión con su cara negra y sus grandes ojos tiernos, como un niño con los ojos hinchados de llorar. Era claramente la expresión de un niño que ha sido duramente castigado y no sabe para qué, por qué motivo, que no sabe cómo escapar de la tortura y la violencia brutal… yo estaba parada frente a él, el animal me miró, se me salieron las lágrimas – eran sus lágrimas, no es posible estremecerse con mas dolor ante el sufrimiento del hermano más querido, que yo en mi impotencia ante ese sufrimiento silencioso. ¡Qué lejos, qué inalcanzables, perdidas, libres, suculentas, verdes praderas! Qué diferente brillaba ahí el sol, soplaba el viento, qué distintos eran los hermosos sonidos de los pájaros o el melódico grito de los pastores. Y aquí, en esta ciudad extraña y lúgubre, el establo asfixiante, el heno enmohecido que provoca asco, mezclado con la paja en descomposición, las personas extrañas y horribles, y los golpes, la sangre que corre por la herida fresca … mi pobre búfalo, mi pobre amado hermano, estamos aquí los dos, tan impotentes y embrutecidos y somos uno sólo en el dolor, en la impotencia, en la nostalgia. Entretanto, las presas afanosas habían rodeado el carro, descargaron los pesados bultos, y los llevaron hasta el edificio; pero el soldado sólo metió ambas manos en las

9 Los dolores del vencido.

bolsas del pantalón, se paseó a horcajadas en el patio, rió, y silbó quedamente una canción muy popular. Y toda la suntuosa guerra pasó ante mis ojos.

Escríbame pronto.

La abraza, Sonichka:
Su R

Soniushka, queridísima, quédese a pesar de todo tranquila y alegre. Así es la vida, y así hay que tomarla, valientemente, la frente en alto y sonriendo, a pesar de los pesares. ¡Feliz navidad! …

Paul Levi pretende ahora quedar especialmente bien con la burguesía – y consecuentemente con la Segunda, y la Segunda y media Internacional, quienes son sus agentes, mediante la reedición precisamente de aquellos trabajos de Rosa Luxemburg, en los que se equivocó…
Pero también en el traspatio del movimiento de los trabajadores, y entre los montones de estiércol, pollos de la clase de Paul Levi, Scheidemann, Kautsky y toda esa ralea, van a extasiarse especialmente, por supuesto, con las fallas de esta gran comunista.

Lenin, 1922.

…Siempre la misma persona.

Porque, querida Clara, lo digo abiertamente: el bagaje que los rusos en estos momentos le están cargando al comunismo, difícilmente podríamos arrastrarlo nosotros los comunistas de Alemania – dios me perdone porque me cuento también entre ellos – si aún tuviéramos un partido comunista – dios me perdone si no tomo en cuenta el que hay actualmente … –

Aunque los rusos poseen un cómodo método. Si alguien se expresa {contra ellos} es un menchevique. Considero éste como un deber actual, el de analizar los *más profundos* orígenes de los errores de los rusos precisamente en lo ideológico, y a mi juicio, mostrar ahí como estas fallas provienen de una interpretación leninista, contra la cual luchó Rosa Luxemburg hace unos 20 años y quiero en esta tarea, por la causa, y en búsqueda de un método comprensible para todos, marcar la distancia con el menchevismo. La necesidad de hacerlo me la demostró claramente asimismo el hecho de que también un tal Lenin sea capaz de presentar por ejemplo los artículos escritos por mí como mencheviques. Un tal Lenin debería saber finalmente que el menchevismo es algo totalmente diferente, y voy a intentar demostrarlo. Y creo al fin existe una diferencia sustancial para Rosa, con respecto a los mencheviques, así como a los bolcheviques. Yo pienso, querida camarada Clara, que comete Usted con Rosa una injusticia igual o hasta mayor, cuando remite todo solamente a malentendidos, a mala información – Rosa estaba muy bien informada –, o a su mala disposición personal.

Una persona con una concepción del mundo tan acabada como Rosa de hecho es siempre la misma en todos lados: si escribe el programa Espartaco, o si critica a los bolcheviques; si escribe artículos o libros, si da una conferencia, o toma decisiones tácticas: es *siempre la misma persona* y esto es precisamente lo reconfortante, que exista algo así, o que haya existido.

Paul Levi el 23 de September de 1921
a Clara Zetkin, quien intentó por encargo de Lenin
convencer a Levi de que no publicara el manuscrito
de Rosa Luxemburg sobre la Revolución Rusa.

Rosa Luxemburg

La Revolución Rusa

I

La Revolución Rusa constituye el acontecimiento más poderoso de la Guerra Mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes, sus consecuencias perdurables, son la condena más evidente a las mentiras que con tanto celo propagó la socialdemocracia oficial a comienzos de la guerra como cobertura ideológica de la campaña de conquista del imperialismo alemán. Me refiero a lo que se dijo respecto a la misión de las bayonetas alemanas, que iban a derrocar al zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos. El poderoso golpe de la Revolución Rusa, sus profundas consecuencias que transformaron todas las relaciones de clase, elevaron a un nuevo nivel todos los problemas económicos y sociales, y, con la fatalidad de su propia lógica interna, se desarrollaron consecuentemente desde la primera fase de la república burguesa hasta etapas más avanzadas, reduciendo finalmente la caída del zarismo a un simple episodio menor. Todo esto deja claro como el día que la liberación de Rusia no fue una consecuencia de la guerra y de la derrota militar del zarismo ni un servicio prestado por »las bayonetas alemanas en los puños alemanes«, como lo prometió una vez, en uno de sus editoriales, el »Neue Zeit« dirigido por Kautsky. Demuestran, por el contrario, que la liberación de Rusia hundía profundamente sus raíces en la tierra de su propio país y su maduración completa fue un asunto interno. La aventura militar del imperialismo alemán, emprendida con la bendición ideológica de la socialdemocracia alemana, no produjo la revolución en Rusia. Sólo sirvió para interrumpirla al principio, para postergarla por un tiempo luego de su primera alza tempestuosa de los años 1911-1913 y luego, después de su estallido, para crearle las condiciones más difíciles y anormales.

Más aun; para cualquier observador reflexivo estos hechos refutan de manera decisiva la teoría que Kautsky compartía con los socialdemócratas del gobierno, que suponía que Rusia, por ser un país económicamente atrasado y predominantemente agrario, no estaba maduro para la revolución social y la dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera que la única revolución posible en Rusia es la *burguesa,* es también la del ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, que están bajo la experta dirección de Axelrod y Dan. En esta concepción ba-

san los socialistas rusos su táctica de alianza con el liberalismo burgués. En esta concepción de la Revolución Rusa, de la que se deriva automáticamente su posición sobre las más mínimas cuestiones tácticas, los oportunistas rusos y los alemanes están en un todo de acuerdo con los socialistas gubernamentales de Alemania. Según estos tres grupos, la Revolución Rusa tendría que haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana, constituía el noble objetivo por el que bregaba el imperialismo alemán al entrar en la guerra; es decir, tendría que haberse detenido con el derrocamiento del zarismo. Según ellos, si la revolución ha ido más allá, planteándose como tarea la dictadura del proletariado, eso se debe a un error del ala extrema del movimiento obrero ruso, los bolcheviques. Y presentan todas las dificultades con las que tropezó la revolución en su desarrollo ulterior, todos los desórdenes que sufrió, simplemente como un resultado de este error fatídico. *Teóricamente,* esta doctrina (recomendada como fruto del »pensamiento marxista« por el *Vorwaerts* de Stampfer* y también por Kautsky) deriva del original descubrimiento »marxista« de que la revolución socialista es nacional y un asunto, por así decirlo, doméstico, que cada país moderno encara por su cuenta. Por supuesto, en medio de la confusa neblina de la teoría, un Kautsky sabe muy bien cómo delinear las relaciones económicas mundiales del capital que hacen de todos los países modernos un organismo único e integrado.

Además, los problemas de la Revolución Rusa, por ser éste un producto de los acontecimientos internacionales con el agregado de la cuestión agraria, no pueden resolverse dentro de los límites de la sociedad burguesa.

Prácticamente, esta teoría refleja el intento de sacarse de encima toda responsabilidad por el proceso de la Revolución Rusa, en la medida en que esa responsabilidad afecta al proletariado internacional, y especialmente al alemán; y también de negar las conexiones internacionales de esta revolución. Los acontecimientos de la guerra y la Revolución Rusa no probaron la inmadurez de Rusia sino la inmadurez del proletariado alemán para la realización de sus tareas históricas. Una examen crítico de la Revolución Rusa debe tener como primer objetivo dejar esto perfectamente aclarado. El destino de la revolución en Rusia dependía totalmente de los acontecimientos internacionales. Lo que demuestra la visión política de los bolcheviques, su firmeza de principios y su amplia perspectiva es que

* Friedrich Stampfer (1874-1917): uno de los principales dirigentes del PSD alemán y director de su diario, Vorwaerts.

hayan basado toda su política en la revolución proletaria mundial. Esto revela el poderoso avance del desarrollo capitalista durante la última década. La revolución de 1905-1907 despertó apenas un débil eco en Europa. Por lo tanto, tenía que quedar como un mero capítulo inicial. La continuación y la conclusión estaban estrechamente ligadas al desarrollo ulterior de Europa.

Concretamente, lo que podrá sacar a luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas no será la apología acrítica sino la crítica penetrante y reflexiva. Nos vemos enfrentados al primer experimento de dictadura proletaria de la historia mundial (que además tiene lugar bajo las condiciones más difíciles que se pueda concebir, en medio de la conflagración mundial y la masacre imperialista, atrapado en las redes del poder militar más reaccionario de Europa, acompañado por la más completa deserción de la clase obrera internacional). Sería una loca idea pensar que todo lo que se hizo o se dejó de hacer en un experimento de dictadura del proletariado llevado a cabo en condiciones tan anormales representa el pináculo mismo de la perfección. Por el contrario, los conceptos más elementales de la política socialista y la comprensión de los requisitos históricos necesarios nos obligan a entender que, bajo estas condiciones fatales, ni el idealismo más gigantesco ni el partido revolucionario más probado pueden realizar la democracia y el socialismo, sino solamente distorsionados intentos de una y otro.

Hacer entender esto claramente, en todos sus aspectos y con todas las consecuencias que implica, constituye el deber elemental de los socialistas de todos los países. Pues sólo sobre la base de la comprensión de esta amarga situación podemos medir la enorme magnitud de la responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la Revolución Rusa. Más aun; sólo sobre esta base puede ser efectiva y de decisiva importancia la resuelta acción internacional de la revolución proletaria, acción sin la cual hasta los mayores esfuerzos y sacrificios del proletariado de un solo país inevitablemente se confunden en un fárrago de contradicciones y errores garrafales.

No caben dudas de que los dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, han dado más de un paso decisivo en su espinoso camino sembrado de toda clase de trampas con grandes vacilaciones interiores y haciéndose una gran violencia. Están actuando en condiciones de amarga compulsión y necesidad, en un torbellino rugiente de acontecimientos. Por lo tanto, nada debe estar más lejos de su pensamiento que la idea de

que todo lo que hicieron y dejaron de hacer debe ser considerado por la Internacional como un ejemplo brillante de política socialista que sólo puede despertar admiración acrítica y un fervoroso afán de imitación. No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que son lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia fatal. Nada más lejos de la verdad. El despertar de la energía revolucionaria de la clase obrera alemana ya nunca más podrá ser canalizado por los métodos carceleros de la socialdemocracia de este país, de tan triste memoria. Nunca más podrá conjurarla alguna autoridad inmaculada, ya sea la de nuestros »comités superiores« o la del »ejemplo ruso«. La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Sólo puede resultar de la comprensión de la tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar; de la madurez política y la independencia de espíritu; de la capacidad coartada, con distintos pretextos, por la socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas. El análisis crítico de la Revolución Rusa con todas sus consecuencias históricas constituye el mejor entrenamiento para la clase obrera alemana e internacional, teniendo en cuenta las tareas que le aguardan como resultado de la situación actual.

II

El primer periodo de la Revolución Rusa, desde su comienzo en marzo hasta la Revolución de Octubre, corresponde exactamente, en líneas generales, al proceso seguido tanto por la gran Revolución Inglesa como por la gran Revolución Francesa. Es el proceso típico de todo primer ensayo general que realizan las fuerzas revolucionarias que alberga la sociedad burguesa en sus entrañas. Su desarrollo avanza siempre en línea ascendente: desde un comienzo moderado a una creciente radicalización de los objetivos y, paralelamente, desde la coalición de clases y partidos hasta el partido radical como único protagonista.

En el estallido de marzo de 1917, los »cadetes«182, es decir la burguesía liberal, estaban a la cabeza de la revolución. La primera oleada ascendente de la marea revolucionaria arrasó con todos y con todo. La Cuarta Duma, producto ultrarreccionario del ultrarreaccionario derecho al sufragio de las cuatro clases, que fue una consecuencia del golpe de Estado, se convirtió súbitamente en un organismo revolucionario. Todos los partidos

burgueses, incluyendo los de la derecha nacionalista, de pronto formaron un frente contra el absolutismo. Este calló al primer golpe, casi sin lucha, como un organismo muerto que sólo necesita que se lo toque para caerse. También se liquidó en pocas horas el breve intento de la burguesía liberal de salvar al menos el trono y la dinastía. La arrolladora marcha de los acontecimientos saltó en días y horas distancias que anteriormente, en Francia, llevó décadas atravesar. En este aspecto, resulta claro que Rusia aprovechó los resultados de un siglo de desarrollo europeo, y sobre todo que la revolución de 1917 fue la continuación directa de la de 1905-1907, no un regalo del »liberador« alemán. El movimiento de marzo de 1917 comenzó exactamente en el punto en que fue interrumpido 182 Cadetes* diez años antes. La república democrática fue el producto completo, internamente maduro, del primer asalto revolucionario.

Pero luego comenzó la segunda tarea, la más difícil. Desde el primer momento la fuerza motriz de la revolución fue la masa del proletariado urbano. Sin embargo, sus reivindicaciones no se limitaban a la democracia política; atacaban esa cuestión tan candente que era la política internacional al exigir la paz inmediata. Al mismo tiempo, la revolución abarcó a la masa del ejército, que elevó la misma exigencia de paz inmediata, y a la gran masa campesina, que puso sobre el tapete la cuestión agraria, que desde 1905 constituía el eje de la revolución. Paz inmediata y tierra: estos dos objetivos provocarían inevitablemente la ruptura del frente revolucionario. La reivindicación de paz inmediata se oponía irreconciliablemente a las tendencias imperialistas de la burguesía liberal, cuyo vocero era Miliukov.** Y el problema de la tierra se erguía como un espectro terrorífico ante la otra ala de la burguesía, los propietarios rurales. Además significaba un ataque al sagrado principio general de la propiedad privada, punto sensible de toda clase propietaria.

En consecuencia, al día siguiente de los primeros triunfos revolucionarios comenzó una lucha interna sobre las dos cuestiones candentes: paz y tierra. En la burguesía liberal se dio la táctica de arrastrar los problemas y evadirlos. Las masas trabajadoras, el ejército, el campesinado, presionaban cada vez con más fuerza. No cabe duda que la cuestión de la paz y la

* Cadetes (Partido Constitucional Democrata): partido liberal burgues que postulaba en Rusia una monarquia constitucional.

** Pavel Nikolaievich Miliukov (1859-1943): dirigente del partido Cadete. Ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional, marzo-mayo de 1917. Enemigo de la Revolucion de Octubre, inicio muchos intentos contrarrevolucionarios.

de la tierra signaron el destino de la democracia política en la república. Las clases burguesas, arrastradas por la primera oleada de la tormenta revolucionaria, se dejaron llevar hasta el gobierno republicano. Luego comenzaron a buscarse una base de apoyo en la retaguardia y a organizar silenciosamente la contrarrevolución. La campaña del cosaco Kaledin* contra Petersburgo expresó claramente esta tendencia. De haber tenido éxito el ataque, no sólo hubiera quedado sellado el destino de la cuestión de la paz y de la tierra, sino también el de la república. El resultado inevitable hubiera sido la dictadura militar, el reinado del terror contra el proletariado y luego el retorno a la monarquía.

De todo esto deducimos el carácter utópico y fundamentalmente reaccionario de las tácticas por las cuales los »kautskianos« rusos o mencheviques se permitían guiarse.

Resulta especialmente asombroso observar cómo este industrioso trabajador (Kautsky), con su incansable labor de escritor metódico y pacífico, durante los cuatro años de la guerra mundial horadó una brecha tras otra en la estructura del socialismo. De esa obra el socialismo emerge agujereado como un colador, sin un punto sano. La indiferencia acrítica con la que sus seguidores consideran la ardua tarea de su teórico oficial y se tragan cada uno de sus nuevos descubrimientos sin mover una pestaña, solamente encuentra parangón en la indiferencia con que los secuaces de Scheidemann** y Cía. contemplan cómo este último llena de agujeros al socialismo en la práctica. Ambos trabajos se complementan totalmente. Desde el estallido de la guerra, Kautsky, el guardián oficial del templo del marxismo, en realidad ha estado haciendo en la teoría las mismas cosas que los Scheidemann en la práctica, es decir: 1) la Internacional como instrumento de la paz; 2) el desarme, la liga de naciones y el nacionalismo; 3) democracia, *no* socialismo.

Petrificados por el mito del carácter burgués de la Revolución Rusa – ¡todavía hoy sostienen que Rusia no está madura para la revolución social! – se aferraron desesperadamente a la coalición con los liberales burgueses. Pero ésta implica la unión de elementos a los que el desarrollo interno natural de la revolución ha separado y ha hecho entrar en el más

* Alexei Maximovich Kaledin (1861-1918): general zarista, comandante de los Cosacos del Don en 1917. Despues de octubre inicio la guerra civil contra los soviets. Derrotado por el Ejercito Rojo y por las deserciones de su propio campo se suicido.

** Philip Scheideman (1865-1937): dirigente socialdemocrata aleman del ala derecha. Apoyo la guerra. El kaiser lo nombro secretario de estado en 1918, pero no logro salvar a la monarquia. Ministro del gabinete de Ebert, aplasto la insurreccion espartaquista.

agudo de los conflictos. Los Axelrod y los Dan* querían, a toda costa, colaborar con las clases y los partidos que significaban el mayor peligro y la mayor amenaza para la revolución y la primera de sus conquistas, la democracia.

En esta situación, la tendencia bolchevique cumplió la misión histórica de proclamar desde el comienzo y seguir con férrea consecuencia las únicas tácticas que podían salvar la democracia e impulsar la revolución. Todo el poder a las masas obreras y campesinas, a los soviets: éste era, por cierto, el único camino que tenía la revolución para superar las dificultades; ésta fue la espada con la que cortó el nudo gordiano, sacó a la revolución de su estrecho callejón sin salida y le abrió un ancho cauce hacia los campos libres y abiertos.

El partido de Lenin, en consecuencia, fue el único, en esta primera etapa, que comprendió cuál era el objetivo real de la revolución. Fue el elemento que impulsó la revolución, y por lo tanto el único partido que aplicó una verdadera política socialista.

Esto explica, también, cómo fue que los bolcheviques, que al comienzo de la revolución eran una minoría perseguida, calumniada y atacada por todos lados, llegaron en un breve lapso a estar a la cabeza de la revolución y a nuclear bajo su estandarte a las genuinas masas populares: el proletariado urbano, el ejército, los campesinos, y también a los elementos revolucionarios dentro de la democracia, el ala izquierda de los social-revolucionarios.

La situación real en que se encontró la Revolución Rusa se redujo en pocos meses a la alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Esa era la situación objetiva, tal como se presenta en toda revolución después que pasa el primer momento de embriaguez, tal como se presentó en Rusia como consecuencia de las cuestiones concretas y candentes de la paz y la tierra, para las que no había solución dentro de los marcos de la revolución burguesa.

La Revolución Rusa no hizo más que confirmar lo que constituye la lección básica de toda gran revolución, la ley de su existencia: o la revolución avanza a un ritmo rápido, tempestuoso y decidido, derriba todos los obstáculos con mano de hierro y se da objetivos cada vez más avanzados, o pronto retrocede de su débil punto de partida y resulta liquidada por la

** Pavel Axelrod (1850-1928): uno de los primeros dirigentes del Partido Socialdemócrata Ruso. Apoyó a los mencheviques. Feodor Dan (1871-1947) dirigente menchevique. Pacifista durante la guerra. Miembro del Soviet de Petrogrado en 1917. Adversario de la Revolución de Octubre.

contrarrevolución. Nunca es posible que la revolución se quede estancada, que se contente con el primer objetivo que alcance. Y el que trata de aplicar a la táctica revolucionaria la sabiduría doméstica extraída de las disputas parlamentarias entre sapos y ratones lo único que demuestra es que le son ajenas la sicología y las leyes de existencia de la revolución, y que toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos.

Veamos el proceso de la Revolución Inglesa desde su comienzo en 1642. Allí la lógica de los acontecimientos determinó que los presbiterianos, al vacilar, porque sus dirigentes eludían deliberadamente la batalla decisiva con Carlos I y el triunfo sobre éste, fueran reemplazados por los independientes, que los echaron del Parlamento y se adueñaron del poder. Del mismo modo, dentro del ejército de los independientes, la masa de soldados pequeño-burguesa más plebeya, los »niveladores« de Lilburn, constituían la fuerza motriz de todo el movimiento independiente; así como, por último, los elementos proletarios dentro de la masa de soldados, los que más lejos iban en sus aspiraciones de revolución social, y que estaban expresados por el movimiento de los *Diggers,* constituían a su vez la levadura del partido democrático de los *Levelers*.*

Sin la influencia moral de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa de soldados, sin la presión de la masa democrática de soldados sobre las capas superiores burguesas del Partido de los Independientes, no se hubiera »purgado« el Parlamento de presbiterianos; no hubiera terminado en un triunfo la guerra con el ejército de los *cavaliers*** y los escoceses; no se hubiera juzgado y ejecutado a Carlos I; no se hubiera abolido la Cámara de los Lores ni proclamado la República.

¿Y qué sucedió en la gran Revolución Francesa? Después de cuatro años de lucha, la toma del poder por los jacobinos demostró ser el único medio de salvar las conquistas de la revolución, de alcanzar la República, de liquidar el feudalismo, de organizar la defensa revolucionaria contra los enemigos internos y externos, de terminar con las conspiraciones de la contrarrevolución y de expandir la ola revolucionaria de Francia a toda Europa.

Kautsky y sus correligionarios rusos, que querían que la Revolución Rusa conservara su »carácter burgués« de la primera fase, son la contrapartida exacta de esos liberales alemanes e ingleses del siglo pasado que

* Diggers y Levelers (respectivamente »cavadores« y »niveladores«): los grupos más extremos en la guerra civil inglesa (1641-1649).

** Cavaliers (caballeros): los partidarios del rey Carlos.

distinguían entre los dos consabidos periodos de la gran Revolución Francesa: la revolución »buena« de la primera etapa girondina y la »mala« de la etapa posterior al levantamiento jacobino. La superficialidad liberal de esta concepción de la historia seguramente no se toma el trabajo de comprender que sin el levantamiento de los jacobinos »inmoderados« hasta las primeras conquistas de la etapa girondina, tímidas y débiles como fueron, pronto hubieran sido enterradas bajo las ruinas de la revolución, y que la alternativa verdadera a la dictadura jacobina, tal como el curso de hierro del desarrollo histórico planteó la cuestión en 1793, no era la democracia »moderada«, ¡sino … la restauración borbónica! No se puede mantener el »justo medio« en ninguna revolución. La ley de su naturaleza exige una decisión rápida: o la locomotora avanza a todo vapor hasta la cima de la montaña de la historia, o cae arrastrada por su propio peso nuevamente al punto de partida. Y arrollará en su caída a aquellos que quieren, con sus débiles fuerzas, mantenerla a mitad de camino, arrojándolos al abismo.

Queda claro entonces que en toda revolución sólo podrá tomar la dirección y el poder el partido que tenga el coraje de plantear las consignas adecuadas para impulsar el proceso hacia adelante y de extraer de la situación todas las conclusiones necesarias para lograrlo. Esto hace evidente, también, el rol miserable que jugaron los Dan, los Tseretelli,* etcétera, que al comienzo ejercían una enorme influencia sobre las masas pero, después de sus prolongadas oscilaciones y de que se opusieron con todas sus fuerzas a asumir el poder y la responsabilidad, fueron despiadadamente arrojados de la escena.

El partido de Lenin fue el único que asumió el mandato y el deber de un verdadero partido revolucionario garantizando el desarrollo (de la revolución) continuado de la revolución con la consigna »Todo el poder al proletariado y al campesinado«.

De esta manera resolvieron los bolcheviques el famoso problema de »ganar a la mayoría del pueblo«, problema que siempre atormentó como una pesadilla a la socialdemocracia alemana. Como discípulos de carne y hueso del cretinismo parlamentario, estos socialdemócratas alemanes han tratado de aplicar a las revoluciones la sabiduría doméstica de la *nursery* parlamentaria: para largarse a hacer algo primero hay que contar con la mayoría. Lo mismo, dicen, se aplica a la revolución: primero seamos »mayoría«. La verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la

* Iraklii Tseretelli (1882-1959): menchevique ruso. Apoyó la guerra. Fue ministro en marzo-agosto de 1917. Adversario de los bolcheviques, emigró en 1919.

espalda a esta sabiduría de topos parlamentarios. El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría. Sólo un partido que sabe dirigir, es decir, que sabe adelantarse a los acontecimientos, consigue apoyo en tiempos tempestuosos. La resolución con que, en el momento decisivo, Lenin y sus camaradas ofrecieron la única solución que podía hacer avanzar los acontecimientos (»todo el poder al proletariado y al campesinado«), los transformó de la noche a la mañana en los dueños absolutos de la situación, luego de haber sido una minoría perseguida, calumniada, puesta fuera de la ley, cuyo dirigente tenía que vivir, como un segundo Marat,* escondido en los sótanos.

Más aun; los bolcheviques inmediatamente plantearon como objetivo de la toma del poder un programa revolucionario completo, de largo alcance; no la salvaguarda de la democracia burguesa sino la dictadura del proletariado para realizar el socialismo. De esta manera, se ganaron el imperecedero galardón histórico de haber proclamado por primera vez el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política. Todo lo que podía ofrecer un partido, en un momento histórico dado, en coraje, visión y coherencia revolucionarios, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la capacidad revolucionaria de que carecía la social democracia occidental. Su Insurrección de Octubre no sólo salvó realmente la Revolución Rusa; también salvó el honor del socialismo internacional.

III

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta con la que se vieron enfrentados después de la toma del poder era incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos. (Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905. ¡Luego, en la Tercera Duma, el ala derecha del campesinado! La cuestión campesina y la defensa, el ejército.) Con toda seguridad la solución del problema a través de la expropiación y distribución directas e inmediatas de la tierra por los campesinos era la manera más breve y simple de lograr dos cosas distintas: romper con la gran propiedad terrateniente y ligar inmediatamente a los campesinos al gobierno revolucionario. Como medida política para fortalecer el gobierno proletario socialista, constituía un excelente movimiento táctico. Desgraciadamente, sin embargo, la cuestión tiene dos caras; y el reverso consiste en que la apropia-

* Jean Paul Marat (1743-1793): revolucionario francés del ala extrema. Murió asesinado.

ción directa de la tierra por los campesinos no tiene nada en común con la economía socialista.

En lo que se refiere a las relaciones dentro del agro, la transformación socialista de las relaciones económicas presupone dos cosas: En primer lugar, sólo la nacionalización de las grandes propiedades rurales, que constituyen las formas y medios de producción agraria más avanzados técnicamente y más concentrados, puede servir de punto de partida al modo socialista de producción de la tierra. Por supuesto, no es necesario sacarle su parcela al pequeño campesino. Podemos esperar con confianza que será ganado voluntariamente por las ventajas de la producción social y que se persuada, primero, de la conveniencia de unirse a una cooperativa, y luego de la de entrar a formar parte del conjunto de la economía socializada. Sin embargo, toda reforma económica socialista de la tierra debe empezar obviamente por la gran propiedad y la mediana. El derecho de propiedad debe, antes que nada, ser patrimonio de la nación, o, lo que tratándose de un gobierno socialista significa lo mismo, del Estado. Esta es la única manera de posibilitar la organización de la producción agrícola de acuerdo con las necesidades de la producción socialista a gran escala.

Además, en segundo lugar, constituye un requisito para esta transformación terminar con la separación entre economía rural e industria, tan característica de la sociedad burguesa; así se logrará la interpenetración y fusión de ambas, preparando el camino para la planificación de la producción agrícola e industrial con un criterio unificado. Cualquiera que sea la forma práctica particular en que se organice la economía (a través de comunas urbanas, como proponen algunos, o dirigida desde un centro gubernamental) debe estar precedida por una reforma introducida desde el centro, y ésta a su vez precedida por la nacionalización de la tierra. Nacionalización de las grandes y medianas propiedades y unión de industria y agricultura: éstos son los dos requisitos fundamentales de cualquier reforma económica socialista; sin ellos no hay socialismo.

¡Quién puede reprochar al gobierno soviético no haber llevado a cabo estas poderosas reformas! Lenin y sus camaradas, en su breve periodo de gobierno, se han visto metidos en el centro de un rugiente remolino de luchas internas y externas, atacados por incontables enemigos y adversarios. Sería muy triste criticarlos porque, en tales circunstancias, no resolvieron, ni siquiera atacaron, una de las tareas más difíciles, con toda seguridad *la más difícil,* de todas las que plantea la transformación socialista de la sociedad. ¡Incluso en Occidente, en condiciones mucho más favora-

bles, nos romperemos muchas veces los dientes cuando estemos en el poder con esta dura nuez antes de poder resolver las más complicadas de las miles de dificultades que presenta esta tarea gigantesca!

Un gobierno socialista que tomó el poder debe, en todo caso, hacer una sola cosa: tomar medidas que apunten en la dirección de ese requisito fundamental de una reforma socialista posterior de la agricultura; debe por lo menos evitar todo lo que pueda trabar el camino a esas medidas.

Pero la consigna levantada por los bolcheviques, toma y distribución inmediata de la tierra por los campesinos, necesariamente apunta en la dirección opuesta. No sólo no es una medida socialista; no permite encarar esas medidas; acumula obstáculos insuperables para la transformación socialista de las relaciones agrarias.

La toma de las grandes propiedades agrarias por los campesinos, siguiendo la consigna breve y precisa de Lenin y sus amigos: »vayan y aprópiense de la tierra«, llevó simplemente a la transformación súbita y caótica de la gran propiedad agraria en propiedad campesina. No se creó la propiedad social sino una nueva forma de propiedad privada, es decir, la división de grandes propiedades en propiedades medianas y pequeñas, o de unidades de producción grandes relativamente avanzadas en primitivas unidades pequeñas que utilizan técnicas del tiempo de los faraones. ¡Y eso no es todo! Con estas medidas, y por la manera caótica y puramente arbitraria en que fueron ejecutadas, la diferenciación creada por la propiedad de la tierra, lejos de eliminarse, se profundizó. Aunque los bolcheviques llamaron a los campesinos a formar comités para intentar, de alguna manera, que la apropiación de la tierra de los nobles constituyera un acto colectivo, resulta claro que este consejo general no podía cambiar la práctica y la relación de fuerzas reales en lo que se refiere a la tierra. Con o sin comités, los principales beneficiarios de la revolución agraria fueron los campesinos ricos y los usureros, la burguesía de las aldeas, que tienen en sus manos el poder real en cada aldea rusa. No hace falta estar presente allí para imaginarse que con la distribución de la tierra no se eliminó, sino que aumentó, la desigualdad económica y social entre los campesinos, y que los antagonismos de clase se agudizaron. Esta apropiación del poder va en contra de los intereses del proletariado y el socialismo.

Discurso de Lenin sobre la necesidad de la centralización en la industria, la nacionalización de los bancos, el comercio y la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, descentralización y propiedad privada. El propio programa agrario de Lenin era diferente antes de la revo-

lución. La consigna tomada, o casi, de los tan vituperados socialrevolucionarios sobre el movimiento campesino espontáneo.

Con el fin de introducir los principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético ahora intenta crear comunas agrarias con proletarios que en su mayoría son desempleados de la ciudad. Pero es fácil prever que los resultados de esos esfuerzos serán tan insignificantes que desaparecerán comparados con el amplio espectro de las relaciones agrarias. (Buscando los puntos de partida más apropiados para la economía socialista, dividieron las grandes propiedades en unidades pequeñas; ahora tratan de construir unidades productivas modelo, comunistas, a partir de comienzos insignificantes.) En estas circunstancias, estas comunas podrán considerarse solamente experimentos, no una reforma social general. Monopolio del grano con subvenciones.

Antes, se oponían a la reforma socialista en el campo solamente una reducida casta de propietarios rurales nobles y capitalistas y una pequeña minoría de burgueses ricos de las aldeas. Y su expropiación por un movimiento popular revolucionario de masas era un juego de niños. Pero ahora, luego de la »apropiación«, hay una masa enorme, recién desarrollada y poderosa de campesinos propietarios opuestos a todo intento de socialización de la producción agraria, que defenderán con uñas y dientes su propiedad recientemente adquirida contra cualquier ataque socialista. La cuestión de la futura socialización de la economía agraria (es decir, cualquier socialización de la producción en general en Rusia) se ha transformado ahora en una cuestión de oposición y lucha entre el proletariado urbano y la masa campesina. Hasta qué punto se ha vuelto agudo este antagonismo lo demuestra el boycot campesino a las ciudades, que les proporcionan el medio en el cual ejercer la especulación, de la misma manera en que lo hace el junker prusiano. El pequeño campesino francés se transformó en el más firme defensor de la gran Revolución Francesa, que le dio la tierra confiscada a los émigrés.* Como soldado de Napoleón, condujo a la victoria el estandarte francés, cruzó toda Europa e hizo pedazos el feudalismo en un país tras otro. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un resultado similar de su consigna agraria. Sin embargo, ahora que el campesino ruso se apropió de la tierra con su propio puño ni sueña con defender a Rusia y la revolución a la cual le debe esa tierra. Se aferra obstinadamente a sus nuevas posesiones y abandonó la revolución a sus enemigos, el estado a la decadencia y la población urbana al hambre.

* En francés en el original.

La reforma agraria leninista creó una nueva y poderosa capa de enemigos populares del socialismo en el campo, enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y firme que la de los grandes terratenientes nobles.

Los bolcheviques son en parte responsables de que la derrota militar se haya transformado en el colapso y la caída de Rusia. Más aun; ellos mismos, en cierta medida, profundizaron las dificultades objetivas de esta situación con una consigna que adquirió importancia primordial en su política: el supuesto derecho de autodeterminación de los pueblos, o – lo que realmente estaba implícito en esta consigna – la desintegración de Rusia. Nuevamente proclamaron con obstinación doctrinaria, como grito de batalla especial de Lenin y sus camaradas, la fórmula del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio Ruso a determinar independientemente sus destinos, »incluso hasta el punto del derecho a tener gobiernos separados del de Rusia«, durante su oposición al imperialismo miliukovista y luego al kerenskista. También fue el eje de su política interna después de la Revolución de Octubre. Y también constituyó el programa de los bolcheviques en Brest-Litovsk,* todo lo que tenían para oponer al despliegue de fuerzas del imperialismo alemán.

Lo que inmediatamente llama la atención es la obstinación y la rígida consecuencia con que Lenin y sus camaradas adhieren a esta consigna, que se contradice totalmente tanto con el centralismo que otrora predicaban en política como con su actitud hacia otros principios democráticos. Demostraron un frío desprecio por la Asamblea Constituyente, el sufragio universal, las libertades de reunión y prensa, en síntesis, por todo el aparato de las libertades democráticas básicas del pueblo, que tomadas de conjunto constituyen el »derecho de autodeterminación« dentro de Rusia. A la vez tratan el derecho de autodeterminación de los pueblos como la joya de la política democrática, en función de la cual deben dejarse de lado todas las consideraciones prácticas de la política realista. No se permitieron la más mínima concesión en lo que se refiere al plebiscito para la Asamblea Constituyente en Rusia, plebiscito realizado sobre la base del sufragio más democrático del mundo, con toda la libertad de una república popular. Simplemente lo declararon nulo y vacío, en función de una evaluación muy sobria de sus resultados. Pero son los campeones del voto popular de las nacionalidades extranjeras de Rusia sobre la cuestión de a

** Brest-Litovsk: aldea cercana a la frontera ruso-polaca donde se firmó el tratado de paz ruso-germano el 3 de marzo de 1918.

qué país quieren pertenecer, como si esto fuera la panacea de la libertad y la democracia, la quintaesencia pura de la voluntad de los pueblos y la forma de hacer la justicia más profunda en lo que se refiere al destino político de las naciones.

La contradicción que parece tan obvia resulta más difícil de entender ya que las formas democráticas de la vida política de cada país, como veremos, realmente involucran los fundamentos más valiosos e incluso los más indispensables de la política socialista, mientras que el famoso derecho »a la autodeterminación« de las naciones es solamente fraseología hueca y pequeñoburguesa.

¿Qué se supone que significa este derecho? Que el socialismo se opone a toda forma de opresión, incluso la de una nación por otra, constituye el ABC de la política socialista.

A pesar de esto, políticos tan serios y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, que responden sólo con un irónico encogerse de hombros a cualquier tipo de fraseología utópica como desarme, Liga de las Naciones, etcétera, en este caso hicieron de una frase hueca exactamente del mismo tipo su hobby preferido. Ello se debe, me parece, a una política fabricada para la ocasión. Lenin y sus camaradas calcularon que no había método más seguro para ganar a los pueblos extranjeros del Imperio Ruso para la causa de la revolución, para la causa del proletariado socialista, que el de ofrecerles, en nombre de la revolución y el socialismo, la libertad más extrema e ilimitada para determinar sus propios destinos. Es una política análoga a la que se dieron los bolcheviques con el campesinado ruso, satisfaciendo su hambre de tierra con la consigna de apropiación directa de las propiedades nobles, en el supuesto de que así se los ganaría para la revolución y el gobierno proletario. En ambos casos, desafortunadamente, el cálculo resultó completamente erróneo. Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que, al transformarse en campeones de la libertad nacional hasta el punto de abogar por la »separación«, harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa. Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas »naciones« utilizaron la libertad recientemente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigos mortales de la Revolución Rusa y, bajo la protección de Alemania, llevar dentro de la misma Rusia el estandarte de la contrarrevolución. Un ejemplo perfecto lo constituye el jueguito que se hizo en Brest con Ucrania, que provocó un giro decisivo en las negociaciones y sacó a luz la situación política, tanto

interna como externa, a la que se ven enfrentados en la actualidad los bolcheviques. La actitud de Finlandia, Polonia, Lituania, los países del Báltico, los pueblos del Cáucaso, nos demuestra de manera convincente que aquél no es un caso excepcional sino un fenómeno típico.

Seguramente, en todos estos casos no fue realmente el »pueblo« el que impulsó esta política reaccionaria sino las clases burguesas y pequeñoburguesas. Estas, en total oposición a sus propias masas proletarias, pervirtieron el »derecho nacional a la autodeterminación«, transformándolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria. Pero (y llegamos al nudo de la cuestión), aquí reside el carácter utópico, pequeñoburgués de esta consigna nacionalista: que en medio de las crudas realidades de la sociedad de clases, cuando los antagonismos se agudizan al máximo, se convierte simplemente en un instrumento de dominación de la burguesía. Los bolcheviques aprendieron, con gran perjuicio para ellos mismos y para la revolución, que bajo la dominación capitalista no existe la autodeterminación de los pueblos, que en una sociedad de clases cada clase de la nación lucha por »determinarse« de una manera distinta, y que para las clases burguesas la concepción de la liberación nacional está totalmente subordinada a la del dominio de su clase. La burguesía finesa, al igual que la de Ucrania, prefirió el gobierno violento de Alemania a la libertad nacional si ésta la ligaba al bolchevismo.

La esperanza de transformar estas relaciones de clase reales en su opuesto, de ganar el voto de la mayoría para la unión con la Revolución Rusa, haciéndolo depender de las masas revolucionarias, tal como seriamente lo pretendían Lenin y Trotsky, refleja un grado de optimismo incomprensible. Y si solamente se trataba de un recurso táctico en el duelo entablado con la política de fuerza de Alemania, entonces era un juego con fuego muy peligroso. Incluso sin la ocupación militar de Alemania, el resultado del famoso »plebiscito popular«, suponiendo que se hubiera llegado hasta allí en los estados limítrofes, hubiera proporcionado pocos motivos de alegría a los bolcheviques. Tenemos que tener en cuenta la sicología de las masas campesinas y de grandes sectores de la pequeña burguesía, y las miles de maneras con que cuenta la burguesía para influir sobre el voto. Por cierto, debe considerarse una ley absoluta que en estos asuntos de plebiscitos sobre la cuestión nacional la clase dominante siempre sabrá evitarlos cuando no sirven a sus propósitos, o, cuando se realizan, utilizará todos los medios para influir sobre sus resultados, los mismos medios que hacen imposible introducir el socialismo mediante el voto popular.

El simple hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y tendencias a la separación fuera introducida en medio de la lucha revolucionaria, incluso puesta sobre el tapete y convertida en el santo y seña de la política socialista y revolucionaria como resultado de la paz de Brest, produjo la mayor confusión en las filas socialistas y realmente destruyó las posiciones ganadas por el proletariado en los países limítrofes. En Finlandia, donde el proletariado luchó formando parte de la estrecha falange socialista rusa, logró una posición predominante en el poder; tenía la mayoría en el Parlamento y el ejército, redujo a su burguesía a una impotencia completa y, dentro de sus fronteras, era dueño de la situación. O tomemos Ucrania. A comienzos de siglo, antes de que se inventaran la tontería del »nacionalismo ucraniano« con sus rublos de plata y sus »universales«, o el hobby de Lenin de una Ucrania independiente, Ucrania era la columna vertebral del movimiento revolucionario ruso. Allí, en Rostov, Odesa, la región del Donetz, brotaron los primeros ríos de lava de la revolución, que encendieron todo el sur de Rusia en un mar de llamas (ya en 1902-1904), preparando así el alzamiento de 1905. Lo mismo sucedió en la revolución actual, en la que el sur de Rusia proveyó las tropas selectas de la falange proletaria. Polonia y las tierras del Báltico fueron desde 1905 los núcleos revolucionarios más poderosos e importantes, y en ellos el proletariado jugó un rol de primera magnitud.

¿Cómo puede ser entonces que en todos estos países triunfe la contrarevolución? El movimiento nacionalista, justamente porque alejó de Rusia al proletariado, lo mutiló y lo entregó a manos de la burguesía de los países limítrofes. Los bolcheviques no actuaron guiándose por la misma genuina política internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos. No trataron de lograr la unión compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio. No defendieron con uñas y dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las formas del separatismo la solidaridad e inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando político superior. En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre »el derecho a la autodeterminación hasta la separación«, lograron todo lo contrario, y le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios. En vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes de que todas las formas del separatismo son simples trampas burguesas, no hicieron más que confundir con su

consigna a las masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas. Con esta reivindicación nacionalista produjeron la desintegración de la misma Rusia y pusieron en manos del enemigo el cuchillo que se hundiría en el corazón de la Revolución Rusa. Seguramente, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin »los rifles alemanes en los puños alemanes«, como decía el »Neue Zeit« de Kautsky, los Lubinski y otros bribonzuelos de Ucrania, los Erich y Mannerheim* de Finlandia, los barones bálticos, nunca hubieran ganado a lo mejor de las masas trabajadoras socialistas de sus respectivos países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual los »camaradas« alemanes, bayoneta en mano, hicieron su entrada en todas esas tierras. Los antagonismos de clase reales y la verdadera relación de fuerzas en el plano militar provocaron la intervención alemana. Pero los bolcheviques proporcionaron la ideología con la que se enmascaró esta campaña de la contrarrevolución; fortalecieron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado. La mejor prueba de esto la da Ucrania, que iba a jugar un rol tan tremendo en el destino de la Revolución Rusa. El nacionalismo ucraniano fue en Rusia algo bastante diferente, digamos, del nacionalismo checo, polaco o finlandés. El primero era un mero capricho, una tontería de unas pocas docenas de intelectuales pequeño-burgueses, sin ninguna raíz económica, política o sicológica. No se apoyaba en ninguna tradición histórica, ya que Ucrania nunca fue una nación ni tuvo gobierno propio, ni tampoco una cultura nacional, a excepción de los poemas reaccionario-románticos de Shevchenko. ¡Es exactamente lo mismo que si un día los habitantes del Wasserkante quisieran fundar una nueva nación y un nuevo gobierno en la Baja Alemania [Plattdeutsche]! Y esta pose ridícula de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue inflada por Lenin y sus camaradas hasta transformarla en una fuerza política con su agitación doctrinaria sobre »el derecho a la autodeterminación hasta etcétera«. ¡Se le dio tanta importancia a lo que en sus comienzos fue una mera farsa, que la farsa se transformó en una cuestión de importancia fundamental, no como movimiento nacional serio, para lo cual carecía de raíces tanto antes como después, sino como flameante bandera de la contrarrevolución! En Brest asomaron las bayonetas alemanas de adentro de este huevo podrido.

* Barón Carl von Mannerheim (1867-1951): responsable de la supresión de la República Obrera de Finlandia en 1918. En 1939 y 1941 dirigió el ejército finés contra Rusia. Presidente de Finlandia en 1944-1946.

Hay oportunidades en que frases como ésas adquieren un significado muy real en la historia de las luchas de clases. Es una desgracia del socialismo el que en esta guerra mundial le haya sido dado proporcionar los argumentos ideológicos a la política contrarrevolucionaria. Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a justificar la expedición depredatoria del imperialismo alemán con un argumento ideológico extraído de los desvanes del marxismo: declararon que se trataba de una expedición liberadora contra el zarismo ruso, tal como lo habían soñado nuestros viejos maestros (Marx y Engels). Y a les bolcheviques, que eran la antípoda de nuestros socialistas gubernamentales, les tocó ser quienes llevaran agua al molino de la contrarrevolución con su fraseología sobre la autodeterminación de los pueblos; en consecuencia, no sólo proporcionaron la ideología para justificar el estrangulamiento de la misma Revolución Rusa, sino también los planes que permitieron activar la crisis producida por la guerra mundial. Tenemos buenas razones para analizar muy cuidadosamente la política de los bolcheviques sobre esta cuestión. El »derecho a la autodeterminación de los pueblos«, junto con la Liga de las Naciones y el desarme por gracia del presidente Wilson,* constituyen el grito de batalla que hará saltar el próximo enfrentamiento entre el socialismo internacional y la burguesía. Es obvio que la fraseología sobre la autodeterminación y el conjunto del movimiento nacionalista, que al presente constituye el mayor peligro para el socialismo internacional, se han fortalecido extraordinariamente desde la Revolución Rusa y las negociaciones de Brest. Sin embargo, tendremos que tocar fondo en el camino que marca este programa. El trágico efecto de esta fraseología sobre la Revolución Rusa, en cuyas espinas los mismos bolcheviques estaban destinados a quedar prisioneros y a sufrir profundos arañazos, debe servir de advertencia y lección al proletariado internacional.

Todo esto dio lugar a la dictadura de Alemania desde la época del tratado de Brest a la del »tratado complementario«. A los doscientos sacrificios expiatorios en Moscú. Al terror y la supresión de la democracia.

IV

Analicemos más a fondo el problema tomando algunos ejemplos.

La tan conocida disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 jugó un rol destacado en la política de los bolcheviques. Esta medida fue decisiva en la posición que tomaron posteriormente; en cierta

* Woodrow Wilson (1856-1924): presidente de los EE.UU. en 1913-1921.

medida, representó el momento culminante de su táctica. Es un hecho que Lenin y sus camaradas exigían furiosamente el llamado a la Asamblea Constituyente hasta su triunfo de octubre. La política del gobierno de Kerenski194 de escabullirle el bulto a la cuestión constituía uno de los blancos preferidos de crítica de los bolcheviques y la base de algunos de sus más violentos ataques. Por cierto, Trotsky, en su interesante folleto De Octubre a Brest-Litovsk, dice que »la Revolución de Octubre representó la salvación de la Asamblea Constituyente«, tanto como la salvación de la revolución de conjunto. »Y cuando dijimos – continúa – que no se podía llegar a la Asamblea Constituyente a través del Parlamento Preliminar de Tseretelli sino solamente a través de la toma del poder por los Soviets, teníamos completa razón.«

Y luego, pese a estas declaraciones, el primer paso de Lenin después de la Revolución de Octubre fue … la disolución de esta misma Asamblea Constituyente a la cual se suponía se le abría el camino. ¿Qué razones podían determinar un giro tan asombroso? Trotsky discute todo el asunto en el folleto antes mencionado. Expondremos aquí sus argumentos.**

Todo esto está muy bien y resulta bastante convincente. Pero uno no puede menos que preguntarse cómo personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que surge inmediatamente de los hechos mencionados. Dado que la Asamblea Constituyente fue electa mucho antes del cambio decisivo, la Revolución de Octubre, y que su composición reflejaba el pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se deduce automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya su-

* Alexander Kerenski (1881-1972): socialrevolucionario ruso. Patriota durante la guerra. Vicepresidente del Soviet de Petrogrado, ocupó varios puestos ministeriales durante 1917. Primer ministro del gobierno provisional. Derrocado por la Revolución de Octubre, murió en el exilio en EE.UU.

** »Así como en los meses anteriores a la Revolución de Octubre las masas fueron hacia la izquierda y los obreros, soldados y campesinos se volcaron espontáneamente hacia los bolcheviques, dentro del Partido Social Revolucionario este proceso se expresó en el fortalecimiento del ala izquierda a costa de la derecha. Pero en la lista de candidatos de los socialrevolucionarios los viejos nombres del ala derecha todavía ocupaban las tres cuartas partes de los puestos […] »Además se dio la circunstancia de que las elecciones se realizaron en el curso de las primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre. Las noticias del cambio que había ocurrido se expandían muy lentamente, en círculos concéntricos que iban desde la capital a las provincias y desde las ciudades a las aldeas. Las masas campesinas, en muchos lugares, apenas tenían noción de lo que sucedía en Petrogrado y Moscú. Votaban por ›Tierra y libertad‹ y elegían como representantes a los comités locales a los que permanecían bajo la bandera de los narodniki. Votaban, en consecuencia, por Kerenski y Avxentiev, que habían disuelto los comités locales y arrestado a sus miembros […] Este estado de cosas da una idea clara de hasta qué punto la Asamblea Constituyente había quedado atrás en el desarrollo de la lucha política y de los agrupamientos partidarios.« (Trotsky)

perada y llamado, sin dilación, a elecciones para una nueva Constituyente. No querían confiar, y no debían hacerlo, el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del periodo de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que tanto había avanzado.

En lugar de esto, Trotsky extrae de las características específicas de la Asamblea Constituyente que existía en octubre una conclusión general respecto a la inutilidad, durante la revolución, de cualquier representación surgida de elecciones populares universales.

»Gracias a la lucha abierta y directa por el poder – escribe – las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro. Cuanto más extenso es el país y más rudimentario su aparato técnico, menores son las posibilidades del farragoso mecanismo de las instituciones democráticas de seguir el ritmo de este desarrollo.« Aquí nos encontramos con un cuestionamiento al »mecanismo de las instituciones democráticas« como tal. A esto debemos objetar inmediatamente que en esa estimación de las instituciones representativas subyace una concepción algo rígida y esquemática a la que la experiencia histórica de toda época revolucionaria contradice expresamente. Según la teoría de Trotsky, toda asamblea electa refleja de una vez y para siempre sólo la mentalidad, madurez política y ánimo propios del electorado justo en el momento en que éste concurre a las urnas. De acuerdo con eso, un cuerpo democrático es el reflejo de las masas al final del periodo electoral, del mismo modo que los espacios celestes de Herschel siempre nos muestran los cuerpos celestiales no como son en el momento en que los contemplamos, sino como eran en el momento en que enviaron a la tierra sus mensajes luminosos desde las inconmensurables distancias espaciales. Se niega aquí toda relación espiritual viva, toda interacción permanente entre los representantes, una vez que han sido electos, y el electorado.

Sin embargo, ¡hasta qué punto lo contradice toda la experiencia histórica! La experiencia demuestra exactamente lo contrario; es decir, que el fluido vivo del ánimo popular se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra, los guía. Si no, ¿cómo sería posible el espectáculo, que a veces presenciamos en todo parlamento burgués, de las divertidas volteretas de »los representantes del pueblo«, que se sienten súbitamente inspirados por un nuevo »espíritu« y pronuncian palabras totalmente inesperadas; o encontrarse en determinadas oportunidades con que las momias más resecas se

comportan como jovencitos o con los pequeños Scheidemänchen más diversos que de golpe empiezan a usar un tono revolucionario; todo esto siempre que hay alboroto en las fábricas y talleres y en las calles?

¿Y habrá que renunciar, en medio de la revolución, a esta influencia siempre viva del ánimo y nivel de madurez política de las masas sobre los organismos electos, en favor de un rígido esquema de emblemas y rótulos partidarios? ¡Todo lo contrario! Es precisamente la revolución la que crea, con su hálito ardiente, esa atmósfera política delicada, vibrante, sensible, en la que las olas del sentimiento popular, el pulso de la vida popular, obran en el momento sobre los organismos representativos del modo »más maravilloso. De este hecho dependen, con toda seguridad, los tan conocidos cambios de escena que invariablemente se presentan en las primeras etapas de toda revolución, cuando los viejos reaccionarios o los extremadamente moderados, que surgieron de una elección parlamentaria con sufragio limitado realizada bajo el antiguo régimen, súbitamente se transforman en los heroicos y ardientes voceros del alza. El ejemplo clásico es el del famoso »Parlamento Largo« de Inglaterra: fue electo y se reunió en 1642, permaneciendo en su puesto durante siete años completos. En ese periodo reflejó en su vida interna todas las alteraciones y desplazamientos del sentimiento popular, de la madurez política, de las diferenciaciones de clase, del progreso de la revolución hasta su culminación, desde la devota adoración a la corona del principio, cuando el orador permanecía de rodillas, hasta la abolición de la Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos y la proclamación de la república.

¿Y acaso no se repitió la misma transformación maravillosa en los Estados Generales franceses, en el parlamento sujeto a la censura de Luis Felipe, e incluso (y este último ejemplo, el más impactante, le fue muy cercano a Trotsky) durante la Cuarta Duma rusa que, electa en el año de gracia de 1909, bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sintió súbitamente el aliento ardiente de la revuelta que se preparaba y se convirtió en el punto de partida de la revolución?

Todo esto demuestra que »el farragoso mecanismo de las instituciones democráticas« cuenta con un poderoso correctivo, es decir con el movimiento vivo de las masas, con su inacabable presión. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuánto más vivo y fuerte es el pulso de la vida política de las masas, más directa y completa es su influencia, a pesar de los rígidos programas partidarios, de las boletas superadas (listas electorales), etcétera. Con toda seguridad, toda institución democrática tiene sus límites e inconvenientes, lo que indudablemente sucede con todas las instituciones humanas. Pero

el remedio que encontraron Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone va a curar; pues detiene la única fuente viva de la cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

Tomemos otro ejemplo impactante: el derecho al sufragio tal como lo mantiene el gobierno soviético. No queda para nada claro que significación práctica se atribuye a este derecho al sufragio. Por la crítica que hacen Lenin y Trotsky a las instituciones democráticas, parecería que rechazan por principio la representación popular sobre la base del sufragio universal y que quieren apoyarse solamente en los soviets. Por qué, entonces, utilizan un sistema de sufragio universal, realmente no queda claro. No sabemos si este derecho al sufragio se puso en práctica en algún lado; no se oyó hablar de ninguna elección para ningún tipo de organismo popular representativo realizada con este sistema. Más probablemente se trata, por así decirlo, de un producto teórico de la diplomacia; pero, sea como sea, constituye un producto notable de la teoría bolchevique de la dictadura. Todo derecho al sufragio, como cualquier derecho político en general, no puede medirse aplicando alguna suerte de patrón abstracto de »justicia« o de cualquier otro término burgués democrático, sino por las relaciones sociales y económicas a las que se aplica. El derecho al sufragio elaborado por el gobierno soviético está calculado para el periodo de transición de la sociedad burguesa capitalista a la socialista, o sea, está calculado para el periodo de la dictadura del proletariado. Pero, según la interpretación de esta dictadura que representa Lenin y Trotsky, se garantiza el derecho a votar a todos aquellos que viven de su trabajo y se les niega a todos los demás.

Ahora bien; es obvio que este derecho a votar tiene significado solamente en una sociedad que está en condiciones de garantizar a todos los que quieren trabajar, en función de la tarea que realizan, una vida civilizada adecuada. ¿Es ese el caso de Rusia en la actualidad? Rusia se ve enfrentada con tremendas dificultades, separada como esta del mercado mundial y de sus fuentes de materias primas más importantes. La economía y las relaciones productivas han sufrido una sacudida terrible como resultado de la transformación de las relaciones de propiedad en la tierra, la industria y el comercio. En tales circunstancias, es evidente que incontables personas han de verse súbitamente desarraigadas, a la deriva, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar en el mecanismo económico empleo para su fuerza de trabajo. Esto no sucede solamente en la clase capitalista y en la terrateniente sino también

en amplios sectores de la clase media e incluso en la misma clase obrera. Es un hecho conocido que la contracción industrial produjo un regreso del proletariado urbano al campo en escala masiva, en procura de ubicación en la economía rural. En tales circunstancias, otorgar el derecho político al sufragio en función de la obligación de trabajar constituye una medida bastante incomprensible. De acuerdo a la tendencia general, se supone que solamente los explotadores se verán privados de los derechos políticos. Y, por otro lado, a la vez que la fuerza de trabajo se desarraiga a escala masiva, el gobierno soviético se ve obligado a menudo a poner la industria nacional en manos de sus anteriores propietarios, en consignación, por así decirlo. Del mismo modo, el gobierno soviético se vio forzado a concluir un compromiso también con las cooperativas de consumo burguesas. Más aún; se demostró inevitable la utilización de los especialistas burgueses. Otra consecuencia de esta situación es que el Estado mantiene con los recursos públicos a sectores cada vez más amplios del proletariado, como los guardias rojos, etcétera. De hecho, amplias y crecientes capas de la pequeña burguesía y del proletariado, a las que el mecanismo económico no les proporciona los medios para ejercer la obligación de trabajar, se ven privadas de sus derechos políticos.

No tiene sentido considerar el derecho al sufragio como un utópico producto de la fantasía desligado de la realidad social. Y por esta razón no es un instrumento serio de la dictadura proletaria.

Es un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica adecuada a una economía socialista ya realizada, no al periodo de transición de la dictadura proletaria.

Como toda la clase media, la burguesía y la intelligentsia pequeñoburguesa boicotearon durante meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo sabotaje en los ferrocarriles, las líneas postales y telegráficas, los aparatos educacional y administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero. Naturalmente se ejercieron sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Estas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económicos de existencia, etcétera, a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar determinadas medidas que afectan los intereses del conjunto. Pero cuando llega a una ley electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y, al mismo tiempo, no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos;

cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo concreto sino una ley general de largo alcance, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una creación artificial a la que no se le puede insuflar vida.

Esto se aplica tanto a los soviets como fundamento como a la Asamblea Constituyente y a la ley del sufragio general. Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No hemos considerado hasta ahora la destrucción de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del régimen soviético. En lo que hace a estos ataques (a los derechos democráticos) los argumentos de Trotsky ya citados sobre el carácter farragoso de los organismos democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por otra parte, es un hecho conocido e indiscutible que es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas sin una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión.

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

»Gracias a la lucha abierta y directa por el poder – escribe Trotsky – las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro.« Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendremos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ¡ ¡ ¡Rusia ya está ganada para el socialismo! ! !)

¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas … La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que este sea) no es libertad en absoluto. La libertad es

siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la »justicia«, sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la »libertad« se convierte en un privilegio especial.

Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá con todos nosotros cuando lleguemos hasta el punto al que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles.

Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el presupuesto tácito de que la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia – o tal vez por suerte – ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así sabemos más o menos que eliminar en el momento de la partida para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas. El sistema social socialista sólo deberá ser, y sólo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un úcase. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio

nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917.) Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín N° 29). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.

Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad

las mociones propuestas – en el fondo, entonces, una camarilla – una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis meses!) Sí, podemos ir aun más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. Este es una ley determinante, objetiva, de la que ningín partido pueche sustraerse.

Un problema muy importante en toda revolución es el de la lucha con el lumpenproletariado. También en Alemania, como en cualquier otro lado, tendremos que enfrentamos con este problema. El elemento lumpenproletario está profundamente incrustado en la sociedad burguesa. No es solamente un sector especial, una especie de escoria social que crece enormemente cuando se derrumban los cimientos del orden social, sino una parte integrante de éste. Los acontecimientos de Alemania – y en mayor o menor medida los de otros países – demostraron con qué facilidad todos los sectores de la sociedad burguesa caen en esa degeneración. Los matices entre las excesivas ganancias comerciales, los negocios ficticios, la adulteración de alimentos, el fraude, el desfalco oficial, el robo, el hurto, el asalto a mano armada, se confunden de tal modo que la línea divisoria entre la ciudadanía honorable y la penitenciaría ha desaparecido. Se repite el mismo fenómeno que en la degeneración regular y rápida de los dignatarios burgueses cuando son trasplantados a tierra extraña en las colonias de ultramar. Con el derrumbe de las barreras convencionales y los puntales de la moralidad y la ley, la sociedad burguesa cae víctima de una degeneración directa e ilimitada [Verlumpung], pues la ley que rige su vida interna constituye la más profunda de las inmoralidades, es decir la explotación del hombre por el hombre. La revolución proletaria tendrá que luchar en todos lados contra este enemigo e instrumento de la contrarrevolución.

Y sin embargo, también en relación a esto, el terror es una espada de doble filo, sórdida, negativa. Las medidas más duras de la ley marcial son impotentes frente al estallido de la enfermedad lumpenproletaria. Por cierto, todo régimen persistente de ley marcial lleva inevitablemente a la arbitrariedad, y toda forma de arbitrariedad tiende a depravar la sociedad. Al respecto, las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son: medidas radicales de carácter político y social, la transformación lo más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas; despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo lapso si las masas llevan una

vida intensamente activa en las condiciones de una ilimitada libertad política. Así como la libre acción de los rayos del sol constituye el remedio más efectivo, purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con aquella y se conforman en la más amplia libertad política.

En nuestro caso, como en cualquier otro, será inevitable la anarquía El elemento lumpenproletario está profundamente en-quistado en la sociedad burguesa y es inseparable de ella. Pruebas: 1 – Prusia Oriental, los saqueos »cosacos«. 2 – La irrupción generalizada del saqueo y el robo en Alemania. (Especulación, personal de correo y ferroviario, policía, disolución total de límites entre la sociedad bien ordenada y la penitenciaría.) 3 – La rápida degeneración [Verlumpung] de los dirigentes sindicales. Contra esto, son impotentes las medidas draconianas de terror. Por el contrario, producen una corrupción aun mayor. La única antitoxina: el idealismo y la actividad social de las masas, la libertad política ilimitada. Es una ley objetiva todopoderosa a la que no puede escapar ningún partido.

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. »Dictadura o democracia«, es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este se decide naturalmente en favor de »la democracia«, es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que la da Kautsky, con el pretexto de »la inmadurez del país«, de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites. »Como marxistas – escribe Trotsky – nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal.« Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal Ni tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socia-

lismo ni tampoco del marxismo. ¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo por la borda, a la manera de Cunow, Lensch y Parvus,* si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta. »Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal.« Lo que realmente quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia. Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su eliminación, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la clase y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana

* Heinrich Cunow (1862-1936): socialdemócrata y catedrático alemán, teórico del grupo de Scheideman. Antes de la guerra se consideraba marxista ortodoxo y luchó contra el revisionismo. Luego socialpatriota. Paul Lensch (1873-1926): socialdemócrata alemán. Antes de la guerra pertenecía al ala izquierda, y su periódico publicaba trabajos de Rosa Luxemburgo, Mehring, etcétera. Cuando ésta estalló se volvió chovinista. Su evolución hacia la derecha prosiguió hasta ser publicista de Hugo Stinnes, empresario y magnate de la prensa alemana. Fue expulsado del PSD en 1922. Parvus (Alexander Helphand) (1869-1924): destacado teórico marxista antes de la guerra, llegó a conclusiones similares a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Este rompió con él en 1914, cuando Parvus encabezó el ala guerrerista de la socialdemocracia alemana. En 1917 intentó en vano reconciliar al PSD alemán con los bolcheviques y luego a los socialistas independientes con la dirección Ebert-Noske.

y todas las dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes.

Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de que en las revoluciones no todo es color de rosa resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Seria exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más decantada, la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia le necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es todavía, se debe solamente a la forma de actuar del proletariado alemán, a su vez una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá instaurarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro.

Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: »¡Yo osé!«

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al »bolchevismo«.

El hombre se volvió criba, la mujer
tuvo que nadar, el cerda,
para sí mismo, para nadie, para cualquiera. –
El Landwehrkanal no murmurará. Nada se
detiene.

Paul Celan

Una vida corta.

Una vida corta, rica en persecuciones, constantemente espiada, una y otra vez en la ilegalidad, apresada, liberada, encarcelada, aislada, vivida en los márgenes de la sociedad: para conseguir la ciudadanía en Alemania actuó un matrimonio de apariencias y finalmente, con conocimiento exacto de lo que venía, marcada por el martirio: La que quería »morir en su puesto«, en la lucha abierta, cae sin que la pueda acompañar alguien de sus propias filas, víctima de uniformados asesinos a traición:

»Ahí viene Rosita, la vieja puta«, gritaban los soldados, cuando la presidiaria entraba al Hotel Eden, para ser maltratada y arrastrada por todos lados. Uno de los involucrados después ofreció un zapato, en la cocina del hotel Edén, que ella había perdido al ser jaloneada para todos lados, en una danza de la muerte que no puede reinventarse más horrorosa.

Una vida corta, repito, rica en persecuciones, y corta a causa de una ejecución por quienes se mostraron, la noche de ese 15 de enero, como Rosa Luxemburg ya los había descrito: inhumanos y despiadados.

Una vida corta, pero, como las cartas lo muestran, era también una vida marcada por el entusiasmo y la inspiración, de grandes triunfos, de batallas ganadas en la falange de la izquierda socialdemocrática, de aventuradas historias de amor, que oscilaban entre el éxtasis, las desavenencias, otra vez nuevos ímpetus, amargos abandonos, reiterados enlaces, Liaisons con hombres jóvenes y, más importantes al final, amistades con mujeres mayores que ella, que iban de un lado al otro. Aventuras y proyectos arriesgados en las fronteras de la política y lo privado-personal, del gran amor y de la objetividad en pequeños informes.

Walter Jens
tomado de: »Rosa Luxemburg –
Weder Poetin noch *Petroleuse*«
[Rosa Luxemburg, ni poeta ni petroleuse*]

* Apelativo dado a los miembros de la Comuna de París de 1871, que incendiaban edificios con petróleo.

Datos seleccionados.

1789–1799.

La Revolución Francesa contra el dominio absolutista de la monarquía borbónica y las condiciones del feudalismo tardío en la sociedad. »*Leitrevolution*« [Revolución líder] con la que en Europa las condiciones capitalistas burguesas se abrieron camino. Promulgación de los derechos ciudadanos y humanos con la aspiración de »Libertad, igualdad, fraternidad« – éste es un progreso que hasta hoy no ha sido bien ponderado, aunque »Bajo la dulce cáscara de la igualdad y libertad formales {se escondió} la amarga semilla de la desigualdad y falta de libertad sociales« (Rosa Luxemburg). Éste es el comienzo de la historia moderna de Europa. Hasta 1794, la Revolución siempre se movió hacia adelante en dirección a la izquierda, hasta que se hundió en el terror de los jacobinos que fueron originalmente consecuentemente democráticos, y desembocó en la restauración – que sigue a toda revolución –. Napoleón, quien durante diez años llevó con sus invasiones guerra y depredación ambiental a Europa y Norte de Africa, hasta 1814, imposibilitó que regresaran las condiciones anteriores a 1789 y así ejecutó el testamento de la Revolución Francesa. Todos los revolucionarios del siglo XIX y principios del XX no solo conocían la Revolución Francesa a detalle, también »se movían« en su actuar propio constantemente en esta revolución. Después de la Revolución de Octubre la pregunta que emergía siempre era: ¿Quién sería el Napoleón? Para evitar el ascenso de Leo Trotzky, quien era, junto con Lenin, el dirigente de la Revolución de Octubre, así como organizador del Ejército Rojo, se unieron varios líderes importantes de los bolcheviques (ver p. 14) y dejaron, sin darse cuenta, el camino libre para Jossif Stalin, quien los mando matar casi a todos en los años treinta.

1830

La Revolución de Julio en Francia. Trás la derrota y la caida de Napoleon se restauró el reinado de los Borbones, la familia real francesa. La »bella revolución« de julio de 1830 substituye el reinado de los Borbones mediante un »reinado burgués« bajo Luis Felipe (el »rey pera«); la gran burguesía obtiene participación en el poder. Francia recibe emigrantes políticos principalmente provenientes de Alemania, entre ellos se encuentran Heinrich Heine, Ludwig Börne, y más tarde, Karl Marx.

1848

Revolución Europea. Desde París también son alcanzados los Estados alemanes; pero se malogró sin embargo, el objetivo de tener una República Alemana unificada; la contrarrevolución y la reacción obtienen la victoria; por eso, lo que siguió es que se impuso la sociedad capitalista burguesa por medio de una »revolución desde arriba« (ver p. 101, Otto von Bismarck).

1864, 1866, 1870/71

Las guerras alemana danesa, prusiana-austriaca, y alemana-prusiana-francesa. (»Sangre y Acero«) garantizan a Prusia su dominio en Alemania, el militarismo logra que la población lo acepte.

1871

La Comuna de París: la población proletaria y pequeño burguesa de París constituye un autogobierno y proclama fines socialistas; tras 72 días, La Comuna es ahogada en un mar de sangre, tropas prusio-alemanas, que tras la victoria sobre el ejército francés se quedan cerca de París, cuidan en esta masacre las espaldas de las tropas del gobierno francés.

1878–1890

Ley de los socialistas – ver p. 12.

1896–1903

Debate sobre el revisionismo – ver p. 20.

4 de agosto de 1914.

Cuando comienza la Guerra Mundial, la fracción parlamentaria del SPD vota a favor de los créditos de guerra, traicionando así su política anterior; este es el »pecado original« del SPD, que acelera las divisiones de la izquierda alemana.

3 de octubre de 1918.

Trás la caída de la dictadura bélica, el SPD se integra como socio menor al gobierno; los socialistas en el gobierno creen haber realizado sus sueños.

9 de noviembre de 1918.

Revolución alemana; caída de la monarquía, la dirigencia del SPD hace una alianza con el *Reichswehr* [fuerzas armadas] para impedir que la Revolución continúe; el resultado es la concesión revolucionaria de la »República de Weimar«, que por su carácter de componenda dispone de un débil arraigo en la población.

15 de enero de 1919.

Asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht por las tropas del *Reichswehr*; Gustav Noske da su consentimiento (ver p. 41).

30 de enero de 1933.

El presidente del Reich Hindenburg nombra a Hitler zum Reichskanzler; fin de la »República de Weimar«, comienza la dictadura fascista de los nazis con el acuerdo de las »élites« tradicionales alemanas.

2 de mayo de 1933.

Desarticulación de los sindicatos; seis semanas después, prohibición del SPD; fin de la primera ola del movimiento obrero alemán.

Datos biográficos.

Alexander III (periodo de gobierno 1881-1894). El atentado de marzo de 1887 contra el zar ruso Alexander III fracasó; en cuanto fueron capturados los autores, fueron ejecutados, entre ellos se encontraba el hermano mayor de Lenin.
Babeuf, Gracchus (verdadero nombre Francois Noel, 1760-1797) – Durante la Revolución Francesa era el portavoz de la »Conspiración de los Iguales«, el primer »partido comunista realmente activo« (Marx); fracasó en el intento de impulsar la revolución con la ayuda de una dictadura del pueblo hacia una transformación comunista. Fue ejecutado.
Bebel, August (1840-1913) – Junto con Wilhelm Liebknecht fue fundador y dirigente der Partido Socialdemócrata de los Trabajadores (los »Eisenacher«, 1869), y después de la unificación, con la Asociación General Alemana de los Trabajadores (los »Lassaleaner«), del Partido Socialista de los Trabajadores, que más tarde se volvería el SPD; estuvo varias veces preso. Como marxista tomaba como rumbo la reforma política, y partía del derrumbe del capitalismo; sus obras principales fueron: »Die Frau und der Sozialismus« (1883,[La mujer y el socialismo]), »Aus meinem Leben« (1910-1914, [De mi vida]).
Bakunin, Mijail Alexandrovich (1814-1876) – Revolucionario ruso que abogaba por un socialismo libertario fundado en la ética, que por lo general se señala como anarquismo; participó en casi todas las tentativas revolucionarias en Europa Occidental de su época; fue extraditado a Rusia y huye del destierro en 1861. Fue miembro de la Primera Internacional. El conflicto con Karl Marx en 1872, llevó a la división de la parte del movimiento obrero con orientación revolucionaria en un socialismo basado en Marx y un anarquismo autónomo; Bakunin influyó, tanto en los »populistas« en Rusia que querían generar oposición mediante el trabajo dentro del campesinado, como al movimiento obrero italiano y español.
Berija, Lavrentij Pavlovitch (1899-1953) – Uno de los criminales principales del estalinismo; participó en 1922 en forma determinante en el sometimiento de Georgia; entre 1938 y 1945 fue jefe de la policía secreta GPU (la sucesora de la »Tscheka«); en 1946 era miembro del Politburó del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS); después de la muerte de Stalin (5 de marzo de 1953) fue sucesor de éste junto con Malenkov y Molotov. Destituido, sentenciado y fusilado en diciembre de 1953.
Bernstein, Eduard (1850-1938) – como partidario de Marx emigró durante el periodo que era vigente la ley sobre los socialistas (véase p. 12) a Zurich, después a Londres; redactaba el »Sozialdemocrat«; a partir de mediados de los años noventa del siglo XIX, abogaba más y más por una inserción pacífica al socialismo mediante el camino parlamentario y se convirtió de esta manera en el fundador del »revisionismo« del pensamiento de Marx (véase p. 20), que había considerado inevitable la superación de la forma de producción capitalista; Rosa Luxemburg fue la crítica principal de Eduard Bernstein.
Bismarck, Otto Fürst von (1815-1898) – a partir de 1862 primer ministro de Prusia, unificó a Alemania bajo la dominación prusiana, y con la expulsión de Austria del *Deutscher Bund* (Federación Alemana; la llamada »pequeña solución alemana«) por tres guerras (contra Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866, y contra Francia en 1870/71); aseguró la supremacia a las élites reaccionarias con su »revolución desde arriba«, que daba una cuota de poder a la nobleza con dinero capitalista, además de para-

lizar las tentativas democráticas por la introducción del sufragio universal; y la moderación del capitalismo por medio de reformas sociales. Sus intentos por destruir al catolicismo político y a la socialdemocracia (véase p. 12), fracasaron; cae políticamente en 1890; para las llamadas élites alemanas Bismarck sigue siendo todavía hoy el político ideal y una figura de primera importancia con la cual pueden identificarse.
Blanqui, Auguste (1805-1881) – véase p. 36
Campanella, Tommaso (verdadero nombre Giovanni Domencio, 1568-1639), en su libro »El Estado del Sol« (1623), escrito en la carcel de la inquisición, diseñó un Estado dirigido por una jeraquía de sabios con propiedad social, producción y distribución organizada, y con obligación laboral, educación y formación generales.
Dzierżyński, Feliks Edmundovitch, (1877-1926) – Unió en 1900 a la socialdemocracia lituana con la socialdemocracia del Reino de Polonia, del partido de Leo Jogiches y Rosa Luxemburg, para formar el SDKPiL; se adhirió a los bolcheviques en la revolución rusa de 1905; a partir de 1907 fue miembro de su comité central; pasó muchos afos encarcelado; organizó en 1917 la policía secreta *Tscheka*, con la cual el gobierno de los Soviets reprimía cualquier resistencia política.
Engels, Friedrich (1829-1895) – Junto con Karl Marx fundó el »socialismo científico«, que vislumbraba en el desarrollo económico el origen *decisivo* del desarrollo social; obras importantes: »La situación de la clase trabajadora en Inglaterra« (1845); »El manifiesto del Partido Comunista« (1848); »Del socialismo utópico al socialismo científico« (1883).
Fanon, Frantz (1925-1961) – Teórico y siquiatra afroamericano; vió la causa del subdesarrollo del »Tercer Mundo« en la explotación por el »Primer Mundo«, desde ahí dedujó el derecho a la resistencia; se adhirió en 1956 al Frente de Liberación Nacional de Argelia; obra principal: »Los condenados de esta tierra« (1961).
Fischer, Ruth (verdadero nombre Elfriede Goelke, 1895-1961) – Confundadora del Partido Comunista de Austria; desde 1919 tenía posición destacada en la KPD; impulsó a partir de 1924 en forma determinante la »bolcheviquización« y fue la primera en difamar la obra de Rosa Luxemburg, que comparaba con la sífilis; en 1925 se da su ruptura con Stalin; en 1926 es expulsada del KPD; denunció en 1945 a sus hermanos Gerhard y Hanns Eisler ante la »Comisión de Investigación sobre actividadas antiamericanas« (la »Comisión McCarthy«)) como comunistas.
Fourier, Charles (1772-1837) – Duro crítico de la sociedad capitalista; abogaba por la formación de cooperativas rurales manufactureras a nivel mundial (»Phalanstères«), en las cuales, para él, la competencia colectiva, las capacidades y necesidades universales, así como una participación en todo lo producido, deberían hacer atractivo el trabajo, y harían compatibles intereses individuales y sociales.
Gramsci, Antonio (1891-1937) – en 1921 cofundador del Partido Comunista de Italia (PCI) y en 1924 del periódico »Unitá«; de 1924 a 1927 secretario general del PCI; en 1928 bajo el fascismo italiano condenado a 20 años de prisión; murió por las condiciones de la reclusión; influye con sus textos teóricos, que en su mayoría nacieron en la carcel, hasta hoy los debates acerca de un socialismo democrático no autoritario y emancipador.
Gracchus, Tiberius Sempronius (162 antes de nuestro tiempo a 133 antes de nuestro tiempo) – Como tribuno del pueblo, quería mejorar la situación del campesinado romano mediante una redistribución de las tierras públicas en manos de los terratenientes nobles; muerto a golpes junto con 300 de sus partidarios; su hermano Gaius (151-121 antes de nuestro tiempo) retomó este proyecto, fue elegido tribuno del pueblo, y asesinado junto a 3 000 de sus partidarios.

Guevara, Erneste »Che« (1928-1967) – Médico; lucho a partir de 1956 como dirigente guerillero junto con Fidel Castro contra la dictadura cubana de Batista; ocupó después del triúnfo en 1959 diferentes puestos de dirección; fue a partir de 1965 a la tierra continental latinoamericana; su intento por movilizar a la población indígena de Bolivia en favor de un levantamiento, fracasó; fue asesinado junto con su grupo guerillero.
Heckert, Fritz (1884-1936) – Albañil, formaba ya antes de la Guerra Mundial parte de la izquierda dentro del SPD; participó en Chemnitz en forma destacada en el surgimiento de uno de los grupos espartaquistas más grandes; siempre en puestos de dirigencia en el KPD.
Ho Chi Minh (»el iluminado«, nombre verdadero Nguyen Ai Quoc, 1890-1969) Fue cofundador del Partido Comunista de Francia, y en 1930, del Partido Comunista de Indochina; a partir de 1941 lideraba un grupo guerillero (los »Viet-Minh«) primero contra la ocupación japonesa (hasta 1945); y luego contra la francesa (hasta 1954); en 1945 proclamó la República de Vietnam y se conviritió en su presidente. Después de la división del país en 1954, fue presidente de Vietnam del Naorte; por la lucha exitosa contra la agresión de los Estados Unidos de América (1964-1975) se convirtió en símbolo de la resistencia del »Tercer Mundo« contra un poder materialmente superior.
Jacob, Mathilde (1873-1943) A ella, la gestora de una oficina para traducción y transcripción, Rosa Luxemburg y sus amigos le encargan, desde 1913, los artículos producidos para la »Correspondencia Socialdemócrata« para su transcripción, reproducción y probablemente también su envío; se convirtió en la confidente más cercana de Rosa Luxemburg, con quien mantuvo contacto en la cárcel durante la Guerra Mundial; después de la muerte de Rosa Luxemburg, fue la colaboradora más cercana de Paul Levi, cuyas revistas redactaba hasta 1928; murió en 1943 en Teresianópolis.
Jogiches, Leo (1867-1919) – véase p. 15 y siguiente.
Kautsky, Karl (1854-1938) – Editor de »Neue Zeit« (Nuevo Tiempo), la revista teórica más importante de la II Internacional (véase p. 18); creó, para hacer comprensible para los trabajadores el pensamiento de Marx y Engels el »marxismo«; de esta manera estableció un »recipiente« que sirve todavía hoy para que izquierdistas de las más diferentes procedencias lo llenen con su propio ideario, y lo vendan como la ideología de Marx y Engels; hasta antes de 1910 uno de los más estrechos aliados de Rosa Luxemburg.
Kraus, Karl (1874-1936) – Editor de la revista vienesa *Die Fackel* (La Antorcha), que desde 1911 producía solo; un crítico de la decadencia cultural en la sociedad moderna y del militarismo, que nunca claudicó; obra principal: *Die letzten Tage der Menschheit* (Los últimos días de la humanidad).
Kropotkin, Pjotr Fürst (1842-1921) – El miembro de la alta nobleza rusa, con simpatía por la revolución, logró en 1876 huir de la prisión rusa hacia el occidente, donde influyó en el movimiento anarquista; abogaba por la abolición de la propiedad privada y del Estado y quería construir una sociedad basada en la ayuda mutua y con asociaciones voluntarias.
Lassalle, Ferdinand (1825-1864) – promovía el surgimiento de un movimiento obrero autónomo, que se emancipara políticamente de la tutela burguesa; primer presidente de la »Asociación General Alemana de Trabajadores«, que se unificó en 1875 con »los de Eisenach« (véase también August Bebel); murió durante un duelo; todavía hoy una de las figuras, que sirven como punto de referencia para el SPD y algunos miembros de la izquierda alemana.
Lenin, Vladimir Iljich (verdadero nombre Uljanov, 1870-1924) – jurista, dirigente y principal teórico de los bolcheviques (véase p. 14), aliado con Rosa Luxemburg por el

pensamiento revolucionario y el rechazo absoluto del capitalismo y de la guerra imperialista; las diferencias que ya existían desde 1904, especialmente acerca de las cuestiones de »organización y democracia« solo los distanciaron, cuando Lenin llegó al poder en Rusia.

Levi, Paul (1883-1930) – Era el abogado de Rosa Luxemburg en 1914; después de los asesinatos contra Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, fue dirigente del KPD. En 1921 fue expulsado por su crítica a la posición golpista del partido; regresó al SPD; junto con Matilde Jacob puso a salvo las obras de Rosa Luxemburg, y editó en 1922 »Sobre la revolución rusa« y en 1925 »Introducción a la economía nacional«.

Liebknecht, Karl (1871-1919) – Abogado, hijo de Wilhelm Liebknecht; en 1907 era presidente de las Juventudes Internacionales Socialistas; fue un decidido oponente del militarismo y de la política armamentista; en diciembre de 1914 votó como primer socialdemócrata contra la destinación de mas créditos para la guerra; preso antes y durante de la guerra; en 1919 junto con Rosa Luxemburg, fue dirigente del KPD y como ella fue asesinado el 15 de enero de 1919; obra principal: »Militarismo y antimilitarismo« (1907).

Liebknecht, Wilhelm (1826-1900) – Junto con August Bebel fue fundador y dirigente del Partido Socialdemócrata de los Trabajodores (los »Eisenacher«, 1869) y después de la unificación con la »Asociación General Alemana de Trabajadores« (los »Lassaleaner«) en 1875 del Partido Socialista de Trabajadores, que se convertiría después en el SPD. Estuvo preso en varias ocasiones; fue cofundador de la II Internacional (véase p. 18); autor del »Diccionario de extranjerismos para el pueblo« (1874) que fue reeditado una y otra vez hasta los años cincuenta del siglo XX; fue sepultado como primer dirigente obrero en el cementerio para los pobres en Friedrichsfelde, cerca de Berlín.

Lumumba, Patrice (1925-1961) – cofundador y presidente del Movimiento Nacional del Congo; como primer ministro de la República Congo-Kinshasa (hoy Zaire) luchó contra la invasión belga y la separación de la provincia de Catanga, rica en cobre; fue asesinado tras un golpe de estado.

Mao Tse-tung (1893-1976) – A partir de 1927 tuvo una posición de primer orden en la construcción de los soviets en China; a partir de 1935 dirigente de facto del Partido Comunista de China. Condujo a China a la independencia en 1949 y la desató de la tutela de la Unión Soviética a principos de los años sesenta del siglo XX; uno de los líderes del movimiento de los No-Alineados entre los bloques de los superpoderes de los EEUU y lo que fue la Unión Soviética; inició en 1966 la »Revolución Cultural« que desterró al campo o asesinó a varios millones de personas, sobre todo a intelectuales y políticos, en el Occidente una parte del movimiento estudiantil quedó fascinada por la »Revolución Cultural« en los años sesenta.

Marx, Karl (1818-1883) – Fundó junto con Friedrich Engels el »socialismo científico«, que vislumbraba en el desarrollo económico la condición *decisiva* para el desarrollo social; obras importantes: »El manifiesto del Partido Comunista« (1848); »El XVIII Brumario de Luis Bonaparte« (1854), »El Capital« (Tomo I: 1867; tomo II: 1884; tomo III: 1894); con su teoría de la acumulación, Rosa Luxemburg se enlazaba con la obra económica de Marx e intentó perfeccionarla (véase p. 38). Izquierdistas de todo el mundo se remiten todavía hoy a Marx o a un »Marxismo« de diversa índole.

Mehring, Franz (1846-1919) – El historiador y publicista llegó al SPD en 1891; de 1902 a 1907 fue director general del diario »Leipziger Volkszeitung«; a partir de 1908 fue docente en la escuela del SPD; a partir de 1911, junto con Rosa Luxemburg, uno de los dirigentes de la izquierda.

Molotov, Vjatscheslav (1890-1986) – Uno de los principales criminales del estalinis-

mo, entre otras funciones, de 1930 a 1941 era el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo (primer ministro); concertó en 1939 el pacto Hitler-Stalin, y fué destituido en 1957.
Mün(t)zer, Thomas (1489-1525) – Al principio era partidario de Martin Luther, el teólogo desarrolló a partir de 1521 un concepto reformador propio, que apuntaba a una sociedad sin clases y sin autoridades; durante la Guerra de los Labradores intentaba centralizar el levantamiento como líder espiritual desde Mühlhausen; después de la derrota cerca de Frankenhausen fue capturado, torturado y ejecutado.
Nettl, Peter (1926-1972) – Autor de la primera biografía ampliada de Rosa Luxemburg, que en sus rasgos fundamentales, todavía se considera vigente (ed. alemana en 1965).
Noske, Gustav (1868-1946) – El socialdemócrata reprimió, siendo gobernador, en septiembre de 1918, el levantamiento de los marineros en Kiel; como jefe del departamento militar del Consejo de los Comisionados del Pueblo (ministro de defensa) dio su consentimiento para el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; es conocido por su confesión: »? Alguientiene que ser el sabueso!«
Parvus, Alexander (nombre verdadero Israel Lasarewitsch Helphand, 1867-1924) – Era director general del periodico »Sächsische Arbeiter-Zeitung« (1896-1898), junto con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg ´fue el tercer izquierdista destacado que dedicó fuertes críticas al revisionismo; después era traficante de armas; fue uno de los personajes más cambiantes de la izquierda europea. La teoría de la revolución permanente, que al principio trataba la cuestión de la relación entre el proletariado y el campesinado en la revolución fue, a partir de 1924, uno de los puntos centrales de la acusación de los estalinistas contra Trotzky (así como contra Parvus y contra Rosa Luxemburg).
Pabst, Waldemar (1880-1970) – Primer oficial del estado mayor de la división escolta de caballería y tiradores; el 15 de enero de 1919 dio el orden de asesinar los dirigentes aprehendidos del KPD, Rosa Luxembrug y Karl Liebknecht.
Plechanov, Georgi Valentinowitsch (1856-1918) – en 1883 cofundador de la primera organización marxista rusa; apoyó al principio a Lenin, pero se adhirió en 1903 a los mencheviques; obras principales: »anarquismo y socialismo« (1894); »aportaciones a la historia del materialsmo« (1896).
Pol Pot (verdadero nombre Saloth Sar, 1928-1998) – Realizó sus estudios en París, donde se sumó al Partido Comunista; formó en Camboya una organización guerillera (»Kmher Rouges« – Khmer Rojos) y propagó su idea de que los problemos de Camboya tenían su orígen en un conflicto inconciliable entre la ciudad y el campo, el cual debería solucionarse en favor de la población rural; estableció en 1975 un régimen de terror, que asesino en forma sistemática millones de personas, entre ellos casi todos los intelectuales; cayó en 1979 con la invasión vietnamita.
Roux, Jaques (1752-1794) – Era clérigo; durante la Revolución francesa fue ideólogo de la extrema izquierda (los »Enragés« – los enfurecidos); criticaba a los jacobinos, porque en su constitución no consideraron lo suficiente los intereses sociales de las capas bajas (los »sansculottes«); se suicidó en la cárcel.
Sandino, Augusto César (1895-1934) – De 1926 a 1933, fue líder de la guerra popular en Nicaragua contra la intervención de los EEUU (el »general de los hombres libres«); fue asesinado por el posterior dictador Somoza; el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que derrocó en 1979 al régimen de Somoza, se remitía a Sandino.
Sinowjew, Grigori Jewsejewitsch (verdadero nombre Owsej-Gerschen Radomylski-Apfelbaum, 1883-1936) – Este colaborador personal de Lenin fue presidente de la Internacional comunista (véase p. 41) depués de la Revolución de Octubre, destituído en 1926, torturado en 1936, y condenado a muerte en el »primer proceso sensacionalista«.

Spartakus (cayó en combate en el año 71 antes de nuestro tiempo) – Líder del mayor levantamiento de esclavos en la antigüedad (de 74 a 71 antes de nuestro tiempo) y sus 60 000 rebeldes obtuvieron grandes triunfos al principio; él cayó durante la derrota decisiva cerca del río Silarius (Apulia); 6 000 de sus seguidores fueron crucificados a lo largo de la Via Appia.
Stalin, Jossif Wissarionowitsch (verdadero nombre Dschugaswili, [1878] 1879-1953 – Este miembro de la dirigencia de los bolcheviques amplió, a partir de 1922, sistemáticamente su poder, desde su función como secretario general. Eliminó después de la muerte de Lenin a todos sus oponentes y rivales; a partir de 1928 era el dictador absoluto, que quería evitar la restauración de circunstancias burguesas mediante un régimen totalitario de la izquierda extrema, con el terror que cobró millones de víctimas entre todas las clases y capas, intentaba »introducir« el »socialismo en un solo país«; durante la Segunda Guerra Mundial los pueblos de la Unión Soviética aportaron la contribución decisiva para derrotar al fascismo totalitario de Hitler, a pesar del gobierno de Stalin. Después de la muerte de Stalin, los dirigentes del PCUS trataron de mantenerse en el poder con una dictadura de corte político-burocrática, que prescindía del terror sistemático; en 1991 decidieron ponerse a la vanguardia de aquella restauración, que Stalin quería evitar a cualquier precio.
Thälmann, Ernst (1886-1944) – obrero transportista y presidente del KPD; sometió a partir de 1925 el KPD al dictado estalinista; en 1933 fue arrestado por los Nazis; el proceso sensacionalista planeado fracasó debido a su firmeza; fue asesinado en el campo de concentración de Buchenwald.
Trotzky, Lew Dawidowitsch (verdadero nombre Bronstein, 1879-1940) – Fue junto con Lenin el organizador más importante de la Revolución de Octubre; en 1917/18 fue Comisario del Pueblo para asuntos exteriores. A partir de 1918 (hasta 1925) organizó como Comisario del Pueblo para el ejército y la marina al »Ejército Rojo« y ayudó de esta forma a salvar a la revolución de la contrarevolución. A partir de 1923 criticó a la política del aparato burocrático del partido; perdió todos sus cargos, primero desterrado y en 1929 fue expulsado de la Unión Soviética. Fue asesinado en México por un agente de Stalin; las diferentes IV Internacionales se remiten todavía hoy a Trotzki y a un »trotzkysmo«.
Ulbricht, Walter (1893-1973) – Después de la desarticulación del KPD en el exilio soviético, asumió de facto el control en 1935; después de 1945 sometió a todos sus rivales y determinó en gran medida el curso de la RDA; destituido en 1971.
Vandervelde, Emil (1866-1938) – Este socialista belga fue presidente de la II Internacional de 1900 a 1914.
Wilhelm II. (1859-1940) – el emperador alemán (a partir de 1888) impulsó una carrera armamentista tanto sobre el agua como tierra firme y una política colonial agresiva; en 1914 empujó a Alemania a la ruptura civilisatoria de la guerra mundial; eludió su responsabilidad a través de su huida a Doorn (paises bajos).
Zetkin, Clara (1857-1933) – la fundadora y dirigente del movimiento internacional proletario de mujeres fue amiga cercana y aliada política de Rosa Luxemburg; se mantiene hasta hoy como una de las figuras de identificación para la izquierda.



Rosa Luxemburg